LOS DOS REYES.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

LOS

DOS REYES.

NOVELA HISTORICA,

ORIGINAL ESPAÑOLA,

POR D. J. DE ARIZA.

BIBLIOTECA NACIONAL

TOMO I.

MADRID:

L. GONZALEZ Y COMPAÑIA, EDITORES;
calle del Fomento, núm, 20.

© Biblioteca Nacional de España

MADRID, IMPRENTA DE T. AGUADO, 1845.
calle de la Encomienda, n.º 17.

© Biblioteca Nacional de España

A la Señora

D.ª MARIA DE LOS DOLORES

Palomar y Ariza.

Madre mia: he procurado desde niño manifestar á V. un amor, que han robustecido los años. Huérfano de padre en la cuna, he cifrado en un solo objeto todo mi cariño filial, y Dios me ha concedido una madre tan cariñosa, tan dulce y buena, como yo podia desearla; pero mejor que la merezco. Tengo recuerdos de mi vida mas halagüeños ó mas amargos: nada me dice el porvenir: mi único presente es V. He trazado unas cuantas líneas, á las que osaré llamar novela, y se las dedico como homenaje de gratitud, de amor y respeto.

Su hijo.

J. DE ARIZA.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

LOS DOS REYES.

PRIMERA PARTE.

El Castillo de Carmona.

CAPITULO PRIMERO.

Gala del verjel ameno,
Flor, envidia de la aurora,
¿Qué activo y voraz venéno
Vertió en tu cándido seno
Su ponzoña destructora?
¿Qué oruga tanta belleza
Marchitar pudo inhumana?

MANUEL CAÑETE.

En la fortaleza de Carmona, á mediados del siglo XIV, habia colocado don Pedro, rey de Castilla y de Leon, tres tesoros de gran valía.

© Biblioteca Nacional de España

Consistia el primero en sus alhajas mas preciosas y en buenas doblas castellanas: era el segundo su jóven hermano don Juan: y el tercero una doña Inés, huérfana del comendador mayor de Castilla, don Lope Sanchez de Avendaño.

Era guardador de estos tesoros cierto don Lope de Hinestrosa, alcaide de la fortaleza, tutor de la huérfana Inés, carcelero del noble infante y tio de doña Maria de Padilla, la mas afortunada y discreta de todas las damas del rey.

El dia veinte y cinco de octubre de mil trescientos cincuenta y nueve, en un aposento del castillo, colgado de tapices blancos y con sitiales de la misma tela y color, estaba pensativa y triste la huérfana del comendador Avendaño.

Vestida doña Inés de luto, daba mas encanto á su hermosura, dejando ver

© Biblioteca Nacional de España

en sus miradas toda la altivez de una reina con la resignacion de una mártir.

Sus ojos negros y rasgados, bajo unas cejas bien marcadas y con larguísimas pestañas, estaban en perfecta armonía con la cabellera de ébano que, dando sombra á sus mejillas de un blanco mate, contorneaba un rostro oval; y se deslizaba por su cuello de cisne sobre una espalda de alabastro.

La nariz, un poco aguileña, tenia una correccion admirable: y su frente tersa y despejada no dejaba ver todavia huellas de la meditacion dolorosa con que su alma pura se nutría.

Sus lábios rojos y delgados, servian de velo á una dentadura de perlas; y plegándose dulcemente abrian lento paso á una sonrisa siempre triste, pero siempre bondadosa y tierna. Una estatura algo elevada hacia mas esbelto su talle; y un pie y una mano peque-

© Biblioteca Nacional de España

ños terminaban este conjunto tan encantador por sus formas como seductor por su alma.

Doña Inés á los diez y ocho años habia sufrido grandes penas; y su razon desarrollada por un infortunio terrible, no la presentaba un porvenir ni mas risueño, ni mas dulce.

La huérfana lloraba mil veces: y su alma presa entre los muros del castillo, era un águila que busca aire: era un mundo que pide luz.

Lejos, muy lejos para siempre de las maternales caricias: privada de ese afecto santo que diviniza la existencia, y encierra en sí mismo todos los goces inefables, vivia con el grave dolor de sus recuerdos, y no osaba concebir esperanzas, fugaces ordinariamente, como las felicidades que crean.

Los asiduos cuidados, la solicitud de una dueña, que fué su nodriza y su aya, eran los únicos alivios á su conti-

© Biblioteca Nacional de España

nuo padecer; y entre los brazos de esta muger que la adoraba, daba libre curso á sus lágrimas, y desahogaba un tanto su corazon atormentado.

Beatriz, que asi se llamaba la dueña, era una muger de diez lustros, y tan perfectamente conservada, que bien puede considerarse como un enorme tomo en folio, ya se atienda á lo abultado de su cuerpo, y ya á la mucha letra menuda que habia sabido recoger en sus buenos tiempos, y que derramaba á manos llenas en copiosa lluvia de erudicion, sobre cuantos tenian la fortuna de contemplar familiarmente sus reverendas y limpias tocas.

Esta dueña, mas que medianamente irascible, por su sistema sanguinoso y su saber grande y profundo; entraba en el blanco aposento á la hora que nos va ocupando. Su andar rápido y sin concierto hubiera revelado bien toda la ajitacion del ánimo, aun

© Biblioteca Nacional de España

cuando no viniese en su ayuda un rostro amoratado y contraido, patente muestra de su honda cólera y despecho.

Confusa quedó doña Inés al terrible aspecto de la dueña; y llegándose dulcemente al sitial en que habia caido, la preguntó con interés qué grave causa producia tamaña ajitacion enojo.

La dueña, que por una reaccion violenta habia pasado de la ira á un estúpido abatimiento, apartó las manos, para dejar el rostro libre; y ecsalando un hondo suspiro, muy semejante á la verdad á la aspiracion de una ballena, esclamó lo mas trájicamente que en aquellos siglos románticos era dable á una muger de largos lustros:

«¡No se puede vivir en este castillo!»

Esta esclamacion de la dueña no dejó de causar zozobra á su jóven ama; pues acostumbrada doña Inés á temer

© Biblioteca Nacional de España

traiciones en todas partes, sospechaba que la agitacion de la dueña era producida por el descubrimiento de algun plan, en todo ó en parte concebido contra la desgraciada hija del comendador Avendaño.

Enteramente preocupada por esta suposicion, bastante posible en verdad, llegó sus lábios á la mejilla de la dueña, y con una voz cariñosa la preguntó medio temblando.

—¿Qué te ha sucedido, Beatriz?

—¿Qué me ha sucedido? replicó la buena mujer respirando con mas estrépito. ¿Qué me ha sucedido? cosas que no puede temerse nadie, cosas que jamás acontecen en compañía de gente honrada: cosas que tienen lugar solo en este castillo endiablado, cuyos alcaides son verdugos y cuyo señor.....

—Calla, Beatriz.

—No estaria malo que me callase, que sufriese con paciencia la des-

© Biblioteca Nacional de España

vergüenza de ese mozalvete.

—¿De quién hablas?

—¿No hay aquí ningun pajecito?

—Oh! muchísimos tiene el alcaide.

—No hablo de don Lope Hinestrosa, replicó la rolliza dueña con nuevas muestras de despecho: hablo del boquirrubio Enrique, del ojo derecho de don Juan, ese hermano del rey, que al fin como de mala casta no ha de tener eleccion buena; y se divierte con mi enfado, como si yo fuese el hazme reir de Carmona.

No pudo contener una sonrisa doña Inés, y resintiéndose Beatriz prosiguió sus lamentaciones.

—Pues; todos se divierten conmigo: la hija de mis queridos amos, la que ha mamado de mis pechos, la que me tiene como una madre, y á la que quiero como á mí misma, hace causa comun con D. Juan y se atreve á reir en mis barbas, la dueña las tenia cumplidas, las desvergüenzas de Enriquito.

© Biblioteca Nacional de España

—Tranquilízate por Dios, Beatriz; y dame cuenta por estenso del grave crimen qne te enoja. Yo estoy muy interesada en calmar tu pena y te ofrezco á nombre del mozo una satisfaccion cumplida.

—Bien la necesito, Inés mia, respondió la grave matrona poniendo diques al enfado. Figúrate tú que yo estaba muy entretenida en mi aposento, rezando ciertas devociones y santiguándome á mi sabor, segun el rezo lo pedia, cuando percibo un leve ruido, y volviendo presto la cara, véo... ¿A que no adivinas lo que ví?

—No llega mi penetracion á tanto; pero seria cosa notable.

—Ví al tunante de Enrique, con mis tocas en la cabeza y santiguándose como yo. Enojada de tal descoco quiero castigar su insolencia, mas en vez de postrarse humilde empieza á correr por la cuadra, llevando en su mano mis tocas,

© Biblioteca Nacional de España

y cuando ya voy á cojerlo me las tira el infame á los pies, y sin saber como ni cuando caigo de boca y me rebiento las narices. Empiezo á pedir misericordia, y el muy ladino me levanta habiéndose puesto mi saya, y diciendo con voz melosa: «Reciba este ausilio, hermanita, de una que lo es de caridad.» Yo le cogí por los cabellos, mas en el momento de tirarle puso una cara tan doliente que se los solté sin hacerle daño y tuve la debilidad de reirme.

—Asi la reconciliacion fué completa.

—Por un instante. Transigida nuestra refriega, se echó á mis pies como un doguillo, y con su vocecita de tiple empezó á decirme en todos tonos. «Yo conozco que soy muy malo y que voy pasando los dias sin hacer cosa de provecho: si mi señora y respetable dueña tuviera á bien el referirme alguna crónica, ó relatar algunos hechos de los que

© Biblioteca Nacional de España

á su vista pasaron, yo me tendria por muy dichoso, y esta conferencia cederia siempre en bien del paje y en honra y pro de tan entendida matrona. Yo que no soy amiga de tener callado lo que en mis tiempos aprendí del buen Anton Perez, mi esposo, y que relaté como nadie lo que he presenciado yo misma, tomé en mis manos la calceta y empezé á contarle en el punto la conversion del rey Caredo. Apenas habia soltado el nombre cuando cátate al señor paje que con un tono de maestro dice: «Dueña, habeis añadido una i.»

—Y no le faltaba razon.

—No quise mantener disputas y continuando mi historia llego por sus pasos contados al martirio de su visabuelo San Hemigildo. «Qué San Hemigildo ni qué visabuelo», dijo el paje haciendo un par de piruetas; y sin escuchar mis razones se fué cantando alegremente una tonadilla de caza.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Se puede sufrir esto, Inés? ¿Está en el órden que un muñeco con diez y seis años en junto deje á una muger de mi tomo con las palabras en la boca, y se vaya tarareando?

—No hay duda; replicó doña Inés, disimulando su sonrisa, que ha delinquido gravemente y que una correccion severá debe seguirse á su delito.

—Tampoco hay duda, repitió la respetable dueña, todavia bastante enojada; pero no la dejó seguir el ruido de pasos que en las antesalas oyeron; y momentos despues una voz que vibrante y dulce á la vez pedia permiso para entrar.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO II.

Un alma triste, otra alma
Triste, es forzoso que busque.
Nudo que labró el destino
Ningun poder le destruye:
No existe muro, por fuerte,
De que el amor no se burle;
Y los hierros y el cadalso
Le quilatan, no le aburren.

AURELIANO FERNANDEZ GUERRA.

Obtenida al punto la vénia entró en el elegante aposento un bizarro jóven, de diez y ocho años escasos, pero de varoníl continente. Sus ojos pardos destellaban con el fuego de la juventud, y sus cejas grandes y espesas se confundian ligeramente sobre una frente despejada.

© Biblioteca Nacional de España

Una nariz bastante aguileña armonizaba perfectamente con su rostro en alguna manera largo; y sus lábios un poco gruesos daban á su fisonomía aquella espresion de bondad que tan bien se aduna con la fuerza. Abundantes cabellos negros caian en bucles sobre su cuello, y se avenian con una tez morena y enteramente sonrosada. Un elegante vestido de caza cubria sus formas, y asentaba bien á una estatura elevada, esbelta y arrogante. Pendia de su cinto una daga toda de acero, mas cincelada con primor, así como un riquísimo cuerno de caza. Este jóven se llamaba don Juan y era uno de los hijos bastardos del rey D. Alonso el Onceno.

Huérfano á los ocho años de edad, fue separado de doña Leonor de Guzman, su madre, y puesto al cuidado de Hinestrosa por órden de su hermano don Pedro. Estraño siempre á las disensiones civiles, habia padecido sin quejarse en un cau-

© Biblioteca Nacional de España

tiverio de diez años, ejercitándose en la caza, y suspirando por la guerra. Su carácter franco y alegre habia sufrido cuatro meses antes una modificacion estraordinaria, y cuya causa desconocian los habitantes del castillo. Triste y un tanto suspicáz desde el veinte y cinco de junio, hablaba con grande reserva y meditaba amargamente. Este cambio tan repentino no dejaba de tener su oríjen, y se nos presenta ocasion de revelarlo francamente. El dia veinte y cinco de junio llegó á los muros de Carmona un mensajero de don Enrique, despues segundo de este nombre y á la sazon de Trastamara, el cual era portador de un regalo que al jóven don Juan remitia el bastardo de don Alonso. Consistia este en un hermosísimo caballo tordo y en una daga del mas primoroso trabajo. Al entregar el mensajero la hermosa daga apretó con fuerza y recato la diestra del jóven, y apenas se vió don Juan

© Biblioteca Nacional de España

en su aposento logró descubrir en la vaina una tira de pergamino, en la cual estaban escritas estas misteriosas palabras:

«En el Alcázar de Sevilla, y en el dia »veinte y nueve de mayo hizo asesi- »nar el rey don Pedro á su noble her- »mano don Fadrique, el Gran Maes- »tre de Santiago y conquistador de »Jumilla. Sus hermanos maternos han »repartido sus caballos y sus preséas, pa- »ra recuerdo de venganza, y toca á don »Juan, uno de ellos, su hermosísimo ca- »ballo tordo y su daga de firme temple.»

Un poco mas bajo se leia:

«En mil trescientos cincuenta y »uno, y en Talavera de la Reina, fué »asesinada doña Leonor de Guzman, »madre de los bastardos del rey Alonso, »por órden de doña María de Portugal, »madre del rey D. Pedro.»

Desde la fecha referida se oscureció el rostro del infante, y no permitió mon-

© Biblioteca Nacional de España

tar mas caballo que el tordo, ni ceñir mas armas que la daga del malogrado Gran Maestre.

En esta disposicion triste de ánimo, á la que se unia una inquietud bastante viva, entró el arrogante mancebo á la presencia de doña Inés. La dueña que vió una ocasion, como llovida, de dar su queja contra Enrique, supo asirla por el cabello: y no escaseando los dicterios al reboltosillo muchacho desencadenó su ancha lengua, poniendo á prueba la paciencia del pobre infante, que no pensaba ciertamente en escuchar tan gran filípica. Desahogada que fué su bilis, se acordó de algunos quehaceres, y murmurando entre sus lábios, por no abundar mucho sus dientes, dejó al fin en paz á los interesantes jóvenes.

Grandes deseos tenia el infante de hallarse á solas con Inés; mas, habiéndolo conseguido, demostraba consus maneras un mal encubierto, embarazo, y revela-

© Biblioteca Nacional de España

ba su silencio el temor y al par el deseo de promover esplicaciones. Tambien el rostro de la bella dejaba ver algunas señales de su conmocion interior ; pero no atestiguaban tanta lucha , ni una incertidumbre tan grande.

—Infante, dijo doña Inés: muy de mañana me haceis hoy vuestra siempre grata visita.

—Desde muy niño, replicó el infante, tengo señaladas mis horas por una voluntad siempre estraña: mas sin embargo de esta voluntad, que me oprime, procuro cumplir mis palabras y nunca falto á mis promesas. ¿Me parece que lo hago así?

—No puedo dudar de ello, don Juan.

—Pues permitidme, señora , hoy que, para reclamar una promesa , y cumplir con una palabra , trace una tristísima historia.

—Podeis decir cuanto os agrade.

—Una catástrofe sangrienta os hizo

© Biblioteca Nacional de España

venir á este castillo, en el que contaba yo diez años de sufrimientos y opresion. Los cuidados de vuestra madre, y el tener el triste consuelo de confundir amargas lágrimas, pudieron no haceros precisa la amistad de un hombre, que solo presentaba los títulos de un infortunio semejante. Mas yo que habia llorado siempre solo, yo, que sin una dulce simpatia necesitaba un santo amor, como las flores el rocío, no pude contemplar tanta hermosura sin sentir el fuego divino que presta vida al alma, como el sol á cien y cien mundos. Embelesado con mi amor tuve fuerza para callarlo; mas el dia veinte y uno de agosto, dia tristísimo para vos....

—Si, el mas triste de toda mi vida, repuso doña Inés, llorando. En él perdí lo que mas amaba: en él murió mi tierna madre!

—Cuando inclinada sobre su rostro inanimado pediais un protector al cielo,

© Biblioteca Nacional de España

yo, el hijo de don Alonso Onceno, una mano puesta sobre la frente de vuestra madre, y fija la otra sobre la santa cruz de esta daga, juré á vuestros padres y á los mios ser el protector de la huérfana.

Don Juan se detuvo un momento, y las lágrimas de doña Inés corrieron en anchos raudales. Despues, haciendo un esfuerzo el infante continuó bastante agitado.

—Al pornunciar mi juramento salió de mis lábios, señora, una palabra de pasion por mucho tiempo comprimida: la considerásteis entonces como grave ofensa á vuestra madre, y me prohibisteis hablar de ello en dias destinados al dolor. A mis reiteradas instancias para que fijaseis un término á ese aislamiento de pesar, condescendisteis en uno largo, pero que hoy mismo está cumplido.

Aqui se interrumpió don Juan, y despues de una breve pausa continuó con grande energía.

© Biblioteca Nacional de España

—Vengo á renovar mi juramento y á ofreceros mi amor y mano.

—¿Qué pretendeis, don Juan, de mi?

—Pretendo un bien, dijo el infante con toda la efusion de su alma, que puede embellecer mis dias, y endulzar en un solo punto una existencia bien amarga.

—¿Habeis pensado alguna vez sobre nuestra posicion, infante?

—Hace mucho tiempo que la examino.

—¿Y no encontrais en ella, don Juan, alguna cosa estraordinaria, alguna voluntad suprema que no permita nuestro amor?

—¿Puede existir poder alguno que domine sobre las almas? ¿alguna voluntad mas fuerte que la de un amor acendrado? El cetro de los reyes es nada, y....

—El hacha de los verdugos?

—¡Doña Ines!

© Biblioteca Nacional de España

Profundo silencio guardaron los dos jóvenes, y se miraban fijamente. La sangre de don Juan ardía como las entrañas del Etna, y su mano tocó dos veces la empuñadura de su daga. Reprimiéndose poco á poco cogió la diestra de la hermosa, y colocándola sobre su pecho, la dijo con tranquilidad aparente:

—Teneis mucha razon, señora: mi corazon está tranquilo y los verdugos no me espantan; pero mi nombre está proscrito, y no debe buscar amparo una azucena fresca y pura, bajo un renuevo que el aire azota y que los torrentes socaban. El amor del triste prisionero puede ser un tósigo ardiente, y vos no debeis respirarlo. Teneis mucha razon, señora, en recordarme los verdugos.

La mano de Inés, dejada repentinamente por don Juan, cayó con violencia en toda la estension del brazo; pero sus grandes ojos negros destellaron como

© Biblioteca Nacional de España

carbunclos, y sus lábios mas encendidos se comprimieron con fiereza. En un movimiento convulsivo cogió la mano del infante, y llevándola al corazon le replicó con arrogancia:

—Infante don Juan, el corazon de Inés de Avendaño está tan tranquilo como el vuestro y no le aterran los verdugos: ve los peligros en su amor y los teme para quien ama: si desprecias con tal fiereza sus presentimientos mas tristes, recibid su mano de esposa, y cúmplanse nuestros destinos.

La belleza de doña Inés en tal instante era divina, el sonido de su voz profético, y su resolucion heróica. De pie, con la cabeza levantada y su diestra mano tendida hácia don Juan, conservaba la actitud magnifica de las mayores estatuas griegas y la inspiracion de las sibilas. Dobló su rodilla el infante y con amoroso respeto imprimió dos veces sus lábios en la blanca mano de

© Biblioteca Nacional de España

la huérfana despues la dijo con ternura:

—En este instante, hermosa Inés, acabamos de ligar dos suertes bastante desgraciadas y míseras. Esclavos nuestros cuerpos en el castillo de Carmona, son bastante libres nuestras almas para no doblarse al temor, para resistir la violencia, y para volar, si es preciso, independientes, puras y unidas á la morada de los cielos.

—Si, don Juan, esclamó la jóven con una exaltacion creciente: en este instante desafio toda la furia de los hombres, y pisaria sin inmutarme el cadalso mas afrentoso. Hay momentos estraordinarios en los que la vida nos cansa, por su cortedad y sus miserias, á los que buscamos la muerte, por su eternidad y reposo. Mas allá de esos mundos etéreos, de ese sol que alumbra, y de esas estrellas que brillan, hay un mundo desconocido á nuestros ojos,

© Biblioteca Nacional de España

pero que vé en esta el alma: y en ese mundo desparecen las distinciones de la tierra, y la fuerza de los destinos. Las coronadas frentes se humillan ante la virtud de un pechero; y el Dios de justicia levanta al que los hombres humillaron.

—Inés.

—Si, don Juan. ¿No os llena de orgullo ese mundo?

—Es tan hermoso, como Inés. Mas escuchad, hermosa mia: si antes de volar á ese mundo os cercasen las asechanzas, os oprimiesen las violencias, os apremiase la seduccion, jurais á Dios y á vuestros padres no pertenecer á otro bombre que á don Juan?

—Lo juro, dijo, doña Inés.

—Mirad esta daga, señora: es la misma qne mi noble hermano Fadrique llevaba al cinto cuando lo asesinó don Pedro. Esta daga debe vengarlo. Si es mi destino perecer como el Maestre de

© Biblioteca Nacional de España

Santiago: vos, áquien tomo por esposa, cuidad de recoger este arma, para que cumpla su destino. Nada mas exijo. Voy á tratar con Hinestrosa de nuestro enlace, doña Inés.

El Infante besó de nuevo la blanca mano de la jóven, y salió á buscar á don Lope.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO III.

Apeóse de su potro;
Y despidiendo la jente,
Se subió á la fortaleza
Diciendo entre si mil veces.

Rom. de Romances Moriscos.

Al mismo tiempo que el Infante manifestaba su cariño á la huérfana de Avendaño, otra escena mas animada tenia lugar en el gran patio del Castillo.

Sobre largos poyos de piedra, un sin número de monteros conversaban alegremente, refiriendo sus hazañas, con una entonacion heróica, no contra el moro granadino, que á la sazon estaba quedo; pero sí contra los javalíes, contra los venados y los lobos.

© Biblioteca Nacional de España

Para fortalecer los estómagos y remojar bien la palabra, daban enamorados besos á una bota de moscatél, que la generosidad del Infante habia presentado á su gula.

Los espíritus del licor se elevaban á los cerebros, y los comensales alegres hacian confundirse sus bríndis con los ladridos de la jauria.

Muchas notables ocurrencias se relataron á la vez, apareciendo mas prodigiosas en las lenguas de los mas borrachos.

Alli era de ver la bravura con que un montero alto y fornido habia luchado contra un oso, sin mas defensa que sus brazos. Alli el encarnizamiento de otro que acosado por un venado, logró cojerlo por las hastas y hacerlo rodar largo trecho, rompiéndole despues el cráneo á un solo golpe de su puño. Alli la intrepidez de un viejo que luchó á bocados con un javalí furibundo, presentando á

© Biblioteca Nacional de España

todos, cual prueba, la honda cicatriz de un colmillo. Allí.... mas dejemos que cuenten, y miremos hácia otra parte.

Algunos mozos de caballos, no muy lejos de los monteros, limpiaban con grande premura corceles de velocidad y firmeza; mientras un jovencillo rubio con ojos azules y despiertos, y una naricilla remilgada, trenzaba su larguísima crin á un caballo de noble raza y grande brio.

Era este corcél tordo oscuro, con una alzada de ocho palmos, y unos miembros al par que finos proporcionados y nervudos.

El cuello corto y torneado estaba cubierto de crines blancas, y una larga cola de lo mismo, contribuia mucho á su hermosura.

Salia por sus anchas narices una respiracion de fuego: y cuando azotaba su mano el pavimento del Castillo arrancaba chispas del suelo.

© Biblioteca Nacional de España

Este caballo inteligente agradeció en cierta manera la predileccion del buen page, y cada vez que aproximaba su cabeza á la del generoso bruto, le mordia este los cabellos, pero sin hacerle algun daño; y dejando solo regada con menudas perlas de espuma su luenga melena de oro.

A muy pocos pasos de Enrique, pues este es el paje de que hablamos, estaba un hombre bien vestido, como de cincuenta años de edad, y de muy mediana estatura.

La fisonomía de este hombre, sin tener nada repugnante, era de aquellas que nunca inspiran confianza.

La rareza de sus cabellos habia prolongado su frente, y unas cejas poco pobladas daban escasa sombra á sus ojos de un pardo claro, muy inteligentes y pequeños.

Su nariz, de una regularidad perfecta, armonizaba con sus labios descoloridos

© Biblioteca Nacional de España

y delgados: y su tez un tanto amarilla, no asentaba mal al conjunto.

Muy ágil en sus movimientos dejaba entrever, sin embargo, mas bien las fuerzas de su alma que la robustez de sus miembros.

Tal era don Lope de Hinestrosa, alcaide de la fortaleza, y guardador, como hemos dicho, de tan envidiables tesoros.

Al entablar conocimiento con el tutor de doña Inés, será completamente vano que pretendamos traslucir la causa de su abatimiento moral. Es verdad que se nos presenta en una meditaccion triste: que muerde tenazmente su labio inferior, y que se aparta los cabellos como si abrumasen su frente. Tambien es verdad que, aun cuando dicta sus órdenes para la batida, no está en reposo su cabeza.

En medio de sus meditaciones oyó el alcaide relinchar al caballo tordo, que saludaba á su señor con alborozo manifiesto.

© Biblioteca Nacional de España

A pesar de sus posiciones respectivas, siempre habia guardado don Lope al Infante todas las preeminencias del rango, y asi se apresuró á recibirlo.

En ninguna ocasion don Juan necesitaba usar mayores miramientos, ni mas cortesanas finezas con el alcaide de Carmona, que cuando iba á solicitarle en tan importante negocio. Cogió la mano de don Lope y retirándose á un estremo le dijo:

—Tengo recibidas, don Lope, grandes y reiteradas pruebas de vuestra consideracion y afecto.

—De mis deberes nada mas.

—Sin duda que considerais como deberes las mas esquísitas finezas; pero permitidme continúe.

El alcaide no abrió sus labios y el Infante prosiguió así.

—Aunque no calculo hasta qué punto me hubiera sido fácil llevar á cabo cierto empeño, sin consultaros sobre él, he con-

© Biblioteca Nacional de España

siderado oportuno haceros una confianza....

—De amor? interrumpió el alcaide, sonrojándose ligeramente la superficie de su piel.

—De amor; tartamudeó don Juan.

—Esa confianza es bien inútil, dijo Hinestrosa, poniéndose de nuevo pálido. ¿Creeis posible, señor Infante, queden por mucho tiempo ocultos unos amores bien sentidos, pero disimulados mal?

Don Juan mordió un poco sus labios, y no respondió una palabra.

—Sí, continuó diciendo don Lope: disimulados muy mal, para que no llegasen á noticias de un hombre de cincuenta años.

Se recalcó un poco en la frase don Lope y continuó con mas dulzura.

—Ya podeis conocer, Infante, que vuestra confianza á lo menos carece de gran novedad.

—Con todo, le replicó don Juan, hacien-

© Biblioteca Nacional de España

do sobre sí un esfuerzo: tiene una parte que ignorais y que voy á manifestaros. Mi amor hácia vuestra pupila no es un pasatiempo liviano, que ó se mantiene de esperanzas ó se desvanece cual humo. Yo adoro á Inés con frenesí, y vengo á pediros su mano.

A estas palabras tan precisas sintió Hinestrosa un sacudimiento galvánico, y necesitó todo su aplomo para manifestar cierta calma. Desvanecidos sus primeros ímpetus, pasó dos veces su mano por la frente, y mirando al jóven con dulzura le dijo, no sin grande esfuerzo.

—¿Habeis pensado alguna vez sobre vuestra posicion, don Juan?

—Muchas he pensado, Hinestrosa: y debo decir sin rebozo, que las mas de ellas me confundo antes de conocer mi objeto. No tengo duda que mi hermano me hace guardar como á enemigo, pero no conozco mi crimen, ni me parece, don Lope, justo, que se me condene para

© Biblioteca Nacional de España

siempre al aislamiento y la prision. Yo debo mil consideraciones á mi alcaide; pero me falta la libertad, que es la vida de nuestras almas, tan necesaria para ellas, como el aire para existir. Aquí teneis cuanto yo pienso. ¿Podeis noticiarme algo mas?

Don Lope vaciló un instante; pero con acento dulce contestó al hermano del rey.

—Yo quisiera poder añadir algunas noticias, señor, á lo que acabais de decirme; pero sin conocer las causas que impulsaron al rey don Pedro á confiarme vuestra persona, obedezco sus instrucciones y las cumplo sin vacilar. Esta reclusion, enojosa para un jóven de ánimo heróico, no ha dejado de produciros grandes ventajas: pues en el castillo de Carmona habeis contemplado desde lejos el choque de encendidos bandos, y no descubre vuestra frente la negra mancha de rebelde...

La frente de don Juan se anublaba, y

© Biblioteca Nacional de España

una convulsion repentina hacia estremecer sus miembros. No se escapó á la penetrante mirada de don Lope que, interrumpiendo su discurso, preguntó con calma al Infante.

—¿Os poneis malo?

—No, don Lope.

—Veo alguna palidéz en vuestro semblante.

—No es nada. Pero me hariais un gran favor manifestándome símplemente qué, debo esperar de Hinestrosa, para unirme con doña Inés.

—Es muy justa vuestra impaciencia, y voy á satisfacerla al punto. Con el doble encargo que tengo, respecto á mi jóven pupila y al noble hermano de mi rey, debo hacer presente á su alteza la resolucion que habeis tomado: y si aprueba vuestros deseos, yo seré el primero á cumplirlos.

—¿Teneis algunas órdenes del Monarca, para oponeros á mi enlace?

© Biblioteca Nacional de España

—Ningunas.

—Pues en ese caso, don Lope, bien podeis aprobar mi boda, y hacer se lleve pronto á cabo sin contrariar ningun precepto.

—Vos lo encontrareis todo muy llano con la impaciencia de un amante: yo lo miro todo escabroso con la meditacion de un viejo.

—Os deberé tanto, don Lope, si condescendeis á mi súplica, como si me diéseis un cetro.

—Bien quisiera satisfaceros; pero es á tal punto imposible....

—¡Imposible! esclamó don Juan, con mal reprimida fiereza, y poniéndose mucho mas pálido.

—Imposible, repitió Hinestrosa con una dulzura afectada.—¿Mas vuestra palidez se aumenta? ¿Quereis que dejemos la partida?

—No, don Lope. Necesito respirar el aire, y es muy estrecho este castillo.

© Biblioteca Nacional de España

Cuando el alma padece mucho necesita el cuerpo fatiga: y la agitacion de la caza cambiará el curso de mi sangre. Si un javalí sale á mi encuentro, podré clavarle mi venablo. Y es tan hermoso matar fieras....

—Hola! monteros, á caballo: gritó don Lope con voz firme. Todos obedecieron al punto.

—Enrique! pronto mi caballo: gritó poco despues el Infante.

El page se llegó á don Juan, sujetando al fogoso tordo, y presentándole el estrivo.

No vaciló un punto el Infante: y apenas ocupó la silla, cuando ya Enrique cabalgaba sobre un obero de ocho palmos: pues el jóven paje buscaba siempre el caballo de mas alzada.

Tambien iba á montar don Lope, cuando aparecieron dos ginetes, armados de pies á cabeza y en dos empolvados corceles.

© Biblioteca Nacional de España

El que caminaba delante, y ser el amo parecia, descabalgó con ligereza, tirando sus riendas al otro. Atravesó el patio velozmente, y llegando junto al alcaide, que el pie en el estrivo tenia, le dijo unas cortas razones, en un tono bastante bajo para que las oyese Hinestrosa y ninguno de los demas.

Iba don Lope á descubrirse, pero el desconocido le detuvo el brazo, antes de que pudiese hacerlo.

—Infante don Juan , dijo Hinestrosa, podeis marcharos cuando os plazca: pues una ocupacion urgente me imposibilita la partida.

Don Juan no respondió palabra: animó al generoso bruto, y se precipitó al galope. Mas cuando su noble caballo estuvo cerca del misterioso personaje, cruzó las orejas con espanto, y salvó de un bote un gran espacio de terreno.

Enrique movió la cabeza, ó disgustado ó receloso: y el recien venido por

© Biblioteca Nacional de España

su parte fijó una mirada siniestra en el caballo y el ginete: diciendo á media voz y con grandes muestras de enojo.

—Mucho se parece á Fadrique.

—Mucho tambien á don Alonso: dijo Hinestrosa, y ambos personajes marcharon hácia el interior del castillo.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO IV.

El gran rey don Pedro, que el mundo reprueba,
Por serle enemigo quien hizo su historia,
Fué digno de clara, y famosa memoria,
Por bien que en justicia su mano fué ceba.

DON DIEGO DE CASTILLA.

Estamos en el gran salon. Altas ventanas ojivas, cerradas con vidrios de muy diferentes colores, prestan una luz algo escasa á las molduras de los muebles y á los tapices de los muros.

Grandes sitiales de nogal tallado y mesas de la misma clase pueblan esta

© Biblioteca Nacional de España

cuadra imponente; en cuyos altos artesones descuellan esculturas fantásticas.

Los pasos de dos hombres resuenan en su pavimento de mármol: y estos dos hombres que pasean, son el alcaide del castillo, y su huésped recien llegado.

Poco aficionados á misterios, vamos á revelar sin tardanza nombre y calidad del incógnito, empezando por su retrato

Era este, segun nos refiere su crónica, blanco, rubio, de buen parecer en el rostro, y de cuerpo y ánimo grandes. Parco en el comer y dormir, allegaba grandes tesoros, y era sufridor de trabajos. Si añadimos á esta pintura, que ceceaba un poco en el hablar y que sonaban sus canillas, no habrá lector que no reconozca al Rey don Pedro, llamado por los historiadores Cruel, y por los poetas Justiciero.

Cuál de estas dos calificaciones sea la

© Biblioteca Nacional de España

mas esacta, es muy largo de discutir: y por mas que digan los filósofos, que la verdad es indivisible y es una: yo, respetando sus opiniones, creo como de fe, que el Rey don Pedro tuvo bastante de ambas cosas. Pues siendo el vicio muchas veces la exageracion de una virtud, la misma justicia llevada á estremo, puede convertirse y se convierte, en muy refinada crueldad.

Si los defensores del Rey me dicen que era cumplido caballero, yo responderé conformándome que era español, y esto bastaba. Empero añadiré ciertamente, que aunque nacido el Rey don Pedro con altas cualidades de príncipe, probó la sangre siendo jóven, y se aficionó mucho á ella como el elefante en las batallas.

Si los opositores de don Pedro quieren poner ante mis ojos una gran serie de cadalsos: yo no les negaré los hechos; pero sí diré que una parte de estas

© Biblioteca Nacional de España

ejecuciones sangrientas fueron debidas á los dardos con que molestaban al Leon.

El Rey don Pedro reunió en sí una muchedumbre admirable de buenas y malas pasiones: y el Rey que con mejor consejo hubiera fundado en España una monarquía protectora, retrasó en un siglo este grandioso pensamiento.

Mas dejándome de cronista, tomo al hijo de don Alonso como mas á mi intento conviene; y sin rebatir panegíricos, ni buscar causas, muy ocultas ó muy dudosas, para justificar efectos coloco al Rey don Pedro en la gran sala del castillo, conversando con Hinestrosa en los términos que se siguen.

—Pardiez, señor alcaide, dijo el Rey, que no me ha parecido prudente hayais soltado de la jaula á un jóven tigre, que bien podria tomar cariño á la libertad de los campos.

—Estoy muy seguro, señor, que den-

© Biblioteca Nacional de España

tro de muy pocas horas habrá vuelto el tigre á su jaula. ¿Pero me será permitido saber por qué inesperada fortuna recibo en Carmona á su Alteza?

—Me han traido aquí, señor alcaide, una razon y dos pasiones.

—Don Pedro se interrumpió un instante, como esperando la pregunta; y viendo que don Lope callaba, continuó de esta manera:

—Es mi razon, haber recibido noticias, que sobre los campos de Araviana acaba de vencer don Enrique á mis soldados de Castilla.

—¿Y mi hermano? Preguntó el alcaide azorado.

—Tranquilízate: contestó el Rey. Quedó en el campo entre los buenos.

—Don Lope se enjugó una lágrima: y su fisonomía descompuesta por un instante, fue recobrando poco á poco su impasibilidad ordinaria. El Rey continuó su discurso.

© Biblioteca Nacional de España

—Esta inesperada derrota, me pone en la necesidad de armar gentes, que restablezcan mis negocios. Aquí teneis pues la razon. He hablado tambien de dos pasiones, y me conviene preguntarte por la huérfana de Avendaño.

—Está cuidada con esmero.

—Y tambien estará muy bella. ¡Oh! me acuerdo de haberla visto un solo dia; pero conservo bien su imágen. Estaba en la mezquina iglesia del Villaryo de Salvaves, vestida de luto, y tan pálida como las belas del altar. Sus ojos bañados de lágrimas se levantaban á los cielos con una espresion indecible, y cuando los fijaba en la tierra, los ángeles y los querubines envidiaban esas miradas al blanco mármol de un sepulcro. Yo, don Pedro el Cruel, ó el Justiciero y el valiente, que de todo dirá mi historia, temblaba como una violeta, y me aparté de aquel lugar sin que descubriese mi rostro. Desde aquel malhadado dia, he comba-

© Biblioteca Nacional de España

tido en mar y tierra: he lavado, Lope, mis manos con samgre de damas, de Infantes y de Reinas: pero la memoria de doña Inés vive siempre, y compraria sangre con la sangre de mis arterias.

Durante el discurso del Rey toda la sangre de Hinestrosa se habia subido á su cabeza: pero fijándose en sus ojos, conservaba el rostro amarillo, y martirizaba sus labios.

Por mas esfuerzos que probaba, ninguno encontró á propósito para recobrar su sangre fria: y por toda respuesta al Rey tartamudeó algunas palabras.

La situacion del Rey don Pedro no era menos ajitada y ardiente, aunque bajo aspecto distinto: y asi sin escuchar un punto á don Lope, continuó con mas entusiasmo.

—Muchas veces tomo la pluma para firmar una sentencia, y no discurre entre mis dedos: muchas veces voy á comunicar mis órdenes, y la garganta se me

© Biblioteca Nacional de España

anuda; muchas veces detengo el brazo al triste aspecto de una vírgen pálida y bella: y esta vision que me persigue en las vigilias y en los sueños; esta vision que temo y amo, esta pupila de Carmona, es la huérfana doña Inés.

Ya sabes mi pasion, don Lope. Codicio á la hermosa Avendaño, y estoy decidido á poseerla.

—¡Imposible! esclamó Hinestrosa.

—¡Imposible! repitió el Rey, sacudiendo con fuerza el brazo izquierdo del alcaide. ¡Imposible para el Rey don Pedro! No. Tú has perdido el juicio, don Lope, y no debo hacerte algun caso.

Despues añadió con sarcasmo.

—Querrá predicarme continencia el que me entregó sus obrina: y á fe que era hermosa como un ángel: y á fe que aun la quiero, don Lope. Hallais imposibles para mí: se engaña mucho el noble Alcaide. Yo hice anular mi matrimonio por dos reverendos obispos, para casar con

© Biblioteca Nacional de España

doña Juana: y despues de una feliz noche, no he visto mas á la de Castro. Yo hice á doña Aldonza Coronel, besar arrodillada mis manos: y estaban teñidas en su sangre. La hija del señor de Aguilar recibió el fuego de mis besos sobre la nieve de su seno: y yo enjugué con sus cabellos el llanto ardiente de sus ojos. ¡Imposibles para mí, don Lope! Estais soñando; ¡vive Dios!

Dos veces estrechó don Lope el rico puño de su daga, con una convulsion horrible. ¿Era el ánimo del alcaide hundirla en el seno del Rey? Me es imposible contestar.

La gran reserva de Hinestrosa; su impasibilidad contínua, habian desaparecido del todo: y aquella cabeza de hierro, caldeada al fuego de mil Etnas, despedia centellas de sí.

¿Qué causas habian producido un fenómeno tan estraño? Tampoco puedo responder. En el discurso de los años, y

© Biblioteca Nacional de España

aglomerándose los hechos, quizá se descifre el misterio, bien por circunstancias imprevistas, bien por confesion del alcaide. Tengamos paciencia entretanto; y prosigamos nuestra historia.

Vuelto sobre si nuestro alcaide, dijo al Rey con un tono humilde.

—Jamás he tratado, señor, de contrariar vuestros deseos, y me habeis castigado bien, por contradeciros un punto. He procurado, Rey don Pedro, evitaros un sinsabor, aunque esta buena intencion mia redunde en descrédito de mi lealtad y en grave daño de mi honra. Cuando he repetido á su alteza, que la posesion de doña Inés era imposible, tuve, señor, tan solo en cuenta...

—Qué?

—Que, doña Inés ama rendida....

—¿A quién, alcaide?

—A vuestro hermano.

—He aqui mi segunda pasion, dijo el Rey con una carcajada sorda.

© Biblioteca Nacional de España

He aqui mi segunda pasion: la venganza.

El alcaide se quedó inmóvil. El Rey don Pedro daba vueltas con la rapidez del relámpago: y hacian un ruido sus canillas, muy semejante al de los dados cuando ruedan sobre un tablero. Manchas de sangre se mostraban en sus pupilas centellantes, y sus labios secos y rojos daban libre paso á un aliento, recio como los huracanes, y como la lava encendido.

Hinestrosa, el mismo Hinestrosa, dejando á parte su estraordinaria sangre fria, estaba atemorizado al aspecto del Monarca de las Castillas: y quizá se arrepintió entonces de haber llamado la tormenta, que presagiaba tal estrago.

Don Pedro se paró de pronto: y dando una recia puñada sobre un bufete de nogal, que se dividió en dos mitades:

—Es posible, dijo, que por do quiera los Guzmanes hayan de salirme al encuentro. Late mi corazon de niño por

© Biblioteca Nacional de España

la hermosa Juana Manuel, y hay un conde de Trastamara, bastante feliz, bastante osado, para disputar á su Rey la posesion de una belleza, y para llamarla su esposa.... Quiero gobernar mis estados con independencia y justicia, y un don Enrique, y un don Tello, levantan provincias enteras, y me ponen en grave aprieto. Me obligan, sí, me obligan á contraer un matrimonio detestable, y el gran maestre de Santiago pasa muchos meses de viaje con doña Blanca, con mi esposa. Pongo en grave apuro á Albuquerque, y don Fadrique y Trastamara le prestan proteccion y apoyo, dando fundamento á la liga, que en favor de la Reina forman; en la que mi propia madre entra: y de la que sufro desafueros en las conferencias de Toro. Por evitar mayores daños doy á don Enrique permiso para que sirva al rey de Francia; y apenas comienzo la guerra con el Monarca de Aragon, cuando llega Enrique

© Biblioteca Nacional de España

mis fronteras; tala las fértiles comarcas de Almazan y Soria: y vence á la huestes de Castilla sobre los campos de Araviana. Veo en medio de tales disgustos y cuidados, una muger, como los ángeles hermosa, como los querubines radiante, como las vírgenes de Dios pura: y esta muger ama entusiasta...

—Sí; le ama, murmuró don Lope,

—Maldicion sobre la raza entera, esclamó el Rey. No quede ni uno solo á vida, y los bastardos de Alonso Onceno apaguen con su sangre impura todo el volcan de la civil guerra y el hondo cráter de mis celos.

Aqui se interrumpió don Pedro: recorrió de nuevo la estancia, apretándose la cabeza, y lanzando sordos rugidos.

Temblaba el pavimento á sus pasos y los vidrios se estremecian. Ya tropezaba en un sitial, ya echaba á rodar una mesa, y ya con las puertas chocaba.

Despues de haber dado mil vueltas se

© Biblioteca Nacional de España

paró con alguna calma, y dijo al alcaide Hinestrosa.

—Necesito ver á doña Inés.

—La diré que el Rey de Castilla me manda....

—Sí; ladirás que el Rey de Casilla desea verla algunos instantes, y no volverás, Hinestrosa, sin su consentimiento á verme.

—Quizás oponga resistencia.

—No hay escusa, señor alcaide. El Rey don Pedro quiere hablarla y se ha de cumplir su deseo.

—Todo será como mandais.

Don Lope se alejó al momento, y el rey don Pedro se dispuso para presentarse á la huérfana.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO V.

Pues Don Pedro de Castilla
Tan valiente y tan severo,
¿Qué hizo sino castigos,
Y què dió sino escarmientos?
QUEVEDO.

Irritado el Rey todavia con un contratiempo tan invencible, segun todas las apariencias, marchaba con pasos desiguales, parándose de vez en cuando para proseguir sus pasos. A pesar de su natural arrogancia, sentia don Pedro un embarazo, poco comun á su carácter, y temia,

© Biblioteca Nacional de España

al par que deseaba ser presentado á doña Inés. Cercado de inquietudes serias por la guerra con Aragon y la deslealtad de sus nobles, solo un corazon tan volcánico y unas pasiones tan sin freno hubieran podido ocuparse de peligrosos galanteos, cuando claudicaba su trono. Mas el hombre que por la Castro habia publicado un divorcio y contraido nuevas nupcias, abandonándola al dia siguiente, no ponia freno al apetito ni reparaba en los obstáculos.

Cuando estaba mas distraido entre su amor y sus deberes, penetró en la estancia Beatriz, muy descuidada á la verdad de un encuentro tan imprevisto. Iba la dueña algo incomodada por el lance de la mañana, y en meditacion tan profunda, que sin reparar en el Rey chocó con él de tal manera, que estuvo á punto de hacerle rodar por el suelo. Don Pedro no habia visto entrar á la dueña, por tenerla vuelta la espalda, y al inesperado em-

© Biblioteca Nacional de España

pellon revolvió furioso y con su daga ya desnuda.

El juramento de don Pedro fué dea aa entonacion espantosa, y un ¡ay! doliente de la dueña, que ya se creyó ánima en pena, la contestacion mas humilde. Aterrada la pobre Beatriz con tan inesperado lance, se hincó en el suelo de rodillas, y abrazándose á las del Rey le solicitaba perdon de una manera tan ridicula, que el Monarca un momento antes irritado, y que habia temido quizás, no pudo menos de reirse, y lenvantó á la dueña con cierta bondad no muy comun en el Leon de las Castillas.

Era el lado flaco de Beatriz, hablar siempre lo mas posible, sin desperdiciar ocasion. y el manifestar sus escusas se la presentó muy cumplida.

—Señor, dijo la pobre dueña: yo no sé como reprenderme un aturdimiento á mis años que os ha causado algun disgusto.

© Biblioteca Nacional de España

—No ha sido cosa.

—¡Oh! si, ha sido mi falta bastante grave y reprensible: pero tiene una dias tan fatales, que todo le sale malísimo. Empezó este con una disputa insufrible, sobre una crónica bien antigua....

—¿Os preciais de muger leida?

—Leida no, replicó la dueña, con una modestia aparente, porque no conozco las letras y los libros andan escasos; pero he oido relatar muchísimas cosas, y mi memoria no es ingrata.

—¿Y del reinado de don Pedro, teneis aqui muchas noticias?

—Desde que estoy aqui muy pocas, porque nos tienen bien guardadas, pero en otros tiempos muchísimas.

—Y qué opinion teneis formada de don Pedro?

—Me parece bastante malo, y desde que asesinó á...

—Dueña, replicó el Rey airado: el

© Biblioteca Nacional de España

rey don Pedro no asesina: castiga á los rebeldes y traidores.

—Perdonad, señor, si...

—Nada tengo que perdonar: es una advertencia sencilla. ¿Sabeis algunas anécdotas de él?

La dueña estuvo muy tentada para responder que ninguna, pero su pasion favorita se sobrepuso, como siempre, y prosiguió de esta manera:

—No dejo de saber algunas, y una particularmente curiosa, cuando casó con doña Blanca. Voy á referirosla al punto.

Entre las joyas y preséas que presentó la jóven reina al Rey don Pedro, se distinguia por el trabajo una rica cinta de oro: el Rey que estaba enamorado de doña María de Padilla, abandonó al punto á su esposa, y fue á buscar á su manceba. Temerosa la jóven dama de que el Rey burlase su amor por el cariño de la reina, hizo que hechizase

© Biblioteca Nacional de España

un judio la hermosa cinta, y poniéndosela un dia don Pedro al cuello, creyó tener una culebra y abandonó á su buena esposa.

—¿ Nada mas sabeis de ese cuento?

—Nada mas puedo referiros.

—Pues voy á darte la esplicacion, repuso el Rey.

—Cuando vino á España doña Blanca, salió á recibirla don Fadrique, por órden espresa del Rey, y en vez de apresurar jornadas, invirtieron un año largo en las fatigas del camino. Don Pedro, suspicáz y mozo, no vió indiferente esta tardanza; y las hablillas á que dió motivo, fueron el hechizo que supo transformar en sierpe una cinta de oro aquilatado.

—Muy enterado pareceis, señor caballero, en el pormenor de esa historia: y el mismo Rey no contaria con mas puntualidad los hechos.

—Conozco bien este reinado: pero podeis continuar.

© Biblioteca Nacional de España

—A propósito. He oido aquí mismo una noticia, que no deja de interesarme. Dicen que un santo sacerdote ha profetizado al rey don Pedro una muerte bien prematura bajo el acero de su hermano, don Enrique de Trastamara.

A cada palabra de la dueña se iba oscureciendo la frente de don Pedro, y brotaban sangre sus labios, mordidos con fuerza para no pronunciar palabras.

—¿No sabeis nada de esta historia? repitió la dueña.

—Si, contestó el Rey, haciendo un esfuerzo: un mal sacerdote, traidor encubierto y astuto, ó loco rematado, hizo el pronóstico que dices; mas el Rey don Pedro que sabe recompensar bien tales servicios, le hizo quemar como agorero: y si el horóscopo se cumple, no se gozará el adivino en la victoria de su ciencia.

La dueña empezó á santiguarse, y la preguntó el Rey don Pedro.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Qué causa tienes, vieja bruja, para hacerte esos garabatos?

—Señor: lo que acabais de referirme es capaz de erizar el cabello á todo cristiano católico. ¿Sabeis, señor, qué crímen es quitar la vida á un sacerdote?

Don Pedro empezó á mesarse, con cierta distraccion, la barba: y llegándose mas á la dueña, lá dijo con voz bastante airada.

—¿Y sabes tú, dueña, el delito que comete un mal sacerdote, propalando sus fantasías, sus cavilaciones ó sus sueños como predicciones proféticas? ¿Sabes tú el daño que hace al Rey, presentándolo ante sus pueblos como maldecido de Dios? ¿Sabes tú la desconfianza que inspira á los súbditos mas leales, y el ánimo y fuerzas que infunde entre los vasallos rebeldes? Y el hombre que tal daño causa, el que miente con tal descaro....

—No miente.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Qué dices?

—Hacer quemar á un sacerdote! No dudo yo se verifique lo que el santo varon anunciaba....

—Dueña!

—Tan horrible castigo traerá el del cielo sobre el Rey: y no solamente traspasará la daga su corazon empedernido....

—¡Dueña, dueña!

—Sino que lamerán los perros su sangre...

—¡Calla, por el diablo: calla dueña, ó el mismo don Pedro te asesina!

La horrible agitacion del Rey habia crecido por instantes, y al pronunciar estas palabras oprimian sus manos la garganta de la infeliz dueña , que podia apenas respirar.

Este cuadro digno de los pinceles de Miguel Angel, tenia una repugnante horriblez.

Beatriz arrojada en el suelo, tenia su

© Biblioteca Nacional de España

cuello entre las manos del enfurecido monarca; y con su rostro casi negro hacia contorsiones tan ridículas, y tan estraordinarios gestos, que á un espectador impasible, hubiera sido muy dificil, no soltar grandes carcajadas. Casi arrodillado don Pedro habia aproximado su cara á la de la dueña infeliz; y á medida que Beatriz aumentaba sus convulsiones y sus gestos, se iban erizando los cabellos sobre la frente del monarca.

Ya estaba próxima á espirar la siempre charlatana dueña, cuando el Rey la soltó de repente: y lanzando un rugido sordo, huyó murmurando entre dientes:

»Asi se agitaba Fadrique, cuando le asesiné en Sevilla.»

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO VI.

Un Adonis que va á caza
De javalíes monteses
Dejando su diosa amada,
Y dice la letra, *muere.*
ROM. DE ROMANCES MORISCOS.

Si han concebido mis lectoras alguna dulce simpatía por el noble Infante don Juan, estarán, como yo, algo inquietas, por saber qué tál se divierte en la gran partida de caza. Como salió de mal humor, tambien estarán deseosas de conocer sus pensamientos: y yo que escribo con

© Biblioteca Nacional de España

afan para complacer al sexo hermoso, me voy de partida decampo con tan alegre compañía.

Nada me importa que los padres pongan su ceño de costumbre: que las madres riñan un poco, y sobre todo, que las tias se atormenten con sus recuerdos. Pues si es muy justo acariciar, como ha dicho discretamente la princesa María de Baden, el recuerdo que trae esperanza, es seguramente muy triste alimentarse con recuerdos que no conservan porvenir.

Animo pues, mitad hermosa: abandonemos el castillo; y trisquemos con alborozo al aire libre, teniendo por alfombra los prados, y por artesonado el cielo.

Vamos á asistir á la caza; precipitémonos con rapidez por las laderas; saltemos sin temor las breñas, y entre las gigantes encinas, hollemos con planta atrevida las retamas y los tomillos.

Los arroyos que serpéan no han de detener nuestros pasos: esos torrentes que

© Biblioteca Nacional de España

se estrellan, nos salpicarán con aljofar; y entre las parras y los pinos murmurarán fuentes de cristal.

Corramos á ver los corceles que dan al viento crin y cola, que sacan fuego de las peñas, y fuego brotan sus alientos. Escuchemos sus fuertes relinchos, y los ladridos de la jauría, que sigue el rastro tenazmente á los javalies y los ciervos.

Veamos al Infante don Juan blandir un agudo venablo, y codiciar hallar la pieza.

El sordo rumor de las ramas, tronchadas como con un hacha, nos anuncia algun javalí, que caminando en línea recta, abre ancha senda con sus dientes. Un caballero se presenta sobre un valiente corcél tordo, y corta al animal el paso.

Veamos cómo eriza sus cerdas, cómo presenta sus colmillos y se prepara á combatir.

Ya han estrechado las distancias: ya el generoso bruto relincha, y la fiera va

© Biblioteca Nacional de España

á acometerle. Los blancos colmillos rechinan y la embestida es peligrosa: pero un venablo rompe el aire, y el javalí rebrama herido.

Quiere acometer mas furioso: su sangre salpica las rocas, y abandonándole las fuerzas eriza mas su áspero lomo, y en su lecho de ramas muere.

El ginete goza en su triunfo; y este cazador es don Juan.

Saltando sobre la maleza viene un bosquecillo de astas, que se enredan en los arbustos y debilitan la carrera. El pobre venado se afana y toda la jauria le muerde.

¡Cuánta saña muestran los perros sobre el animal ya vencido! Con sus mordiscos le maltratan, y con sus ahullidos le aturden.

El paje llega felizmente: arranca al venado la vida, y toca su cuerno de caza.

Por aquí juran los monteros: por allá

© Biblioteca Nacional de España

las reses rebraman: ¡cuánta confusion, cuánto ruido!

Mucho hemos corrido en muy poco: muy cansadas estareis, lectoras; y yo quiero que reposeis. ¿Distinguis desde aquí una cañada, poblada de arbustos silvestres, y entrecortada por las rocas? ¿Veis una fuente cristalina, que no se desliza en el césped y á la que las zarzas dan sombra? Pues sobre el pico de una peña y recostado contra un pino está un jóven meditabundo. Ya le conoceis: es don Juan.

A pocos pasos hay un niño con la cabeza destocada, tambien pensativo y de pie. Ya le conoceis: es Enrique. He cumplido media palabra.

¿Pero conseguiré tambien cumpliros la segunda mitad de mi oferta? Si así no sucede, lectoras, no será por mi mal deseo.

Meditabundo, como hemos dicho, estaba el Infante don Juan, mirando la

© Biblioteca Nacional de España

fuente apacible, y moviendo con su venablo algunas guijas desiguales que sirven de lecho al cristal. El jóven paje le contempla en un religioso silencio.

Conociendo muy bien Enrique cuanto padece su señor, se acaricia un poco la melena, y habla con tristeza al Infante.

—No se presenta mal el dia, y con todo estais meditabundo y triste: ¿qué os ha sucedido, señor?

—Nada, Enrique, dijo el Infante: y apoyó su frente en las manos.

—Es verdad, continuó el jóven paje, que mis pocos años y servicios no me dan, señor, un derecho, para mezclarme en vuestras penas; pero si una lealtad sin límites, y un gran deseo de seros útil, pueden servir algo en mi abono, perdonadme esta indiscrecion y mandadme como á un esclavo.

—Gracias, le respondió don Juan permaneciendo siempre abatido.

© Biblioteca Nacional de España

—Por lo demás, prosiguió el paje, no es para mi un grande misterio la causa de vuestra afliccion.

—Conoces tú, Enrique....

—Hace unas horas que conversábais en Carmona con el alcaide del Castillo. Vuestra conversacion indiferente para muchos espectadores, no lo fué un punto para mí; y por la mudanza de vuestro rostro conocí claramente, que la respuesta del alcaide contrariaba vuestros deseos.

Don Juan mandó acercarse al paje, y le apretó la tierna mano con un cariño fraternal.

De la conversacion no oia mas que algunas palabras inconexas, pero anudándolas con cuidado á mis anteriores noticias, pude conocer fácilmente que tratábais de doña Inés.

—Mucho has adivinado, Enrique.

—Vuestro amor á la de Avendaño es demasiado ardiente y grande para permanecer oculto: y no bastan leves va-

© Biblioteca Nacional de España

pores para cubrir al sol sus rayos.

—Tienes mucha razon, Enrique: por entre las nieves del Etna lucen las llamas del volcan: y el fuego griego se inflama mas bajo las aguas. Mi amor hácia la hermosa huérfana es tan puro como el de los ángeles; como el de los querubines, ardiente. Esta mañana pedí á Hinestrosa la mano de la huérfana y me la ha negado el tutor.

—Olvidais, señor, muchas veces vuestra situacion y los hechos. Un amigo del Rey don Pedro interesarse por don Juan! imposible. El viejo alcaide de Carmona odia tanto á vuestra familia, como el asesino del maestre.

—Enrique, con esa palabra has renovado mis heridas, y todas ellas brotan sangre. Ese caballo es de Fadrique: llevaba esta daga en el alcázar de Sevilla. Todo por aqui muestra sangre; y hasta los celajes purpúreos sangre me piden y venganza.

© Biblioteca Nacional de España

La exaltacion del noble Infante habia crecido por momentos: sus grandes ojos centellaban, y su corazon lleno de sangre, estaba próximo á romperse. Enrique le miró con lástima, y cogiendo su diestra con respeto, le dijo lleno de efusion:

—Mucho atrevimiento es en mi querer prestaros mis consejos; pero el corazon de los niños tiene sus predicciones fatales, y el mio profetiza desgracias. En vez de dar la vuelta á Carmona, huyamos hácia las fronteras, y uniéndonos con don Enrique haremos la guerra al tirano.

—Huir, dijo lentamente el Infante, sin amigos en la comarca seriamos detenidos y presos antes de tocar las fronteras. Yo no conozco los caminos, ni tú tampoco, fiel Enrique. Mas aunque nos fuera posible abandonar la fortaleza, ¿crées que quien ha jurado protejer á la huérfana de Avendaño ha de abandonarla á su suerte?

© Biblioteca Nacional de España

—En ese caso queda un medio.

—Cuál? preguntó el Infante.

—Rogarla que huya con nosotres á Soria.

—Ese medio es muy oportuno, y yo me ofrezco á ser el guia: dijo un montero apareciendo por entre los pinos del monte.

—Traicion! dijo Enrique colérico y poniendo mano á su cuchillo.

—Aquí no hay traicion, señor paje: un hombre generoso y franco, que no aborrece al javalí, pero que teme á la raposa, ha visto con pena la situacion del noble Infante, y viene á ofrecerle su brazo. Para hacer traicion no se presenta el hombre que conoce bien un secreto, y puede contarlo con señas.

—Perdóneme el señor Montero, y advierta, si lo tiene á bien, que hay justo motivo de duda sobre quien sorprende secretos.

—Perdóneme á su vez el paje, y ten-

© Biblioteca Nacional de España

ga en cuenta si le place, que mal podia prestar servicios, sin dar al menos como prenda de fidelidad al Infante, el haber callado secretos que me era fácil revelar.

—Tiene razon el buen montero, dijo don Juan interponiéndose; y yo le doy anticipada mi gratitud y cordial mano.

Tendió el generoso Infante su diestra el montero la llevó á sus labios y dijo; al Infante al dejarla:

Soy bien conocido en Carmona: en el momento que os convenga, avíseme este señor paje, y cumpliré vuestro mandato. En cualquier hora y cualquier dia estarán pronto tres corceles...

—Cuatro si gustais, dijo el paje, pues debo ser de la partida.

—Cuantos gusteis, señor Enrique. Ahora me parece oportuno alejarme para evitar toda sospecha.

—El montero se despidió, don Juan le dió otra vez su mano, y Enrique mo-

© Biblioteca Nacional de España

via la cabeza como en señal de gran disgusto.

—¿Por qué sacudes la cabeza, mi fiel Enrique?

—Porque el montero nos engaña.

—Siempre con sospechas y dudas!

—¿No visteis llegar esta mañana dos caballeros al castillo?

—Sí.

—Pues uno de ellos es el Rey.

—Estás loco!

—Cuando se arrojó del caballo escuché crujir sus canillas.

—¿Es posible?

—Y cuando se llegó á Hinestrosa, quiso descubrirse el alcaide.

—¡Oh el Rey don Pedro está en Carmona! una muger hermosa presa! Prento mi buen paje, á caballo. El Rey y el Infante don Juan arreglarán estrechas cuentas.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO VII.

Señor Gomez Arias,
Doleos de mí,
Que soy niña y sola,
Y nunca en tal me ví.

CALDERON.

Despues de un pequeño reposo vamos á volver al castillo con precipitacion grandisima; pues tenemos necesidad de penetrar en su recinto, antes que el Infante se acerque.

A todo escape va don Juan; y no tenemos, para acelerar nuestra marcha, ni ferro-carriles ni globos. Poseen sin embargo los autores una especie de lin-

© Biblioteca Nacional de España

terna mágica, y sirviéndonos de su ayuda, lo sabremos todo con tiempo.

En el mismo aposento blanco en que dejamos á doña Inés, permanece la hermosa huérfana, pálida como de costumbre, y como siempre pensativa. Su mirada fija en el campo, buscaba el sitio adonde los cazadores se inclinaron, y su pensamiento en don Juan, queria penetrar un porvenir bajo mas de un punto insondable.

Un ligero ruido de pasos llamó la atencion de la huérfana, y volviéndose algo turbada, se vió frente á frente á don Lope.

La fisonomía del tutor, terriblemente descompuesta, causó sobresalto á su pupila, ya de antemano recelosa, por haber visto á don Juan irse sin que le siguiese el alcaide.

Poco tiempo tardó Hinestrosa en recomponer su semblante: y dirijiéndose á la huréfana la dijo con grande dulzura.

© Biblioteca Nacional de España

—No sé, mi hermosa doña Inés, si conoceis ya la llegada de dos huéspedes al castillo.

—Encerrada en mi habitacion, no he visto mas personas hoy que á mi dueña Beatriz y al Infante.

—Ya sé, señora, que habeis visto al jóven y bizarro don Juan. Todo lo sé ya, doña Inés.

El alcaide se mordió los labios y continuó lentamente:

—Uno de mis huéspedes, señora, solicita le recibais.

—Mucho agradeceria, don Lope, poder pasar sola este dia, para mí de amargos recuerdos; y si tuviese á bien el huésped dispensarme de su visita, le deberia grande merced. Estos son, señor, mis deseos; si los encontrais hacederos, disculpadme con vuestro amigo, y os quedaré muy obligada.

—Bastante feliz seria yo en cumplir tan justo mandato; pero es imposible,

© Biblioteca Nacional de España

señora, condescender á vuestra súplica.

—¿Y quereis decirme, don Lope, quién es el noble caballero que solicita mi presencia? ¿Quéreis decirme qué motivo tiene para conferenciar con doña Inés Sanchez de Avendaño?

—Le desconozco enteramente.

—¿Vos, encargado de mi custodia, permitis que venga un estraño á revelarme sus secretos, sin haberlos conocido antes? Vos...! sin saber su condicion, sin conocer muy bien su nombre...,

—El huéspcd se llama....

La voz de Hinestrosa se anudó y sus pupilas se encendieron.

—¿El huésped se llama? repitió la huérfana.

—El huésped se llama don Pedro, Rey de Castilla y de Leon.

—El rey!

Las mejillas de doña Inés, tan pálidas, momentos antes, se enrogecieron de re-

© Biblioteca Nacional de España

pente: sus lábios quedaron marchitos, y sus miradas se apagaron. Un estraordinario temblor hacia que chocasen sus dientes, y sus miembros atirantados habian perdido el movimiento.

El alcaide la contemplaba en una especie de delirio, y tocó sus manos cien veces sin que las retirase la huérfana.

En el semblante de Hinestrosa habia una mezcla bien estraña de terror, de enternecimiento y de placer. Cualquiera que le hubiese visto, no hubiera podído decidir qué sentimiento dominaba, y si era un réprobo perdonado ó un ángel bueno en su caida.

Lanzó doña Inés un suspiro: sus negros ojos se entreabrieron, derramando muy pocas lágrimas, y postrándose de rodillas ante el alcaide de Carmona le díjo con doliente voz.

—Todo lo conoceis, señor: no puede seros un misterio mi situacion hácia

© Biblioteca Nacional de España

el Monarca, y debeis ampararme en ella. Sois un caballero, don Lope: estais ejerciendo en la tierra sobre la huérfana de Avendaño la misma mision que mis padres en la morada de los justos. Sois mi protector por la ley, y teneis sagrados deberes. Una huérfana desgraciada implora proteccion de un noble, y debe esperarla cumplída. Una muger suplica á un hombre, y no debe quedar burlada. Por lo que mas amais en el mundo, escusadme el crudo tormento de hablar al.... cruel don Pedro de Castilla.

Durante la súplica de Inés habia padecido Hinestrosa todas las penas del infierno. Llevaba su mano á la frente y entre sus uñas ensangrentadas salian mechones de cabellos, que sacudia con estupor....

La respiracion de su pecho iba enronqueciendo por instantes: y cuando acabó su pupila, asemejábase á un hondo trueno.

© Biblioteca Nacional de España

—Qué quereis de mí, doña Inés?

—La proteccion que me debeis.

—Mi proteccion contra don Pedro! Si quiero oponerle palabras, me mandará cortar la lengua: si atravieso mi cuerpo en los umbrales, pasará pisando mi cuerpo: si mi cabeza le incomoda, la estrellará contra los muros. ¡Mi proteccion contra don Pedro! ¿Qué soy yo, miserable arbusto, contra el huracan que rebrama?

Y don Lope se mesaba el cabello, y se atormentaba los lábios.

—Sois un hombre y temblais de un hombre, dijo la huérfana de Avendaño, poniéndose pálida otra vez y recobrando su energía: muy poco honrais á vuestro sexo.

—¿Qué quereis de mí, doña Inés?

—Nada, don Lope de Hinestrosa: decid al Rey de las Castillas que puede pasar cuando guste. Una muger sabrá enseñaros á conservar puro el honor

© Biblioteca Nacional de España

y no inclinaros ante sus plantas.

—¡Doña Inés!

—Decidle, don Lope, mi resolucion terminante no os castigue por la tardanza.

Habia un desprecio tan profundo en éstas palabras de la huérfana, que salió humillado Hinestrosa para participarselas al Rey.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO VIII.

Me iré; mas sepais es ley,
Por si cambia vuestra suerte,
Que la cólera de un Rey
Es mensajera de muerte.
JAIME TIÓ.

No habia tenido doña Inés tiempo para anudar sus reflexiones, cuando unos pasos agitados en sus antecámaras, la hicieron creer que se aproximaba el rey don Pedro.

No se engañó en su conjetura, pues á los muy pocos instantes abrieron la puer-

© Biblioteca Nacional de España

ta con violencia y apareció en ella el Monarca.

Las facciones del Rey don Pedro, tan enérgicas de costumbre, tenian una animacion febril. Sus ojos, como los de un cadáver, conservaban una inmovilidad horrible, y sus labios trémulos y rojos apenas dejaban salir un aliento abrasado y récio.

Doña Inés, poco preparada á recibir una visita en tal estado de desórden, quedó bastante sorprendida: y otra muger menos intrépida hubiera mostrado, sin duda, su turbacion y sus temores.

Sin dejar su sitial, doña Inés contemplaba magestuosamente la actitud del Rey: y sin dirigirle una palabra esperaba la esplicacion de su venida.

A la vista de doña Inés varió de rumbo la imaginacion de don Pedro; y olvidándose del Maestre, vió ante sus ojos perturbados al comendador de Castilla.

© Biblioteca Nacional de España

En la confusion de sus ideas quedó indeciso por momentos; y fué gran fortuna para él que prevaleciese un instante, entre las sombras de los muertos, la imágen pura de la huérfana.

Recobrado de su delirio se acercó mas á doña Inés, y la dijo muy cortesmente.

—Perdonadme, hermosa señora, si me he presentado ante vos de una manera tan estraña. Conozco mal este castillo, y recorriendo algunas salas, he llegado á vuestro aposento, sin haber dado tiempo á Hinestrosa para pediros el permiso.

—Hace unos momentos que me anunció vuestra llegada, y esperaba que os acompañase hasta aquí.

—Así hubiera sucedido sin duda, á no haberme conducido antes, no se si por suerte ó desgracia, un involuntario estravío.

—Yo hubiera tenido á gran suerte que os acompañase don Lope.

© Biblioteca Nacional de España

—Esta reconvencion de la huérfana desconcertó un tanto al Monarca: mas reanimándose muy pronto, la replicó en tono algo brusco:

—Yo tambien hubiera deseado no necesitar anunciarme.

—Doña Inés no dijo palabra y el Rey tuvo que proseguir.

—Mas con todo, esta casualidad dichosa me ha proporcionado el hablaros unos pocos momentos antes.

—¿Y á qué debo el honor, don Pedro, de tan impensada visita?

—Muy mal la juzgais, bella Inés, creyéndola impremeditada. Quien ha visto una sola vez vuestro rostro, no lo aparta de su memoria, y suspira por volver á verlo.

—Causas mas graves á la verdad os habrán traido á este castillo, y mas dignas de vos y de mí.

—Causas mas graves, no! señora. Chocan en mi pecho las pasiones como las

© Biblioteca Nacional de España

olas en la mar: y hierve mi sangre lo mismo que una catarata insondable Yo, el Rey don Pedro de Castilla, me arrastraré ante vuestras plantas, como el vasallo mas humilde, pidiendo, doña Inés, oompasion.

—¡Compasion el Rey poderoso á la huérfana desvalida! compasion el águila real á la paloma solitaria ¡no! Rey de Castilla. Vos sois fuerte como la encina, y yo tan frágil como el junco: tended vuestras ramas al viento, y dejad á la humilde planta en su soledad y abandono.

—Yo soy Rey: pero qué es mi manto? Un tegido de oro y de púrpura, que pesa mas por sus labores. La corona de ambas Castillas, que sobre mi frente destella, es mas pesada por ser de oro. El cetro que empuña mi diestra, si tengo que requerir mi fuerte espada, la abandono por importuno: y sobre el trono de dos reinos, me mecen fieros huracanes y me desvelan las traic iones

© Biblioteca Nacional de España

En mis sueños y mis vigílias veo una muger llena de encantos, ¡que me brinda felicidad. Tiendo mis brazos para asirla, y se desvanece cual sombra: corro tras ella como un loco, y no logro nunca alcanzarla. Esa muger sois vos, señora; y vuestro amor es mi ventura.

—Jamás!

—¡Oh! compadeceros de mi locura. Yo tengo un trono respetado por los estraños y los propios: podeis subir hasta él.

—Jamás!

—Mi cetro pasará á vuestras manos, y yo seré un vasallo húmilde.

—Jamás!

—¡Oh! doña Inés, añadió el Rey, queriendo apoderarse de la mano que doña Inés le retiraba: por sellar mis labios aquí perderia mi trono en la tierra, la bienaventuranza en los cielos.

—Atrás! le gritó doña Inés.

© Biblioteca Nacional de España

—Casi loco el Monarca, manifestaba mas empeño; mas en el momento de lograrlo—¡Atrás!—¡atrás! repitió la huérfana: ¡atrás! asesino de mi padre.

—El hermoso rostro de Inés parecia ceñido de aureolas, y sus pupilas encendidas lanzaban rayos por miradas. Su voz armoniosa y metálica vibraba, y una imponente magestad se distinguia en su continente.

—El Rey don Pedro, el mas orgulloso Monarca, cayó de rodillas á sus pies.

—¡Atrás! Monarca de Castilla; continuó diciendo la huérfana. ¿Quieres irritar mi ambicion con la perspectiva de un trono? No lo conseguirás ,don Pedro. Están sus gradas llenas de sangre, y distingo entre ella la mia. ¡Oh! debe ser muy hermoso reinar en el tálamo de un verdugo.

Las facciones del Rey don Pedro se animaron con rapidez: aquella frente tan

© Biblioteca Nacional de España

abatida se fué arrugando poco á poco, y sus ojos amortecidos recobraron altivez y brillo.

Se levantó pausadamente, limpió el polvo de sus rodillas, como para que no quedase rastro de su humillacion anterior; y con una sonrisa sardónica fué repitiendo lentamente:

—Atrás, Monarca de Castilla. ¿Quereis irritar mi ambicion con la perspectiva de un trono? No lo conseguireis, don Pedro. Están sus gradas llenas de sangre, y distingo entre ella la mia. ¡Oh! debe ser muy hermoso reinar en el tálamo de un verdugo!

Volvió á limpiarse las rodillas; señaló un sitial á la huérfana, y sentándose en otro próximo, y sin dar tregua á su sonrisa continuó de esta manera:

—«Atras, Monarca de Castilla.» ¿Quereis decirme, hermosa Inés, con qué derecho rechazais á quien se ciñe una corona?

© Biblioteca Nacional de España

—Con el que rechaza un viajero al vandido que le acomete.

—«¿Quereis irritar mi ambicion con la perspectiva de un trono?» ¿Os parece muy poca cosa la noble diestra de un Monarca?

—Cuando me hiere aleve daga, todas las manos son iguales.

—«No lo conseguireis, don Pedro.» ¿Considerais débil al Leon y haceis burla de sus furores?

—Me considero bastante fuerte, y con esta conciencia basta.

—«Están sus gradas llenas de sangre, y entre ella distingo la mia.» ¿Pensais que ha corrido ya mucha, y que no pueden empaparse con otra sangre mas caliente?

—Sé que los mártires van al cielo, á do estan libres de tiranos.

—«¡Oh! debe ser muy hermoso reinar en el tálamo de un verdugo.» ¿Recordais la última palabra?

© Biblioteca Nacional de España

—¡Verdugo!

—Y ahora bien, hermosa señora; ¿no puede suceder que se canse el Rey de rogaros, y mande con justo derecho lo que pide como una gracia?

—El mismo derecho tiene el Rey para imponerme su voluntad, que el cazador sobre la tórtola para limitarla su vuelo. La misma será nuestra suerte.

—¿Reflexionais que en vez de un trono pueden abrirse calabozos?

—Tan libre es el alma en la prision, como el ambiente que dá la vida.

—¿Y no descubris á lo lejos como se levanta un cadalso, y como se apresta un verdugo?

—Una víctima mas en la tierra y un ángel mas en las alturas.

—¿No temeis la muerte, doña Inés?

—Solo temo una cosa, don Pedro: pero está á mi cargo guardarla.

—¿Quereis revelarme el secreto?

© Biblioteca Nacional de España

—Temeria, si fuese posible, la pérdida de mi honor, don Pedro.

Dejó el Monarca su sitial, y llegándose á doña Inés la preguntó:

—¿Con que no temeis, dama hermosa, mi cólera, ni los verdugos?

—Podeis arrancarme la vida y beber despues de mi sangre.

—Jamás sucederá, doña Inés. Os doy mi palabra de Rey de no tocaros á un cabello en ninguna ocasion ni tiempo: no temais, pues, por vuestra vida.

Dió algunas vueltas por la estancia el Rey don Pedro, llegó al dintel de la ventana, y vió á don Juan que á todo escape se encaminaba hácia el Castillo.

Una carcajada siniestra lanzó el Monarca al contemplarlo; y volviéndose hácia doña Inés, la preguntó festivamente:

—¿Amais al infante don Juan?

Turbada quedó la Avendaño con tan

© Biblioteca Nacional de España

imprevista pregunta. Mil y mil ideas se cruzaron con tal rapidez por su mente que la era imposible enlazarlas.

Temia por un lado irritar la cólera del Rey sobre el objeto de su amor; y al mismo tiempo se indignaba de aparecer como cobarde en una situacion tan crítica.

Si consultaba su altivez, estaba pronta á confesarlo: y si tomaba por consejero á su noble amante don Juan, le encontraba tambien resuelto.

—¿Amais al Infante don Juan? volvió á preguntarla el Monarca.

—Si le amo: dijo doña Inés en un arrebato de orgullo.

—Pues adoradle mientras viva.

Cruzó el Rey don Pedro los brazos; dió unos paseos mas por la estáncia, y llegándose á la pupila de Hinestrosa, la dijo con su sonrisa de sarcasmo:

—Perdonadme, hermosa criatura, mis amenazas y mis ruegos.

© Biblioteca Nacional de España

—Ni me han convencido los unos, ni me han perturbado las otras.

—Sois muy valiente, bella dama: mas á pesar de ese coraje, idos preparando á sufrir.

—Bastante he sufrido en mis años.

—Adios, repito, hermosa dama.

El Rey salió pausadamente.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO IX.

¡Que me matan! ¡Favor! Así clamaba
Una liebre infeliz, que se miraba
En las garras de un águila sangrienta.
SAMANIEGO.

Cuando se separó el alcaide de su pupila doña Inés, se encaminó hácia el gran salon, con ánimo de ver al Rey, pero sin saber qué decirle.

Su discrecion con la Avendaño le habia comprobado altamente toda la grandeza de alma, que en esta jóven distinguia, y estaba seguro, que don Pedro no lograria jamás favores de la huérfana

© Biblioteca Nacional de España

desgraciada. Mas á pesar de esta certeza su decision era dudosa, y con gran motivo por cierto.

«Sois un caballero, don Lope, estais » ejerciendo en la tierra sobre la huér- » fana de Avendaño, la misma mision » que mis padres en la morada de los » justos» habia repetido doña Inés al caballero de Hinestrosa: y estas palabras tan sentidas, y tan nobles al mismo tiempo, revelaban en el alcaide los sentimientos del honor.

«Por lo que ameis mas en el mundo» le habia suplicado la huérfana; y esta súplica resonaba en el corazon de don Lope.

Tampoco olvidaba Hinestrosa aquellas palabras severas: «Sois un hombre y temblais de un hombre: muy poco honrais á vuestro sexo» Y se repetia con espanto: «Nada, don Lope de Hinestro- » sa, decid al rey de las Castillas, que » puede pasar cuando guste. Una muger » sabrá enseñaros á conservar puro el

© Biblioteca Nacional de España

» honor, y á no inclinarse ante sus plan-
» tas.»

Cada sílaba era una espina para el corazon del alcaide. Su dignidad de caballero le acusaba de cobardía; pero su respeto al Monarca, y aquel temor tan bien fundado que iban tomando al Rey don Pedro sus favoritos y aun su dama, alzaban la voz fuertemente para condenar sus escrúpulos.

Èste temor hácia don Pedro habia crecido en sumo grado desde la muerte de don Fadrique, pues la ciega furia con que el Rey persiguió á Sancho Ruiz de Rojas, camarero del gran Maestre, hasta la cámara de la Padilla, en cuya presencia le mató, causó tal espanto á sus gentes, que desde aquel dia padecieron con el temor de un arrebato, el castigo de varios crímenes.

Entre su temor y sus dudas llegó al gran salon el alcaide: pero cuando tendió la vista y percibió al Rey don Pedro,

© Biblioteca Nacional de España

sintió despejarse su frente y su corazon ensancharse.

No tenia esperanza don Lope de que desistiese el Monarca ; pero una tregua en tal apuro era una tabla para el náufrago, y una dilacion para el reo.

Completamente decidido á dilatar la conferencia; pero anhelando al mismo tiempo quedar á cubierto con el Rey, se dicidió á esperarlo en el salon, para que no pudiese nunca reconvenirle de tardanza.

Como estaba bastante inquieto, empezó á recorrer la estancia, y en su primer vuelta notó un bulto hácia un estremo de la pieza.

Picada su curiosidad algun tanto, se aproximó pausadamente, y con la punta de su pie sacudió tres ó cuatro veces al envoltorio descubierto.

Nada se movió á los principios; pero como continuaba el alcaide, y con mas fuerza cada vez, escuchó una voz las-

© Biblioteca Nacional de España

timera que con ronco acento decia:

—Compasion de mí! Rey don Pedro. Soy una pobre dueña, anciana, y con mil crónicas dolencias: yo sellaré de hoy mas mis lábios, y diré amén á cuanto pase, aunque mandeis quemar á un nuncio. ¡Compasion de mí! Rey don Pedro.

Esta lamentacion de Beatriz, hubiera asomado la risa á los lábios de nuestro alcaide en otra situacion cualquiera; pero era tan apurada la suya, que sin desarrugar la frente dijo á la dueña con enojo:

—Levantad, muger, por Santiago, y desechad vanos temores. No soy don Pedro, ¡vive Cristo! y sí el alcaide de Carmona.

Beatriz, que se consideraba otra vez víctima del Rey, sintió tal gozo con su engaño, que levantándose lijera, á pesar de su inmensa mole, se colgó al cuello de Hinestrosa, y de víctima que habia sido pasó á convertirse en verdugo.

© Biblioteca Nacional de España

No se contentó con estrecharlo ; y en su místico arrobamiento daba mas besos al alcaide que habia dado á la jóven huérfana en sus dos años de nodriza y en sus diez y seis mas de dueña.

Don Lope, aunque no distaba en los años de la cariñosa Beatriz , no gustaba de un besuquéo con mezcla de babas y de barbas; y así rechazándola irritado:

—Bruja rematada, la dijo: habeis perdido todo el seso, y despues de quejas y de lloros venis á ahogarme con los brazos y á darme bascas con los besos?

—Perdonadme , señor alcaide: pero sentí tanto consuelo hallándome con un amigo, en vez de encontrarme con el Rey...,

—¿Estais en vuestro juicio, dueña?

—Vaya si lo estoy: y muy completo. Y eso, señor, que me han sucedido hoy fracasos, mas que bastantes ciertamente para trastornar la cabeza á quien la tuviera de bronce.

© Biblioteca Nacional de España

Con Lope que se habia zafado de los abrazos de Beatriz, y que encontraba coyuntura para tomar algunos datos sobre la desaparicion del Rey, cojió el sitial mas inmediato, y reclinado muellemente estuvo escuchando largas horas el triste caso de la dueña que, con sus pelos y señales, comentarios y anotaciones, le fué encajando en la mollera.

Conociendo nuestros lectores cuanto entre don Pedro y Beatriz habia sucedido en el salon, agradecerán la dejemos contar á don Lope su historia, sin trascribir aqui mas párrafos que la conclusion ó el epílogo.

—Ya estais enterado, señor, continuaba Beatriz, de mi desagradable encuentro. En él habreis visto, don Lope, toda la mala fé del Rey, y la candidez de mi parte. No es accion digna de un Monarca echar el cebo á una paloma, para que lo trague inocente y halle un anzuelo en sus entrañas. Si tanto amar-

© Biblioteca Nacional de España

gan las verdades, ¿porque las pidió de mis labios? Si era su ánimo oir lisonjas, vaya á buscarlas en palacio de sus cortesanos y damas. Yo soy una cabra montés que, mientras encuentro pradera, corro sin pararme á considerar si pongo el pie sobre un tomillo ó sobre una violeta fragante.

Así terminó nuestra dueña; y cuentan historiadores graves, que en sus últimos años de vida recordaba como dia feliz el dia veinte y uno de octubre de mil rescientos cincuenta y nueve, porque á pesar de sus desgracias habia sido escuchada atentamente por el alcaide de Carmona.

Esta cortesania de don Lope le valió grande estimacion de Beatriz, como lo veremos adelante. Mas prosigamos nuestra historia.

No disgustó nada al alcaide el melodrama de Beatriz; pues conociendo bien al Rey, y sabiendo por otra parte que

© Biblioteca Nacional de España

su permanencia en Carmona no podia prolongarse mucho, creyó, al parecer con fundamento, que muy irritado el Monarca dejaría al punto su castillo sin acordarse de la huérfana.

Esta composicion de lugar no dejaba de servir á Hinestrosa, pues sin esponerse á peligros, podria decir á su pupila que se habia portado como bueno, y dádola su proteccion.

Lleno de tan dulces ideas, compadeció mucho á la dueña, la dió saludables consejos, y la despidió cortesmente hasta la puerta del salon, encargándola se encerrase con gran cuidado en su aposento, no la sorpréndiese don Pedro.

Salió la dueña decidida á no descuidar el encargo.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO X.

Tras de la cruz está el diablo.

Con permiso de mis lectores vamos á seguir á la dueña.

Salió Beatriz del gran salon, muy satisfecha de don Lope, pero temblando de don Pedro.

Apenas llegada á la puerta echó una curiosa mirada á lo largo de los pasillos: y al ver proyectarse una sombra, volvió sus pasos hácia atrás.

Recobrada de su aprension salió con

© Biblioteca Nacional de España

el mayor silencio, andando siempre de puntillas. Mal alumbrados los pasillos, y muy estrechos y tortuosos, parecian formados de intento para amedrentar á la dueña.

El ruido que formaba el viento lo interpretaba por murmullos, y cada vez que creia oir pasos, daba una rápida carrera, y se santiguaba mil veces.

Como se iba haciendo de noche, solia chocar con las esquinas: á cada encontron daba un gemido y aceleraba su carrera.

Mas como en este pícaro mundo todos los males y los bienes tienen su término inevitable, lo tuvo tambien el camino de la temblorosa Beatriz; y tras el mar de los pasillos, se halló en el puerto deseado de su retirado aposento.

Apenas se vió dentro de él, corrió presurosa el cerrojo, y amontonó unos cuantos sitiales para interceptar bien la entrada.

© Biblioteca Nacional de España

Ya hemos dicho que era de noche, y muy oportuno por lo tanto que dejemos á la pobre dueña encender luz, si hemos de recorrer la estancia.

Empieza á arder una lamparilla de barro, colocada sobre un bufete de nogal. Sus primeros rayos alumbran un crucifijo de madera, enteramente desollado, no por los azotes judáicos, pero si por no conservar rastro que dijese, aquí estuvo un tiempo el barniz.

En el pie de este crucifijo habia dos peines enlazados entre cenicientos cabellos, y colgaban del clavo ínferior unas antiparas de estaño.

Rodeaba el cuello del buen Cristo un rosario de gruesas cuentas, bendito por el Padre Santo y con indulgencias á cientos.

Alumbraba tambien la lámpara á una vírgen de los Dolores; si modelo de la bondad entre las hijas de los hombres, modelo de todo lo malo que puede trazar un pincel.

© Biblioteca Nacional de España

Sin tapices el aposento dejaba ver algunas grietas en el muro, por las que refiere Beatriz asomaban frecuentemente ciertos animalejos inmundos de buen picar y mal oler.

En el rincon mas apartado estaba el lecho de la dueña, si no estimable por lo rico, admirable por su limpieza: pues asi era puerca Beatriz como callada y valerosa.

No muy lejos del viudo lecho se encontraba un arcon de pino, fiel guardador de blancas tocas, de negras sayas, de escapularios y silicios; pues esta muger tan robusta, martirizaba su pellejo, sin comer nada de sus carnes: bien que refieren malas lenguas, que apretaba tanto su estómago de manjares apetitosos, como aflojaba las correas de sus decantados silicios.

Ya hemos referido que amontonó varios sitiales: y queda probado *ipso facto*, que en la habitacion de la dueña podia

© Biblioteca Nacional de España

descansar cualquier prójimo que necesitase reposo.

En un rincon, frente del lecho de Beatriz, habia un lienzo bastante grande, y no mal pintado por cierto, obra sin duda de paganos pues representaba á Afrodite, saliendo de su madre Tetis. Este lienzo estaba condenado á rodar por su origen y por su asunto.

Encendida que fué la lámpara, hermoso tributo de humo que la caridad de los fieles presenta al Dios de las misericordias, tuvo buen cuidado Beatriz de ponerla cerca del Cristo.

Arrodillada ante el crucifijo, y volviendo la espalda de intento á la maldita Venus griega, empezó Beatriz sus plegarias dividiéndolas en dos partes. Era la primera, accion de gracias por haber escapado á vida en un naufragio tan deshecho, ó como si dejésemos el holocausto: y la segunda una promesa de

© Biblioteca Nacional de España

maceraciones y ayunos, ó el verdadero sacrificio.

Pudo terminar la primera cuando le plugo á su sabor; mas al comenzar la segunda sintió un estrépito terrible, y cayendo de bruces al suelo, empezó á clamar con su pesadilla de entonces: «Rey D. Pedro, misericordia!«

No le respondió una voz amiga, como en el salon del Castillo; pero si un maullido algo ronco, que al instante conoció ser el de su querido gato Rojo.

Alentada con este amigo, se levantó con lijereza, y pudo conocer la causa de sus infundados temores.

Rojo, gato cómodo y soñoliento, habia echado cuentas consigo sobre el modo mas adecuado de pasar una buena siesta, y babia sacado por resumen que acurrucándose tras la Venus griega, podria dormir á su placer.

Asi lo verificó al instante; pero le vi-

© Biblioteca Nacional de España

no pesadilla sobre no se qué morisqueta que le habia jugado una gata, y queriéndola castigar, se levantó desaforado haciendo rodar por la estancia aquella memoria de Apeles.

Beatriz, que aunque buena cristiana no mostraba gran mansedumbre, cogió por la cola á su gato, y si el animal no la araña, no hubiera sido muy dificil quedáran estampados sus sesos en los pilares de la estancia.

Durante la lid de gato y dueña dieron tres golpes á la puerta con mucha discrecion y quedos.

Beatriz, que desde su aventura habia aguzado sus oidos, los percibió distintamente y comenzaron sus temblores.

Los golpes fueron repetidos con alguna mas violencia, y la dueña se retiró hasta el rincon mas apartado.

De nuevo resuenan los golpes, y la nodriza de doña Inés, no sabiendo con qué escudarse, agarra el lienzo de

© Biblioteca Nacional de España

la Venus, y lo coloca por delante.

Dan otros golpes algo mas fuertes, á los que se sigue una voz que dice:

—¿Teneis la bondad, señora dueña, de recibirme unos instantes?

Beatriz se tapa los oidos.

—Hacedme este grande favor para un negocio interesante.

La dueña reprime su aliento.

—Voto á Barrabás que esto es mucho! esclamó con enfado Enrique; y dando un empellon á la puerta hizo rodar varios sitiales; pues la dueña en su aturdimiento habia corrido el cerrojo en falso.

Entró el paje en el aposento, y empezó á buscar con ahinco á la infortunada Beatriz.

—Voto á mil moros! dijo el paje; á qué se ha llevado algun demonio á esta bruja de Barrabás para que le cosa las medias? Una vez que la necesito se ha convertido en lagartija, y me está apu-

© Biblioteca Nacional de España

rando la paciencia trescientos sesenta y cinco dias al año.

Enrique daba recias patadas, se mordia los labios y se mesaba los cabellos.

Dió varias vueltas por la estancia, hasta que descubrió una saya debajo del cuadro de Venus y separándolo con enfado logró distinguir á la dueña.

—Tras de la cruz está el diablo! esclamó el paje contemplándola.

—Enrique de mi corazon! dijo la Beatriz, echándose al cuello del jóven: me consideraba alma en pena.

—Economizad los abrazos, si os viene bien, y contestad á mis preguntas. ¿Qué ha sucedido en el castillo durante mi ausencia?

—¿No sabeis lo que ha sucedido?

—Ni una palabra, buena dueña.

—Esperad, correré el cerrojo, y lo sabreis todo por estenso.

Hizo Beatriz lo que indicaba, y sen-

© Biblioteca Nacional de España

tándose en un sitial dijo al paje con gran misterio:

—El Rey don Pedro está en Carmona.

—¿Estais segura?

—Si lo estoy: y estas señales en mi cuello que no me dejarán mentir.

—Parece que os han cogido con tenazas.

—Los dedos de Pedro el Cruel.

—Ya le conocí al apearse, dijo Enrique sacudiendo su melenita.

Beatriz quiso contarle por entero lo sucedido con el Rey; pero le fue imposible efectuarlo, por la gran impaciencia del paje que la abrumó con sus preguntas.

—¿Ha dicho algo de don Juan?

—Ni una palabra. Mas en tanto....

—¿Y preguntó por doña Inés?

—Como si no hubiera en el mundo una señora de tantas prendas. Si hubieras visto en....

© Biblioteca Nacional de España

—¿Va á permanacer mucho tiempo en este castillo?

—Ni el mismo don Lope lo sabe. Vamos, si cuando sobrevivo...

—¿Ha llegado mas comitiva?

—No he visto mas huésped que al Rey, y si todos son de su temple....

—¿Y no adivinais el motivo porqué se presenta en Carmona?

—Cómo es posible que adivine...

—Sois mas estúpida que un tronco. Haber hablado con el Rey hasta apurarle la paciencia y no saber á que ha venido, solo sucede á una muger que no tiene sentido comun.

—Enrique!

—Dejémonos de bromas, dueña. Aquí va á suceder algo malo, y no puedo contar con vos para que ayudeis mis proyectos. Mas por si sale todo bien, estad dispuesta á media noche para abandonar el castillo.

—¿Nos volvemos al Villarejo? Que me

© Biblioteca Nacional de España

huelgo de que asi suceda. No tengas cuidado mi amigo. Me despideré de don Lope.

—Ni una palabra le direis.

—Estuvo tan humano conmigo. ¿Mas tendreis prontas las literas?

—Ya os contentareis, buena dueña, con cabalgar sobre un trotero, sostenida por estos brazos.

—¡Oh! no fuera decente á mi edad....

—Estad apercibida, dueña, y no desplegueis vuestros lábios. Eurique salió presuroso.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XI.

No disminuyo el tesoro
De mi honradez, á fe mia,
Si trueco por alquimía
Unas palabras en oro.

LOPEZ.

En el capítulo antecedente nos separamos de don Lope, para conducir á la dueña; y es justo que volvamos á su presencia, para continuar bien la historia.

Estaba sentado el alcaide á la inmediacion de un bufete, en el que apoyaba su

© Biblioteca Nacional de España

codo, y sobre la palma de la mano tenia reclinada su frente.

En todo el discurso del dia le hemos visto meditabundo; pero su reserva estraordinaria nos imposibilita decir porqué tomaba tanta parte en acontecimientos estraños, si se juzga por apariencias, á su interés y su reposo.

La terrible escena del Rey con la dueña de doña Inés, habia satisfecho al alcaide en cierta manera; pero una estraña incertidumbre le atormentaba el pensamiento.

Habia desaparecido el Monarca, sin saberse su direccion, y don Lope por mil razones, no se atrevia á ir en su busca.

Cansado de la incertidumbre, un tormento que, segun Dante, no padecen los condenados, y que debe aliviar sus penas, iba á levantar á Hinestrosa, cuando apareció en el salon Pero Fortun, montero del señor alcaide, y que ya han vis-

© Biblioteca Nacional de España

to mis lectores en su entrevista con don Juan.

—Pardiez! señor alcaide, que ha corrido mi pobre jaco mas de lo que debian prometerme sus huesos mondados y tersos, como el colmillo de un javalí, dijo Fortun aproximándose.

—Bien venido, señor montero, replicó Hinestrosa con afecto. ¿Qué novedades de la caza?

—Toda caza mayor, don Lope. El Infante hirió por su mano á un javalí de los guardianes: su paje nos tendió á un venado de seis años, y yo en mi profesion de espia no he perdido tampoco el tiempo.

—¿Qué has averiguado, Fortun?

—Casi nada. El tigre real, como vos llamais al Infante, quiere mudar de madriguera, y se ha valido de mi apoyo para verificar el cambio.

—¿Está don Juan en el castillo?

—No tengais cuidado, don Lope. Don

© Biblioteca Nacional de España

Juan está dentro del muro, y no ha de verificar su fuga sin qne le siga una gazela, que no parece mal bocado.

—¿Ha de llevarse á doña Inés?

—Así lo creo.

—No se la llevará, Fortun.

—Tambien me parece posible. Cuando un cervatillo novel quiere saltar algun vallado, suele clavarse las espinas y no conseguir el objeto.

—¿Y para cuándo está dispuesta esa fuga tan romancesca?

—Me haceis, señor alcaide, una pregunta, á la que no puedo contestar.

—Secretos para mi? Fortun.

—Secretos para vos, don Lope, cuando lo son tambien para mí?

—Por manera que has descubierto el rastro á la caza, sin conocer la encrucijada en que debe reunirse toda.

—Perdonadme, señor alcaide: pero os estoy viendo hoy mas impaciente ó menos diestro que en otras muchas oca-

© Biblioteca Nacional de España

siones. Figúrese el señor alcaide, que no está convenido el dia, y que han de avisárselo al montero, para que los con duzca salvos.

—Tienes mucha razon, Fortun: y te confieso francamente que al ver agitarse las ramas, creí se hallaban las nobles piezas fuera de jurisdicion. Pero...

—Grave yerro ha sido en verdad para un cazador hecho al monte, confundir unos zarzales con una carrera de huida. Es el Infante muy novicio, y armará mas ruido su fuga que la del javalí en las jaras.

—Sea como dices, buen montero; pero no descuides un punto estar al acecho por si la toman de callada.

—Podeis dormir descuidado.

—Puedes retirarte, Fortun.

El montero cruzó los brazos, y no desamparó su puesto.

Don Lope lo miró fijamente, y llevando su mano á la escarcela, sacó un

© Biblioteca Nacional de España

bolsillo bien henchido y entregándoselo al montero dijo:

—Tenias mucha razon, Fortun, en no marchar sin recompensa. Recibe esas doblas de oro, y cumple fielmente mi encargo.

El montero cogió la bolsa y sin decir una palabra se puso en marcha hácia su puesto.

Cada momento se aumentaba el compromiso de Hinestrosa, y su incertidumbre crecia con el discurso de las horas.

¿Convenia á los intereses del alcaide hacer participe al Monarca de cuanto acababa de saber por la relacion de Fortun? Vamos á reunir antecedentes, teniendo en cuenta, que el alcaide nada sabia de la entrevista de don Pedro con la huérfana de Avendaño.

Si atormentado el Rey don Pedro por el fantasma del maestre, habia olvidado á doña Inés, ó desistido por lo me-

© Biblioteca Nacional de España

nos de una esplicacion inmediata, manifestarle que una fuga podia sacarla de su poder, era dar pávulo á sus celos, y estimularlo á que emprendiese cuanto le dictase su ira contra la pupila de Hinestrosa.

Muy convencido estaba el alcaide de que le seria bastante fácil impedir por si mismo la fuga de los dos amantes, para que quisiese poner al Rey como intermedio entre don Juan y doña Inés. Tambien sabemos, aunque están ocultos los motivos, que no era el ánimo de Hinestrosa presentarse ante su pupila como favorecedor del Rey, y que habia tenido una satisfaccion particular, cuando le refirió la dueña su trájica escena con don Pedro, de la que pudo esperar don Lope un cambio imprevisto en la resolucion del Monarca.

Todas estas consideraciones y otras muchas aconsejaban al alcaide guardase del Rey el secreto que acababa de

© Biblioteca Nacional de España

confiarle Fortun; pero una razon poderosa, y que habia obrado fuertemente en su conferencia con la huérfana, se presentaba omnipotente, y queria sofocar por si sola cien resoluciones hidalgas. Esta razon tan omnipotente era el miedo.

Cuando don Lope de Hinestrosa veia suplicante á doña Inés: cuando las lágrimas de la huérfana, de aquella muger tan heróica, se deslizaban por sus megillas, y bañaban las blancas manos del alcaide, habia tenido miedo del Rey y se habia negado á su súplica.

Cuando don Lope de Hinestrosa escuchaba de su pupila una reclamacion á nombre de sus padres y de la ley, habia tenido miedo del Monarca y desechado la peticion.

Cuando don Lope de Hinestrosa fue requerido como noble para la defensa de una dama, tuvo miedo del Rey don Pedro, y no respondió cual caballero.

© Biblioteca Nacional de España

Cuando don Lope de Hinestrosa oyó reconvenciones bien amargas, y verdades bien merecidas: cuando se le apellidó cobarde, tuvo miedo de su señor, y mesándose los cabellos, se querellaba como hembra ante una muger animosa.

Cuando don Lope de Hinestrosa fué despedido con nobleza, denostándole su conducta, tubo miedo como hasta entonces, y se salió en busca del Rey para completar su deshonra.

¿No pesará mucho á don Lope este secreto peligroso? ¿No tendrá miedo de que lo descubra el Monarca y teniéndolo por traidor, le haga participe en las violencias con que distingue su reinado? Los sucesos responderán á las preguntas anteriores.

Hay muchos espiritus débiles, sin resolucion para obrar, pero que escudados en su inercia desafian los grandes peligros, y triunfan con esta constancia.

© Biblioteca Nacional de España

A pesar de cuanto hemos dicho, no puede llamarse á don Lope espíritu débil, por cierto. Su situacion era terrible, pues su resistencia al Monarca, segun las ideas de aquel siglo, hubiera sido rebelion, y la familia de la Padilla tenia que pensarlo muchisimo antes de aparecer rebelde.

Avezados los ricos-homes á resistir toda violencia con el ausilio de las armas, ya en lo fuerte de sus castillos, si se consideraban débiles, y ya en campo raso si poderosos y con parciales; habian hecho que los Monarcas viesen en toda resistencia una rebelion organizada, y que apercibiesen soldados para una lid inevitable.

Desde Ataulfo á don Rodrigo habian bajado los Reyes Godos desde el alto trono al sepulcro por conspiraciones tenebrosas, que hundian un puñal en sus entrañas antes de que viesen la punta. Desde la restauracion por Pe-

© Biblioteca Nacional de España

layo hasta el reínado de don Pedro habian batallado los nobles, los ricos-homes y los Reyes: y á pesar de ello la real sangre no se habia derramado en el trono.

Este Monarca de Castilla queria resolver el problema, de si los barones tenian un poder real é independiente del gefe supremo del estado, ó de si en calidad de súbditos no podian por razon alguna apelar á la resistencia. Don Pedro resolvia siempre en su favor: los ricos-homes en el suyo.

Mas dejando estar á Hinestrosa en su incertidumbre fatal, continuemos nuestro camino al aposento de la huérfana.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XII.

El momento de mas placer que pueden gozar dos amantes, es en el que vuelven á encontrarse despues de una ausencia cualquiera: y la mirada que entre ellos cambian, encierra toda una existencia de felicidad y de amor.

F...

El aposento de doña Inés está alumbrado por dos belas en un candelabro de plata. Sus luces pálidas se reflebajan en lo blanco de los tapices, y alumbraban el rostro de la huérfana mas pálido que de costumbre.

© Biblioteca Nacional de España

Sobre un reclinatorio de damasco tenia inclinada la cabeza, y recitaba pausadamente una plegaria, que su madre la enseñó en su niñez mas tierna, y que copio á continuacion para las lectoras devotas.

PLEGARIA.

Madre llena de dolores,
A ti levo mi plegaria,
Que aunque de amargura llena,
Quitas el dolor del alma.

Yo, que solitaria vivo,
A modo de frágil planta,
En los desiertos del mundo
Juguete de mil borrascas:

Yo, que miro un desengaño
Tras la dulce confianza,
Y tras el ayer perdido
El mas incierto mañana;

Yo, que en todas partes veo

© Biblioteca Nacional de España

Despojos de la desgracia,
Amparo busco, señora,
Amparo te pido y calma.

En vano es rogar al mundo,
Porque desprecia las lágrimas,
Y con sonrisa insultante
A los infelices habla.

En vano es pedir consuelo,
En vano piedad humana:
Pues los consuelos del hombre
Mas que consuelan amargan.

Tú sola, madre afligida:
Tú, muger sensible y santa;
Tú, que ante la cruz del hijo
Sola en el monte llorabas,

Pon tu poderoso dedo
Sobre las profundas llagas,
Que dejaron las espinas
De las delicias mundanas.

© Biblioteca Nacional de España

Pues cuando sobre mi frente
Horrible tormenta brama,
En tí pongo, madre mia,
Toda mi fe y mi esperanza.

El corazon de la Avendaño respiró con mas libertad despues de haber rogado al cielo.

Cuando la suerte es enemiga, cuando se amontonan las penas, el alma religiosa cree y se dilata, el alma escéptica duda y se comprime.

La religion es para el alma una panacéa universal, que si no cicatriza sus llagas, porque las hay muy cancerosas, quita á lo menos sus dolores y hace renacer la esperanza.

¡Otra vida tras esta vida! Sublime concepcion del espíritu, á que los sentidos no alcanzan. ¡Un nuevo mundo incomprensible, en el que la virtud impera, y el

© Biblioteca Nacional de España

vicio esclavo y despreciado sufre tormentos indecibles!

¡Unos cuantos años en la tierra de cumplir bien con sus deberes para una eternidad de goces! Unos cuantos años de caridad, para una eternidad de amor!

Hay otra fe casi tan santa como la que se dirije á Dios: la que tenemos en nuestros padres.

Despues de haber orado la huérfana á la madre de Jesucristo, creyó incompleta la oracion, si no pedia con la del cielo la proteccion de aquellos muertos de quienes recibió la vida; y doña Inés rogó á sus padres.

Evocándolos en su mente, les pidió perdon de sus faltas, y para el porvenir consejos. Prosternada ante su memoria, les dió cuenta de sus acciones, y su conciencia satisfecha, se creyó fuerte y aun felíz.

Todavia oraba doña Inés, cuando la

© Biblioteca Nacional de España

puerta se estremeció, y apareció en ella el Infante.

Acababa de llegar don Juan, y sin quitarse las espuelas, lleno de sudor y de polvo, con su rica daga en el cinto y con un venablo en la mano, que conservaba distraido, se fué á buscar á doña Inés, á la que encontró arrodillada y en su meditacion absorta.

Aquella muger tan hermosa, con sus largos cabellos negros, con sus vestidos tambien negros, con sus ojos como azabache, y sus mejillas como cera; aquella muger prosternada, era á los ojos del Infante una bella estatua del pudor sobre la tumba de una virgen.

Inmóvil se quedó don Juan en el dintel del aposento, sin atreverse á respirar, sin adelantar un solo paso.

Temia perturbar con su aliento la meditacion de la jóven, como se teme turbar el sueño de una enferma, que tras mil fatigas reposa, y se estasiaba

© Biblioteca Nacional de España

contemplando aquel ángel en forma humana.

Contaba don Juan los latidos del corazon de doña Inés, y comparaba los del suyo, para ver si latian iguales.

Hay momentos en el amor inesplicables y sublimes, mas ninguno llega al momento en que dos amantes se miran despues de una ausencia cualquiera.

Indiferente es la distancia, muy poco influjo tiene el tiempo, cualquiera que estos hayan sido: toda la vida de dos seres, toda la intelijencia de dos almas, toda la actividad de dos pensamientos, se reconcentran en la mirada, que quiere reunir una existencia en dos mitades dividida, y adivinar aquellas páginas que van completando su historia.

—¿Ruegas á Dios? esposa mia, dijo el Infante enternecido.

—Si: le respondió la hermosa huérfana levantándose: y en la mirada que cru-

© Biblioteca Nacional de España

zaron se reveló todo el sentimiento que acabamos de definir.

—Estás mas pálida, Inés mia, y late tu corazon, que debiera estar muy tranquilo, con la misma rapidez que el mio, despues de una larga carrera.

—Me encuentro bien, esposo mio. Mas vienes lleno de sudor y de polvo, y ese venablo....

—Ansiaba tanto estar á tu lado, Inés mia, que no he querido detenerme un punto, desde que penetré en el castillo. El polvo de que estoy cubierto: el negro sudor que me baña; este venablo que conservo, son una prueba de ansiedad, y mi ansiedad, Inés, de amor.

—Si, tienes razon: el que ama mucho, siente una agitacion continua, una inquietud eterna y vaga, si está ausente de sus amores. Halla incompleta su existencia, y suspira mil y mil veces por una mitad de su ser. Quien mas desprecia los peligros para si mismo, los teme mas pa-

© Biblioteca Nacional de España

ra su amor: y quien ve la muerte sin turbarse, cuando amenaza su cabeza, tiembla de espanto al contemplarla sobre la frente de su amado.

—Se tiembla por lo que se ama, dijo don Juan, cogiendo la mano de la húerfana: pero hay una embriaguez tan sublime en algunas horas de amor, que vuean las almas á otros mundos, libres de temor y recelos. Hay momentos en que es preciso olvidarse de cuanto existe; cerrar los ojos para ver el fondo del alma, ó tenerlos fijos en otros, para ver un alma que viene á confundirse con la nuestras. Hay horas en que seria un crimen pensar, porque apenas hastan las fuerzas para ser felices gozando. En éstas horas celestiales, el alma tiene una potencia no mas, y solo perciben los sentidos, para trasmitirla el sentimiento. Yo que he venido á toda carrera á comunicarte un proyecto, he tenido que olvidarme de él, para gozar unicamente.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Era yo tu único pensamiento en la fragosidad del monte?

—Sí, Inés mia: y contemplando aquella naturaleza vírgen, aquellos arroyos que cantan, aquellos árboles que crecen, aquellas fieras que caminan, me pareció mucho mas estrecho este castillo, mas insoportable la prision.

—Hubieras podido alejarte?

—No: te amo mucho mas, Inés mia, que á la libertad y á los campos. Mas sin separarnos, hermosa, hay un medio para ser libres.

—¿Un medio para quedar libres?

—La fuga.

—¿La fuga?

—El Rey don Pedro de Aragon sostiene guerra con Castilla: mi hermano acaudilla sus huestes, y en traspasando la frontera hallaremos seguro asilo y protectores generosos. Yo podré salir á campaña para conquistar señoríos: y en lo mas recio del combate me dará valor tu memoria.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Y cómo llegar hasta allí? El castillo está bien guardado: gentes adictas á don Lope nos observan á cada instante; y esa tentativa sin éxito solo servirá, noble Infante, para doblar nuestras cadenas.

—Todo está previsto, señora; un montero bastante fiel preparará nuestros caballos, y protegerá nuestra fuga. Tengo presentimientos tristes, y me parece hoy el castillo habitado por malos genios.

—Tu corazon no miente, Infante: el Rey don Pedro de Castílla se alberga entre sus negros muros.

—Ya lo sospechaba yo, Inés. ¿Has visto al Rey?

—Ha estado en mi aposento el verdugo.

El Infante se puso pálido.

—Ha estado en mi aposento el verdugo, y me ha ofrecido su corona.

Don Juan hirió con su venablo el pavimento de la estancia, dejando clavada

© Biblioteca Nacional de España

su punta. La huérfana estrechó su mano, y con acento dulce y firme continuó diciendo:

—Don Juan, si yo considerase en ti menos valor y menos nobleza, te hubiera callado la entrevista que he tenido con el Monarca. Los celos deben hallarse tan distantes de nuestro amor puro é inmenso, como los reptiles del sol.

—No son los celos, Inés mia, los que oscurecen hoy mi frente. Entre doña Inés Sanchez de Avendaño y el Rey don Pedro de Castilla, hay el mismo lago de sangre que entre los hijos de don Alonso. La flor azotada por huracanes y por lluvias no pierde su virginidad, pero se menguan sus colores y debilitan sus perfumes. Hay alientos tan corrompidos, que empañan á cuanto se acercan, miradas que queman y palabras siempre fatídicas. ¡Huyamos al punto de un sitio que el Rey de Castilla profana, y...

—Huyamos! don Juan, cuando os

© Biblioteca Nacional de España

plazca. La esposa debe obedecer, y la amante jamás vacila.

—El Rey don Pedro está en Carmona, dijo el jóven paje, presentándose tan ofuscado y presuroso que se olvidó de descubrirse en la presencia de una dama.

—Ya lo sé, replicó el Infante; y antes que sea la media noche habremos dejado el castillo.

Don Juan miró tiernamente á la jóven como pidiéndola asentimiento: Inés sonrió con dulzura y dijo á Enrique:

—Fiel amigo, estamos dispuestos á marchar, y es preciso que mi Beatriz...

—Acabo de verla, señora, interrumpió el jóven Enrique, y la he dicho que se prepare para una espedicion nocturna. La dueña parece muy cómoda, y me preguntó por literas. Ya ve mi señora doña Inés, que es imposible darla gusto: mas yo la pondré en mi caballo, y la cuidaré cual si fuera treinta años mas

© Biblioteca Nacional de España

jóven y treinta veces menos fea.

—No es ocasion, dijo el Infante, de perder el tiempo ya escaso: ve á buscar á Fortun, y dile que al punto de la media noche tenga preparados corceles, entre ellos mi caballo tordo, y cuanto juzgue necesario para la fuga convenida. Ofrécele gran recompensa, que mi hermano de Trastamara me proporcionará el cumplirla....

—¿Nos venderá el señor montero? preguntó el paje á su señor.

Don Juan manifestó grande disgusto á esta duda del jóven paje; y para disculparlo, la huérfana se apresuró á decirle:

—La noche se adelanta, Enrique, no retardes nuestros deseos.

Salió Enrique sin replicar, y le siguió luego el Infante.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XIII.

Samuel, en tus labios veo
Que las palabras te bullen,
Y palabras que se engullen
Se indigestan segun creo.

ZORRILLA.

Despues de haber salido el montero, nos fue indispensable referir una porcion de pensamientos que habian combatido y combatian la imajinacion del alcaide. Este relato ocupó páginas, y como llamaban don Juan y la huérfana del comendador, era muy dificil atenderlos si se presentaba en la palestra todo un Monarca de Castilla.

© Biblioteca Nacional de España

Al salir Fortun del salon, pasó rozando con un hombre, que le miró con interés; y este hombre era el Rey don Pedro.

Llegaba á la puerta el Monarca al terminarse la conferencia de don Lope y de su montero: el Rey quiso enterarse un tanto, y deteniéndose en el dintel, solo oyó las últimas frases, que fueron: «Podeis dormiros descuidado. Puedes retirarte, Fortun. Tenias mucha razon, Fortun, en no marchar sin recompensa. Recibe esas doblas de oro y cumple fielmente mi encargo.»

Estas palabras fueron lo bastante para que concibiese el Rey sospechas vagas y confusas, que se propuso esclarecer.

La seguridad que á don Lope parecia dar el buen Fortun, aconsejándole durmiese tranquilamente y descuidado, aunque podia ser indefinida, podia tener tambien relacion con algun aconteci-

© Biblioteca Nacional de España

miento que hubiese de verificarse en el discurso de la noche. Por otra parte la recompensa que habia dado el alcaide á su montero, se esplicaba muy naturalmente por el pago de algun servicio y la continuacion del mismo

«Recibe esas doblas y cumple fielmente mi encargo» habia dicho don Lope; y en la firme resolucion el Rey de conocerlo bien á fondo, entró con su semblante satisfecho á la presencia del alcaide.

Hinestrosa se sorprendió un tanto con la aparicion del monarca; y aunque su semblante risueño revelaba tranquilidad, creyó al través de la sonrisa poder traslucir el alcaide algun pensamiento terrible.

A pesar de sus mil propósitos de no despertar en el Rey ninguna memoria que tuviese relacion con la de Avendaño, creyó conveniente á su persona manifestar el mucho tiempo que habia esperado á su Monarca.

© Biblioteca Nacional de España

—Señor, dijo al entrar el Rey, he aguardado por largo tiempo, y ya estaba inquieto con una ausencia, cuya causa desconocida para mi....

—Tranquilizate, buen Hinestrosa. Yo tambien estaba cansado de esperarte, y consideré mas oportuno hacerme anunciar por mi mismo.

—¿Ha estado vuestra alteza.. .

—En el aposento de Inés. Y pardiez, amigo don Lope, que exajerabas los peligros de una entrevista con la huérfana. Es una criatura admirable, y aunque con varios incidentes mas ó menos contradictorios, hemos acabado por entendernos.

Abrió los ojos Hinestrosa, como para cerciorarse de que no dormia; tal impresion le iban haciendo las palabras del Rey.

Queria preguntar al Monarca, pero le faltaban las voces, y era el capitan de un navio que viéndolo caminar al escollo, sin

© Biblioteca Nacional de España

poder cambiarle aquel rumbo, teme á un mismo tiempo y desea el momento del choque rudo, para sufrir pronto la muerte ó renacer á la esperanza.

El Rey don Pedro por su parte tenia un placer estraordinario en la turbacion del alcaide, y se recompensaba en cierto modo de cuanto le habia hecho padecer la huérfana, haciendo á su vez que lo padeciese un tercero.

—Te repito, querido alcaide, que tienes aquí una pupila de lo mas seductor del mundo. Yo te doy mi cordial parabien por esta dulce tutoría, y te envidio esta fortaleza habitada por serafines. ¿Mas qué te sucede, Hinestrosa? Me escuchas sin mostrar placer, y te muerdes tanto los labios que están hinchados y sangrientos. ¿Estás enamorado, como don Juan, de la huérfana de Avendaño?

A esta media burla del Rey sintió don Lope estremecerse todos sus miembros, de manera que estuvo para desplomarse.

© Biblioteca Nacional de España

Este sacudimiento magnético no le permitió responder, y el Rey continuó:

—Don Lope, á tus años y tu esperiencia harias un papel bastante triste enamorándote de una jóven, y compitiendo con un Rey, que lleva al cabo una corona y cuenta cinco lustros no mas.

—No se en qué he podido ofenderos, dijo don Lope con modestia, para que mostreis tanto empeño en sacar á plaza mis años, mala recomendacion en verdad para galantes pasatiempos. Pero bien conoceis, señor, que si tiene dos amantes la huérfana, ninguno es tan humilde como Hinestrosa, siendo el primero un Rey de Castilla con cinco lustros, y el segundo un Infante apuesto, que apenas se acerca á los cuatro.

Tanto habian herido á Hinestrosa las últimas palabras del Rey, que quiso destilar en su réplica toda la hiel de que estaba henchido. El Rey don Pedro le escuchaba con una calma precursora de re-

© Biblioteca Nacional de España

lámpagos y de truenos: mas cuando estableció el alcaide la comparacion entre el Rey y el Infante don Juan su hermano, se reprimió mas el Monarca y con afectada sonrisa preguntó al alcaide don Lope:

—Ha vuelto el Infante de caza?

—Hace unos momentos, señor, que está de vuelta en el castillo. Un montero que habrá encontrado vuestra alteza, vino á decirme su llegada.

—¿Y no podrá salir de aquí?

—De ninguna manera, señor.

—¿Vino á decirte un montero que estaba de vuelta don Juan?

—Está encargado de vigilarles, y cuando salimos de caza jamás abandona su huella.

Bien puede tener relacion, dijo entre sí el Rey, con el encargo de don Lope el señor Infante, mi hermano. Y añadió:

—¿Estás muy seguro, Hinestrosa, de que son fieles tus espias, y que no se do-

© Biblioteca Nacional de España

blegarán nunca á la seduccion y á los premios?

—No tengo motivo de queja: me han sido fieles hasta hoy, y muy poderoso habia de ser el seductor para contrabalancear la fidelidad que me deben, y las recompensas que doy.

Don Pedro se encogió de hombros, siguió sus paseos de costumbre, acarició su espesa barba muchas veces, y dando muestras de haber tomado alguna resolucion repentina, y con ademan algo teatral le dijo:

—Véo con dolor, señor alcaide, que en mi castillo de Carmona no hay todo aquello que necesita una fortaleza importante. No está, ¡vive Dios! tan provisto como seria de desear; y habeis contraido para con el Rey una responsabilidad inmensa.

Esta salida tan estraña no causó placer á Hinestrosa, que habia contrariado algun tanto las pretensiones de

© Biblioteca Nacional de España

don Pedro, y que no podia figurarse á donde iria á parar el Rey, tras una introduccion semejante.

—Señor, replicó al fin don Lope: he procurado cumplir fielmente con mis deberes en Carmona, y si he tenido algun descuido, puede indicarlo vuestra alteza y será reparado al punto.

—Me placeria mucho mas, don Lope, no verme en la necesidad de hacerlo; pero aumentándose por momentos la del reparo, me será preciso, Hinestrosa, satisfacer á tu deseo. Puedes reparar facilmente que van muchas horas de noche, y que está alumbrada está estancia por la débil luz de la luna.

Don Lope llamó á sus criados, y sobre candelabros de plata entraron belas encendidas.

—Ya está satisfecho este olvido, señor.

—Pero aun queda otro, amigo alcaide,

© Biblioteca Nacional de España

mas criminal un millon de veces y de consecuencias mas graves.

—Hablad, señor, dijo el alcaide siguiendo la entonacion teatral que daba el Rey á su diálogo.

—El Rey don Pedro de Castilla, prosiguió diciendo el Monarca, goza reputacion de sóbrio: pero de la sobriedad del Rey, á la del alcaide de Carmona, hay toda la distancia que existe entre un ¡monje que come poco y un camaleon, que se alimenta con el viento. Me parece, señor alcaide, que no sentará mal la cena.

—Muy justo ha sido vuestra alteza en recordarme mis olvidos; y se reparará este último con la misma facilidad que fue reparado el primero.

El alcaide llamó de nuevo, y al cabo de pocos minutos pudo decir don Lope al Monarca:

—Todo está dispuesto, señor.

—Mi trabajo me cuesta, Hinestrosa.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XIV.

El juego se va encendiendo,
De veras ya el juego anda,
No hay amigo para amigo.
Las cañas se vuelven lanzas.

ROM DE ROMANCES MORISCOS.

Hay novelistas muy ilustres, cuyo mérito reconozco y cuya celebridad ansio, que cuando les viene á las manos la descripcion de una comida se deleitan, como los asirios en el banquete de Baltasar, y como el festivo segundo héroe de

© Biblioteca Nacional de España

nuestro primer hablista Cervantes con las suculentas espumas de la gran boda de Camacho.

Yo respeto, como el que mas, á los clarisimos ingénios que no se embotan con el vapor de las viandas, y que gastronómicamente gozan con los manjares que describen.

Muchas ventajas á mi ver tienen los autores gastrónomos, pues á mas de hallar simpatias en los estómagos repletos por la identidad de los goces, y en los completamente vacios, porque se forjan la ilusion de que se palpan los manjares: llenan con bastante desahogo unas cuantas páginas del libro, y suelen vender sus viandas al alto precio del mercado.

Yo no cuento entre mis pecados mortales el sabroso vicio de la gula: no conozco, ni por el forro, al famosisimo Avicena, y hasta puedo jurar que su nombre por poco no viene á mi me-

© Biblioteca Nacional de España

moria; pero voy á decir unas palabras sobre la cena del castillo.

No pienso tender los manteles, ir describiendo la bajilla en su materia ni en sus formas, ni medir la mesa en sus estremos, ó técnicamente espresado su ancho, su largo y su profundo.

No pienso presentar tampoco seis perdices en escabeche, dos capones con salsa negra, un buen lomo de javalí, ni otras menudencias de este género, que sabria variar hasta lo infinito cualquier cocinero italiano; pero cuyos nombres conozco apenas por el relato de algun amigo que asiste á banquetes diplomáticos, en los cuales hay muchas viandas tan intrincadas para mi como las notas de los entendidos Anfitriones.

Presumo que en aquella época beberian nuestros buenos padres vinos fermentados en Castilla; pero como tampoco sepa

© Biblioteca Nacional de España

qué vino estaba mas en boga, tendré que llamarlo moscatel, nombre bastante humilde á la verdad si se deriva de un insecto: ó apellidarlo Pedro Jimenez, nombre que rayó á grande altura con el cardenal de Cisneros.

Poco me importa averiguar el número de belas que ardian, con tal que no escasease la luz: ni si era el pan de lo mas blanco que se confecciona en Sevilla, y fama tiene en nuestros dias, ó del moreno de Carmona. Aseguro que estaba tierno, muy bien sazonado y cocido.

No quiero ser en todo parco, y por lo mismo que lo he sido refiriéndome á los manjares, voy á describir largamente cuanto á los convidados toca.

Eran estos, el Rey don Pedro de Castilla, doña Inés Sanchez de Avendaño, el jóven Infante don Juan y don Lope Perez de Hinestrosa.

Presidia este triste banquete, por disposicion de don Pedro, la huérfana del

© Biblioteca Nacional de España

comendador: á su derecha estaba el Rey; frente del Monarca estaba el Infante, y en último término del cuadro el señor alcaide del castillo.

Varios sirvientes se ocupaban en llenar copas y en ir presentando viandas. A pocos pasos de la silla en que estaba sentado el Rey se veia de pie y con torvo ceño á su ballestero de maza y compañero de viaje Garci Diaz de Albarracin.

Mucho mas próximo á don Juan estaba el pajecito Enrique, que no quitaba ojo del Rey, como no fuera para observar al ballestero Garci Diaz, hombre de malísima catadura y de unas formas gigantescas

Comenzó la cena en silencio: y de todos los comensales solo el Rey don Pedro daba muestras de algun regular apetito.

El alcaide meditabundo apenas llevaba á su boca los apetitosos manjares: doña Inés tenia que esforzarse para no derramar gruesas lágrimas; y el Infante

© Biblioteca Nacional de España

don Juan bebia con una profusion tan grande, que tuvo que recordarle Enrique su proyecto de libertarse, para que menguase el beber.

Algunas frases del Monarca habian quedado sin contestar: y hasta el cortesano Hinestrosa se olvidaba de su real huésped.

—Ha provocado tu sed la caza de una manera tan horrible, que haces los honores al vino como el montero mas beodo: dijo el Rey riendo á su hermano.

—Hace mucho tiempo que padezco una sed que jamás se sacia, dijo con sarcasmo el Infante; pero tienes mucha razon en reprenderme; y para remediar mi esceso no probaré el vino de hoy mas.

El rostro de doña Inés se contrajo á la réplica del Infante; le dirijió una mirada llena de inquietud, y todos guardaron silencio.

—Llegué esta mañana á Carmona, di-

© Biblioteca Nacional de España

jo el Rey á los pocos instantes, pero tu aficion á la caza no permitió detenerte hasta saludar á tu hermano. Me parece que tus deseos no están sujetos casi nunca por una moderacion racional.

El Rey don Pedro acentuó mucho sus palabras, y el Infante le replicó en el mismo tono sarcástico.

—Jamás presumo, hermano mio, de adivinar hondos misterios, ni reconozco á las fantasmas. Llegaste al castillo de incógnito, recatando el rostro, y guardándote las palabras: no pude conocerte, hermano. Ademas tendrias tus razones para observar esa conducta, y era muy justo respetarlas.

—Hay inspiraciones de cariño, que hacen á los hombres profetas: y el amor de tiernos hermanos....

—En cuanto al cariño de hermanos, permíteme don Pedro te diga, que tu has sido el primero á olvidarlo.

© Biblioteca Nacional de España

—Los hijos de doña Leonor, replicó el Rey, no han sido nunca muy amantes del hijo de doña Maria: y quizá la sangre bastarda....

—La sangre bastarda, don Pedro, es seguramente de Alonso Onceno: y por la lejítima es preciso preguntar á doña Maria.

Tantos ultrajes encerraban estas palabras del Infante, que doña Inés, el jóven paje y hasta el impasible D. Lope le interumpieron á la vez. En la pupila de don Pedro apareció la mancha sangrienta que presagiaba sus furores; pero reprimiendo su enojo, le repelió con gran frialdad.

—Don Juan, los vapores del vino van ocupando tu cerebro, y confundiendo tus ideas. En el desórden consiguiente, te se han escapado palabras que han hecho temblar á doña Inés, morderse los labios al paje y erizar los pocos cabellos al buen alcaide de Carmona. En cuanto á la san-

© Biblioteca Nacional de España

gre bastarda, quizá en esa diferencia de sangre consistirá, querido hermano, la gratitud y respeto con que, los hijos de doña Leonor de Guzman, han pagado siempre las mercedes recibidas de su Monarca

—Muchas deben al Rey don Pedro. Pagaste la toma de Jumilla con un cobarde asesinato.

Don Juan dió una récia puñada en la mesa, y la copa del rey don Pedro se vertió sobre sus vestidos.

—¡Qué haceis, don Juan! dijo la huérfana.

—¡Qué haceis, señor! prorrumpió el paje.

—¡Qué habeis hecho! repitió Hinestrosa.

Don Pedro se manifestó casi impasible, limpió sus vestidos con calma y dijo al Infante con una frialdad aparente:

—Me confirmo en que los licores han trastornado tu cabeza. Me has manchado todo el vestido.

© Biblioteca Nacional de España

—Tambien los manchó con su sangre mi noble hermano don Fadrique.

—¡Don Juan! esclamó la pupila.

—Estás aterrando, hermano mio, con tu desentono á esta señora: dijo el Rey con mucha intencion.

El Infante se levantó, y sin añadir una palabra, dejó la mesa bruscamente, seguido de su paje Enrique.

La ajitacion de doña Inés estaba marcada en su rostro, y despues de servidos los postres, la dijo con galantería el Rey:

—Me pareceis algo indispuesta, señora mia; y si puede seros agradable la soledad de vuestra estancia, ó el reposo que en ella tendreis, no quiero abusar por mas tiempo del favor con que nos honrais, presidiendo un triste banquete.

—Mucho os agradezco, señor, el permiso que me concedeis, pues me encuentro bastante indispuesta

La huérfana se levantó y vertiendo lá-

© Biblioteca Nacional de España

grimas tristes fue á ocultarlas á su aposento.

—Bien tardia ha sido la cena, pero agradable por demás, dijo el Rey encarándose con su alcaide.

—Bien podeis conocer, señor, replicó don Lope, que no he tenido parte alguna en lo desagradable de ella.

—Con mas celo, señor alcaide, no hubiera tenido á la mano el Infante algunos de los datos históricos con que ha sazonado el banquete.

—Puedo jurar á vuestra alteza, que me ha sorprendido escucharlo.

—Si se lo hubieras dicho, don Lope, en vez de una falta de celo hubiera sido una traicion.

—Juro, señor....

—Basta, don Lope.

El rey hizo seña á Garci-Diaz, que se llegase al punto, y le estuvo hablando en secreto. El ballestero saludó al Rey, y salió sin decir palabra.

© Biblioteca Nacional de España

—Estoy muy cansado, Hinestrosa, ¿Quiéres enseñarme mi aposentò?

Don Lope cogió un candelabro, y salió delante del Rey. A cada paso de don Pedro crujian las canillas de sus piernas, como si fueran á romperse.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XV.

Que llueva, que truene,
Que nieve, que escarche,
Mas vino, mas vino,
Mas baile, mas baile.

MARTINEZ DE LA ROSA.

En el gran patio del castillo, habia un miserable aposento, que comunicaba con las caballerizas, y servia de cómodo albergue á nuestro conocido montero, el astuto lobo Fortun.

Un mugriento jergon de paja con una

© Biblioteca Nacional de España

manta de picote era el lecho del buen montero: una mesilla con tres pies y dos malos bancos de pino, todo el menaje de la casa.

Pendía de la bóveda negra una lamparilla de hierro suspensa de una larga cadena, y su luz alumbraba apenas aquellos muros ennegrecidos por el hollin y por los años.

Sentado en uno de los bancos y con la mesa por delante estaba el montero Fortun, royendo unos huesos de venado, y acariciando con frecuencia una enorme bota de vino, que colocada entre sus piernas se levantaba por intervalos hasta el nivel de su nariz, y hacia penetrar en su garganta aquel licor refrijerante, inventado, segun los gentiles, por Baco, y segun los buenos cristianos por el patriarca del diluvio, el sapiéntisimo Noé.

Un largo y curioso diálogo sostenia Fortun con su bota, no sobre las esce-

© Biblioteca Nacional de España

lencias del vino, materia en que parecian muy versados, pero si sobre la conducta que debia seguir el montero en su doble oficio de espía y de confidente del Infante.

Por mas preguntas que hacia el montero, la bota no decia palabra; y ofendido con su silencio la estrujaba contra sus labios, haciéndola derramar sangre, no de hombres ó de irracionales, sino de Cristo, como la llaman los aficionados á beber.

A cada trago que se echaba, se confundian mas sus ideas; y si no hubieran llamado á la puerta con repeticion y recato, hubiera terminado la querella, entre la bota y el montero, por quedarse la una vacía y el otro tan liquidamente repleto, que no hubiera mas que pedir.

Llamaron pues con discrecion, y sin preguntar el montero quien se tomaba la molestia de buscarlo, ya un poco tarde, y con una ventisca y lluvia que no con-

© Biblioteca Nacional de España

vidaba á paseo, abrió de par en par su puerta, y se encontró frente por frente de nuestro amigo el paje Enrique.

—Muy bien venido sea el señor paje, dijo Fortun al conocerlo: y si no tiene inconveniente guarézcase aqui de la lluvia antes que le remoje el cuero.

—No me parece fuera del caso seguir un consejo oportuno; y si el señor montero lo permite conversaremos en su estancia, mientras el viento y los granizos hacen compás en esas torres para alguna danza de brujas.

—Mucho me place que busqueis mi madriguera, señor paje, en una noche de tormenta: y el lobo viejo recibirá cual se merece al jóven tigre que se acerca.

—Agradezco, señor montero, una tan cordial acojida: y si alguna vez el jóven tigre tiene una cueva y una presa, se contemplará muy dichoso, partiéndola con el viejo lobo que tan cumplidamente le honra.

© Biblioteca Nacional de España

—Muy bien hablado, señor paje, dijo Fortun; y cerrando al punto la puerta fueron á sentarse en el banco que habia ocupado el viejo lobo.

—Ya veis, continuó Fortun, qué mal banquete puedo presentaros con estos huesos sin mas carne que los colmillos de una fiera: pero en cambio, tengo una bota que no flaquea por lo presente, y si quereis acariciarla, pagará bien vuestros favores.

—Sea como lo pedis, señor montero, tanto por complacer á un buen amigo, como por no desairar á una dueña. A vuestra salud.

Enrique llegó la bota hasta sus labios, la sostuvo en ellos algun tiempo aparentando que bebia, y despues la entregó á Fortun.

—No me habeis de ganar, señor paje, ni en lo bebedor, ni en lo cortés. A la salud del noble Infante, de la hermosisima doña Inés, y del leal paje de don Juan.

© Biblioteca Nacional de España

El montero empuñó la bota, y á fe que no fué por cumplido, pues se le hincharon los carrillos, y apenas bastó su garganta para trasmitir al estómago la enorme cantidad de vino que habia recibido su boca.

—A propósito de vuestro bríndis, dijo el paje: ¿estais decidido á cumplir lealmente cuanto ofrecisteis á don Juan?

Esta pregunta inesperada amargó un poco el sabrosisimo trago que acababa de echarse al estómago el buen Fortun, y moviendo la lengua cien veces, como si saborease su vino, respondió á Enrique con gran calma.

—Cuando un viejo zorro se acerca á las inmediaciones de un corral, mira y husmea antes de traspasar las tapias; pero una vez dentro, no sale sin su compañía de gallinas. ¿Me habeis entendido, señor paje?

—Medianamente, y segun creo estais dispuesto en su servicio.

© Biblioteca Nacional de España

—Así es la verdad.

—Señor montero, Dios os de fortuna en la caza, paz en la tierra, y bienaventuranza en la gloria, si con lealtad favoreceis á la huérfana de Avendaño y al huérfano del Rey Alonso.

—Amén, dijo el montero maquinalmente; pero su rostro se contrajo, y se estremecieron sus miembros.

—En este supuesto, prosiguió el paje, debeis preparar los caballos, pues antes de la media noche dejaremos este castillo y marcharemos á Aragon.

—¿Esta misma noche, señor paje?

—Esta misma noche sin falta. Conozco que es grande la prisa: quizá los peligros son grandes, y necesita el señor montero mucho valor y diligencia; mas yo le ofrezco, á nombre de don Juan, una recompensa crecida y una gratitud sin ejemplo.

—¿No pudiera dilatarse algun dia para tomar bien las medidas y no perder quizá el golpe?

© Biblioteca Nacional de España

—Es imposible detenerse. El Rey don Pedro está en Carmona.

—¿Está el Rey dentro del castillo?

—Sí, señor montero: y como entre el Rey y el Infante median graves resentimientos ,quiere abandonar mi señor lo mas pronto posible el lugar que habita su hermano.

Fortun escuchó atentamente, volvió á pasar la lengua muchas veces por sus labios vinosos: sacudió su enorme cabeza con el mismo compás de un péndulo, y poniendo su mano sobre el hombro del jóven paje, le dijo con cordial acento:

—Ha saltado el zorro las tapias y no ha de marchar sin gallinas. Antes que sea la media noche estara todo preparado, y la gacela y el tigre real bastante lejos de Carmona.

—Os conducis, señor montero, como un javalí de corazon. Voy á noticiar al Infante vuestra disposicion á servirle y á precipitar la partida.

© Biblioteca Nacional de España

—Poco á poco, mi señor paje: tengo que comunicar instrucciones al fiel servidor del Infante, y necesito que me ayude.

—Con toda mi alma, señor montero. No repareis mis pocos años ni la cortedad de mis fuerzas: cuando se tiene corazon, ejecuta el brazo cuanto la cabeza discurre. Mandadme, pues, señor montero, que todo se ejecutará pronto, con discrecion y con valor.

Fortun volvió á lamer sus labios y acercándose al jóven paje que le miraba de hito en hito le habló asi con grande misterio:

—Dentro de una hora, señor paje, estareis en este aposento: yo habré tomado mis medidas y nos restará solo obrar. Juntos que seamos, entraremos por esta puerta, que comunica, como sabeis, con la caballeriza del castillo; sacaremos cuatro caballos, cuyos cascos forrados en pieles no resonarán en el silencio, y con la ayuda de un amigo los haremos salir al campo. Quedareis guardándolos allí mientras pe-

© Biblioteca Nacional de España

netro en el castillo para conducir, como zorro, al tigre real, á la gacela, y á esa nutra de Barrabás que no dejará de estorbarnos.

—Teneis la cabeza de un zorro, y es admirable vuestro arreglo. Una sola condicion me embaraza, y voy á decirla al momento. No me gusta, amigo Fortun, abandonar estas murallas, ni un punto antes que don Juan.

—Pues es indispensable hacerlo, ó renunciar á la partida.

—Si fuera por mí, señor montero, Dios solo sabe lo que haria!

—¿Vendreis á la hora, señor paje?

—No faltaré, señor montero. Dios os de fortuna en la caza, paz en la tierra, y bienaventuranza en la gloria, si con lealtad favoreceis á la huérfana de Avendaño, y al huérfano del Rey Alonso.

—Amén, volvió á decir Fortun.

Enrique atravesó el gran patio que innundaba la lluvia, y que alumbraban los relámpagos.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XVI.

Era Muley un morillo
A bajezas inclinado,
Muy envidioso y mal quisto,
Celoso por despreciado,
Y de su infame costumbre
Los embustes aumentando,
A Zegríes y á Gomeles
Reveló el secreto agravio.

ROM. DE ROMANCES MORISCOS.

Asi que hubo salido el paje, echó aceite Fortun á su lámpara y fue á sentarse sobre el banco en que estaba haciendo su cena. Tropezó al paso con la bota, y por no perder la costumbre bebió un par

© Biblioteca Nacional de España

de tragos seguidos, haciendo un pequeño espurréo, como si lo encontrase mal.

Vamos á formar nuestras cuentas, dijo Fortun; porque me voy viendo tan enredado como un viejo ciervo en la maleza. Me pidio el alcaide que espiase todos los pasos del real tigre, y yo he contado al zorro astuto todos los planes del Infante. Para conocerlos á fondo me he presentado muy su amigo, y reclama mi proteccion en un importante negocio. Fortun, tú podias hacer mucho en su obsequio y dejar de ser vil raposo, para presentarte en el monte como un javali de diez años. ¿Mas si se malogra el proyecto? ¿si no caminase la gacela ó la maldita nutra entorpece? se te lo lleva el demonio, y no vuelve á pasar mas vino por este gaznate de culebra, que al fin se ha de comer la tierra, pero que procuraré yo sea todo lo mas tarde posible. Por otra parte, don Lope de Hinestrosa pa-

© Biblioteca Nacional de España

ga, y no está en el órden engañarlo. El no querra hacerse ninguna gorra con la hermosa piel del real tigre, ni descuartizar á la gacela. Voy á contárselo en el momento, y Dios haga lo que le agrade. Mas se me ocurre un tercer medio, que puede conciliarlo todo. Diré al jóven paje que es imposible la salida, que está bien guardada la cueva y que hay muchos perros en acecho. De esta manera no se marchan, cumplo medianamente con don Juan, y no perjudico al alcaide. Tambien encuentro aquí sus contras. ¿Qué ventajas reportaré de haberme metido en las zarzas? Ninguna. El Infante me dará al diablo porque no cumplo mi promesa, y el viejo zorro se proporcionará otro perro que levante mejor la caza. Luego, la presencia del Leon.... ¡Oh! hermoso animal es don Pedro. En sus arrebatos sangrientos me parece un lobo que entra en un mal guardado redil, y que degüella mil

© Biblioteca Nacional de España

ovejas antes de probar un bocado. Entre los señores del reino me parece un javali cerdoso, que despedaza velozmente á cuantos lebreles le acosan: y ¡vive Dios! que una gran fiera es tan bella como un torrente que todo lo arrastra á su paso.

Muchisimas comparaciones hubiera hecho todavia el montero, á no sentir los recios golpes con que llamaban á su puerta.

—Quién va? preguntó el buen Fortun con su desapacible voz.

—Abre con diez mil de á caballo, gritó una voz no menos áspera, que está granizando y lloviendo mas espeso que la flechas de una batalla.

El montero se apresuró á abrir, y se encontró frente por frente con Garcí Diaz de Albarracin.

—¡Pardiez! esclamó dando una palmada, Fortun: qué vientos han traido por aqui al señor ballestero de maza?

© Biblioteca Nacional de España

—Unos vientos algo tormentosos, si he de juzgar por esta noche.

—Siéntese y beba Garcí Diaz, que de un valiente oso de montaña, se ha trasformado en ballestero de la guardia del real leon.

—Si, amigo Fortun; he cambiado el coleto de cuero en estas escamas de hierro, y en vez de cazar javalíes me he dado á la caza de hombres, que mordiscan con alabardas, como aquellos con sus colmillos.

—¿Y has ganado mucho en el cambio?

—Asi, asi, valiente montero. Y si han de romperme la piel, lo mismo me da que lo haga un lobo, que un ballestero de Aragon.

—Muy bien hablado, amigo Garcí; pero ¿cómo ha venido el oso á buscar esta madriguera?

—Llegué esta mañana á Carmona en la compañia de su alteza.

- Acompañas al Rey?

© Biblioteca Nacional de España

—Soy, como tú dirias, su lebrel, y, como yo digo, su alferez.

—Eso se llama, amigo Garcí, estar cazando en un buen soto.

—Tambien puedes cazar en él si quieres hablar como amigo, y como su alteza pretende.

—Esplicate un poco mas claro.

—Voy á probarlo, amigo Fortun. Aqui donde me ves, montero, soy un parlamentario del Rey que víene á proponerte hablas.

—Estás loco?

—Tengo mi juicio tan en caja como una pelota en un tiro. Tú has tenido una conferencia secreta con el alcaide del castillo.

—¿Yo?

—Si; es en valde que me lo niegues. En el corredor encontraste un bombre y ese hombre era el Rey.

—Es verdad.

—El alcaide te dió una bolsa bastan-

© Biblioteca Nacional de España

te repleta de oro y te dijo: «Tenias mucha razon, Fortun, en no marchar sin recompensa. Recibe esas doblas de oro y cumple fielmente mi encargo.»

—Es verdad.

—Ahora quiero que tú me digas, que encargo de tanta importancia te ha encomendado el buen don Lope.

—Nunca faltan cosas que hacer entre un buen cazador y un buen perro. Tú eres el alferez del Rey y yo soy el lebrel del alcaide.

—No estoy mas enterado, Fortun, con esa respuesta tan vaga que si me dijese un capitan «escarmienta á los enemigos» sin decirme en donde se hallaban. Te quisiera un poco mas claro.

—Hay matorrales tan espesos, que no se distingue un javalí á no ser por las ramas que troncha.

—Esos matorrales se queman, dijo una voz ronca y vibrante, y se presentó el Rey don Pedro.

© Biblioteca Nacional de España

El ballestero se descubrió ; Fortun se hizo atras algunos pasos y el Rey continuó velozmente.

—Soy el Rey don Pedro de Castilla: deseo conocer el secreto que media entre el alcaide y su lebrel. Si me lo dices sin tardanza, tendrás recompensa cumplida; si vacilas un solo instante, te mando cortar la cabeza, y mi ballestero, Garci Diaz , cumplirá fielmente mi encargo.

El ballestero hizo un saludo, y Fortun le miró con recelo.

Era tan resuelto el lenguaje con que se esplicaba don Pedro , y la disyuntiva tan grave , que todas las potencias de Fortun se acrecentaron por ensalmo ; y resolvió en un solo instante las mas complicadas cuestiones.

—¿Hablarás? le preguntó el Rey.

—Todo cuanto mande su alteza.

—¿Qué encargo has recibido del alcaide respecto al Infante don Juan?

—Seguir sus pasos, como un podenco al conejo que va de huida.

© Biblioteca Nacional de España

¿Y qué has averiguado hoy?

Que el tigre real, como llamo yo al jóven Infante, quiere dejar su madriguera con esa gacela de ojos negros, á quien llamamos doña Inés.

—¿Y cuándo piensan escaparse?

—Eso no lo sabe don Lope.

—¿Pero lo sabes tú, montero?

—¡Yo!

—Si, tú. ¿Qué ha venido á decirte Enrique, el jóven paje de don Juan?

Atacado Fortun en su trinchera reservada, no supo mentir con descaro, y balbuciendo dijo al Rey:

—Me ha dicho que antes de llegar la media noche, hemos de salir del castillo.

—¿Cuentan contigo para la fuga?

—He ganado su confianza, y asi conozco bien sus planes.

—No me pareces desmañado. ¿Y qué has respondido al buen paje?

—Que venga aqui dentro de una hora

© Biblioteca Nacional de España

para conducir los caballos que deben servir en la marcha

—¿Y qué pensabas hacer, Fortun?

—Comunicar al buen alcaide, cuanto acabo de decir á su alteza.

—Mejor es callarlo, montero.

—Me reprenderá, y mi deber....

—Tu deber es obedecerme de grado, y si no pasarlo muy mal por la fuerza. No verás á Hinestrosa; cumplirás al paje tu oferta, y nada mas tienes que hacer.

—Todo se hará como mandais.

—Adelantarás mucho en ello. Mi venida aqui es un secreto que podrás publicar mañana sin peligro, pero que guardarás esta noche, si te hallas bien con tu cabeza. Adios, viejo lobo: el leon de Castilla no duerme.

—Adios, antiguo camarada, dijo el ballestero á Fortun; acaricia bien esa bota, resolucion y ancho pecho.

—Ese hombre es el diablo: dijo Fortun.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

LOS DOS REYES.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

LOS

DOS REYES.

NOVELA HISTÓRICA,

ORIGINAL ESPAÑOLA,

POR D. J. DE ARIZA.

TOMO II.

MADRID:

L. GONZALEZ Y COMPAÑIA, EDITORES;
calle del Fomento, núm. 20.

© Biblioteca Nacional de España

MADRID, IMPRENTA DE T. AGUADO, 1845.
calle de la Encomienda núm. 17.

© Biblioteca Nacional de España

NOTA.

Por una equivocacion involuntaria se ha puesto al principio de este tomo *segunda parte* y á los que debian ser capitulos 17, 18 y 19 de la 1.ª como 1.º 2.º y 3.º de la 2.ª: debiendo tenerse presente empieza esta en la página 39, capitulo 4.º, que es el 1.º de la misma.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

LOS DOS REYES.

PARTE SEGUNDA.

Santa Maria de las Huelgas.

CAPITULO PRIMERO.

¿Y pensará por ventura,
Que soy yo la de Albornoz,
Que oye temblando su voz,
Y obedece? ¡Qué locura!

LARRA.

De dos en dos subia el buen Enrique las escaleras del castillo, para noticiar á su señor el buen éxito que habia tenido su comision cerca del montero.

Impaciente estaba don Juan, tanto por

© Biblioteca Nacional de España

la tardanza del paje, como por la furiosa tormenta que sentia rebramar cercana.

Cada vez que azotaba el granizo los pintados vidrios del castillo respiraba con hondo afan, y la luz siniestra del relámpago bañaba de sudor su rostro. Estaba casi arrepentido de haber propuesto á doña Inés una fuga en noche tan áspera, y sin la presencia de don Pedro y el amor que habia manifestado á la pupila de Hinestrosa, tal vez hubiera dilatado el Infante para una noche menos brava la fuga que anhelaba llevar á término.

En medio de sus temores y de sus dudas oyó el Infante algunos golpes dados en su puerta, y persuadido que seria Enrique quien á su aposento llamaba, se apresuró á ponerla franca.

—Anhelaba mucho, don Juan, dijo el alcaide presentándose, poder hablaros un momento, despues de cuanto ha sucedido.

© Biblioteca Nacional de España

—Tomad asiento, si gustais, y podreis decirme cuanto ocurra, respondió el Infante disimulando su impaciencia.

—Procuraré esplicarme pronto, pues está bien adelantada la noche, y necesitareis descanso.

—Como os plazca mejor, don Lope.

—Me habeis hecho una confianza, que creo oportuno recordaros.

—La de mi amor hácia la huérfana: repuso el Infante con sarcasmo.

—Precisamente.

—Y vendreis ahora á noticiarme, que habeis meditado mi propuesta, y que considerándola justa condescendeis sin dilacion.

—Todo lo contrario, don Juan.

—Señor alcaide, no llegaremos á entendernos y malgastareis las palabras. La noech avanza, como habeis dicho: demos los miembros al descanso y las imaginaciones al sueño.

—Es tan importante, don Juan, lo

© Biblioteca Nacional de España

que he venido á proponeros, que no marcharé de esta estancia sin que atendais á mis razones.

—Si asi habeis de hacerlo, acortadlas y os deberé gratitud, don Lope.

—¿Recordais cuanto ha sucedido durante nuestra triste cena?

—Muy bien lo recuerdo, Hinestrosa. Se han servido buenos manjares, que hemos probado escasamente, se han cruzado malas razones, y se ha derramado una copa.

—¿Y sobre quién cayó aquel vino?

—Sobre quien estaba mas cerca.

—¿Y á quién dirijisteis las razones?

—A quien provocaba mi saña.

—Manchásteis al Rey de Castilla y habeis injuriado á don Pedro.

—¿Y qué quereis decir? alcaide.

—Que habeis ofendido al monarca.

—Soy hijo de Alonso el Onceno, y haciendo gran merced al Rey le concederé

© Biblioteca Nacional de España

el mismo origen. Si es reprenderme vuestro ánimo, dejadlo para otra ocasion, que va adelantando la noche.

Don Juan abandonó su asiento; dió algunos pasos por la estancia ,y tomando de sobre la mesa el candelabro que alumbraba se dirigió hácia el corredor como para despedir á don Lope.

—Podeis sentaros, noble Infante: dijo el alcaide sin moverse; pues no dejaré el aposento hasta acabar mi comision.

Don Juan dejó su candelabro y ocupó de nuevo un sitial.

—Tambien sabreis, señor Infante, que ha visitado el Soberano á mi hermosísima pupila.

—Lo sé: y que ha llevado su imprudencia hasta requerirla de amores. El asesino de Avendaño busca el cariño de su hija. Cosas son, don Lope , tan estrañas, que si no encendiesen la sangre, causarian compasion ó risa.

© Biblioteca Nacional de España

—Mucho deberiais alegraros de esa pasion del rey don Pedro.

—Alegrarme de que sus ojos hayan contemplado á la vírgen! ¡Alegrarme de que sus labios hayan respirado junto á ella! ¡Alegrarme de que en sus sueños pueda estasiarse con su imágen, ceñirla con sangrientos brazos, y tributarla torpes caricias! No, don Lope. Ya que la ha mirado el Monarca, quisiera contemplarlo ciego, y arrebatarle la memoria para que no pensase en Inés.

—Mucho mas acertado seria dejarle ciego, para que no contemplase la mancha que habeis echado sobre sus ropas: arrebatarle la memoria, para que no recordarse la afrenta que habeis esculpido en su frente. La tranquilidad del Monarca es un preludio de su venganza, como la calma de los mares un anunció de tempestad. Creedme, Infante: un solo medio se presenta de poner dique á su furor.

© Biblioteca Nacional de España

—No se porqué temo escucharlo; mas si es digno de un caballero podeis decirlo cuanto antes.

—¿Me dais palabra de escucharme sin interrumpirme hasta al fin?

—Teneis, don Lope, mi palabra.

—Os he dicho hace pocos instantes que el Rey don Pedro ama ciegamente á la huérfana de Avendaño. Este amor del Rey, lejos de ser correspondido, es rechazado duramente; y si llega á trocarse en odio producirá miles desgracias.

No ignora el Monarca, que sois vos el objeto amado de mi pupila doña Inés; y os mira por lo tanto como á peligroso rival. Si unis los celos á la memoria de la ofensa que de vos recibió esta noche, encontrareis justo motivo para temer su enojo insano. Evitar el golpe es prudente, la manera no dificil. Vos teneis un grande ascendiente sobre la huérfana, y si la proponeis que admita los galantes obsequios del Monarca....

© Biblioteca Nacional de España

—Don Lope!

—Habreis adelantado mucho, para seguridad comun.

—Don Lope!

—Me ofrecisteis no interrumpirme y guardais muy mal la palabra.

—¿No habeis acabado, Hinestrosa?

—Todavia no, jóven fogoso.

—Pues continuad, que os escucho.

La luz de los ojos de don Juan se confnndia con la del relámpago, y su aliento con el huracan que bramaba.

—No es mi ánimo, continuó el alcaide, que la huérfana pase á ser dama del Monarca de las Castillas: solo quiero le dé esperanzas, y que trueque su duro ceño en un halago cortesano. Esto solo exijo de vos por vuestra seguridad, Infante.

—¿Habeis acabado, don Lope?

—Nada mas tengo que añadiros.

—Pues respondedme y escuchadme. ¿Soy amante de doña Inés?

—Asi lo creo.

© Biblioteca Nacional de España

—El hombre mas vil tiene nobleza cuando se trata de su amor. El crea en el hombre un honor nuevo: el tímido se hace valiente, y el poco pundonoroso hidalgo. ¿Soy yo caballero, don Lope?

—No conozco de vuestra vida ninguna accion que lo desmiente.

—¿Y por su seguridad propia debe esponer un caballero la seguridad de una dama? ¿Por evitar el propio riesgo debe menoscabar un noble la honra sin mancha de una doncella bien nacida? ¿En dónde habeis hallado, don Lope, esa manera de ser noble?

—Arriesgais, Infante, la vida.

—¿De qué me serviria conservarla habiendo perdido mi honor? Querrias que pudiera decir doña Inés que todos los hombres son cobardes? Que todos descuidan la honra cuando hay en guardarla peligro? ¿Querrias que pudiera repetir la huérfana, que la abandonaba su amante, con la misma poca hidalguía que la aban-

© Biblioteca Nacional de España

donó su tutor? No, don Lope: el poder de veinte Monarcas no lograrán nunca aterrarme: y antes de tocar á doña Inés traspasarán mi corazon.

—Pensad, D. Juan, que os va la vida.

—Salid al instante, Hinestrosa, que ya me infama el escucharos.

—Pensarlo, don Juan...

—Salid prestó. Y arrastrandolo por el brazo le condujo hasta el corredor.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO II.

La tierra nos negaba hasta un asilo,
La Havia nuestros pasos atajaba:
Bramaba el huracan, el cielo ardia,
Las centellas en torno serpeaban.

MARTINEZ DE LA ROSA.

Bajo el influjo de una pesadilla se creia el Infante don Juan: tan estraña le parecia la solicitud del alcaide. Estregó sus ojos varias veces, como para conocer si dormia: y mientras mas se cercioraba de estar despierto, mas estraña hallaba la conducta del viejo alcaide de Carmona.

© Biblioteca Nacional de España

Un caballero como don Lope haber aconsejado al Infante una accion tan vil y tan cobarde, revelaba ó mucha villania en Hinestrosa, ó que ¡muy bajo concepto tenía de la nobleza de don Juan.

Cuando se fijaba esta idea en la imaginacion del jóven sentia haberlo dejado salir sin arrancarle el corazon, para descubrir en sus senos la esplicacion de tal enigma.

Luchaba mas y mas su mente cuando se presentó en la estancia el jóven paje cubierto de granizos que bordaban todas sus ropas.

—¡Cuánto has tardado! buen Enrique.

—Mucho he tardado á la verdad; pero sin tener yo la culpa.

—Asi lo creo, mi buen amigo. ¿Y qué ha respondido Fortun?

—Condesciende á vuestros deseos. De aquí á una hora debo encontrarlo, para

© Biblioteca Nacional de España

conducir los corceles á las afueras del castillo.

¡Oh! qué felicidad, buen paje.

—Si cabe felicidad en una noche tan borrascosa como esta.

—¿Cuándo has temido á la lluvia?

—Por mí no temo á las tormentas; pero me causa compasion esa pobre dama, que habrá de cabalgar sobre un corcel, en noche tan oscura y medrosa, que no habrá bruja que cabalgue sobre el negro tronco de escoba: y eso que es sábado, don Juan.

—Tambien yo siento que mi esposa sufra el rigor de la tormenta; pero es imposible detenernos.

—Hágase como deseas.

—Llega á la estancia de doña Iués y adviértela que esté dipuesta para de aquí á una hora, Enrique; yo iré á buscarla á su aposento y la conduciré hasta el patio, en donde esperará Fortun para conducirnos al campo.

© Biblioteca Nacional de España

—Se hará como me lo mandaís.

El paje salió en el momento, atravesó con el mayor sigilo los largos y estrechos corredores, y llamó con golpes discretos al aposento de la huérfana.

Reunida estaba ya Beatríz con la pupila de Hinestrosa: y como desde su aventura con el Monarca castellano siempre estaba pensando en el Rey, al oir los golpes se echó en tierra, y abrazándose á las rodillas de la huérfana de Avendaño, la pedia favor en su cuita, impidiéndola al mismo tiempo que descorriese los cerrojos.

Mucho trabajó doña Inés, para desasirse de la dueña, y conseguido que lo hubo abrió la puerta al buen Enrique que se pricipitó en la estancia.

—Muy bien venido, leal Enrique, dijo doña Inés con bondad. ¿Qué felices nuevas me traes?

—Todo está dispuesto, señora: y de aquí á una hora, mi señor vendrá para conduciros al campo.

© Biblioteca Nacional de España

Al decir el paje estas palabras, un relámpago alumbró la estancia, y la detonacion de un trueno le siguió tan de cerca, que bien dejaba colegir la proximidad de la nube.

—Alabado sea el dulcísimo nombre de Jesus! dijo la dueña santiguándose. ¿Has reparado, jóven paje, ese relámpago tan vivo y ese trueno tan espantoso?

—Ya lo he reparado, Beatriz.

—¿Y pretendeis que caminemos en una noche como esta?

—Asi ha de suceder sin falta.

—Dile al Infante, tu señor, contínuó la dueña, que he dado mi leche á doña Inés, que la he cuidado muchos años, que la estoy sirviendo de madre, y que no permitiré que salga con una noche como esta.

—Calla, Beatriz, repuso la huérfana. Di á mi esposo querido, paje, que estaré dispuesta á seguirle.

—Y no reflexionas, Inés mia, que es-

© Biblioteca Nacional de España

tás espuesta á perecer en una tormenta tan brava?

—Saliendo al campo puedo perder, dueña, segun vaticinas, la vida: quedando en el castillo, puedo perder, Beatriz, la honra: la eleccion no me ofrece duda. Si temes tanto á ese granizo que nuestros cristales azota, puedes quedarte en tu aposento; pero ten presente, Beatriz, que esos cristales lo resisten, y que no debemos ser mas frágiles que los vidrios de las ventanas. Repite á tu señor, Enrique, que dispuesta me hallará á seguirle.

—Asi lo haré, hermosa señora: y el cielo vele por los dos.

Enrique salió en el momento, volvió á cruzar los corredores, y llegó al aposento de don Juan. El Infante le hizo repetir una por una todas las palabras de la huérfana, y satisfecho hasta el estremo de la decision de su esposa mandó al jóven paje que fuese á la habita-

© Biblioteca Nacional de España

cion de Fortun para apresurar la partida.

Al bajar Enrique la escalera creyó percibir algunos pasos; pero no le permitieron las sombras distinguir á nadie, y los pasos se suspendieron. Cruzó el ancho patio del castillo y entró en la estancia de Fortun, cuya puerta se hallaba entornada.

—Mucha prisa tiene el señor paje, dijo el montero, segun apresura las horas; y si los pájaros no vuelan no será por falta de celo.

—Asi es la verdad, repuso Enrique; y cuando un corazon hidalgo se abre á otro corazon tambien noble, debe esperar afan continuo y la mas leal cooperacion...

—Habeis hablado por supuesto con el real tigre.

—Se confia á la lealtad del viejo lobo: y así que estén seguros los caballos, le esperareis en este sitio.

—¿Esas son sus órdenes?

© Biblioteca Nacional de España

—Si: pero malgastamos el tiempo, y es hora de obrar, si gustais.

—Me parece justa esa impaciencia. Tomad, señor paje, esas pieles y seguidme por esta puerta.

Alcanzó Fortun su vieja lámpara y precedió al paje por la puertecilla secreta que del aposento del montero comunicaba con la caballeriza del castillo. Enrique le siguió en silencio, y de esta manera llegaron al término de su viaje.

El caballo tordo de don Juan relinchó alegremente á la vista de su jóven amigo, y el paje se apresuró á envolverle las herraduras con esmero, mientras Fortun por otro lado ejecutaba la misma operacion con otros tres corceles mas.

Ejecutada que esta fue, les colocaron sus jaeces, y poniéndoles buenos frenos se apresuraron á sacarles con todo el silencio posible.

Llegado que hubieron al gran patio, lo atravesaron lentamente, y por un estre-

© Biblioteca Nacional de España

cho callejon consiguieron llegar al muro. Fortun comenzó á registrarlo, y habiendo encontrado la cerradura de un postigo estrecho que buscaba, sacó una llave de su cinto y lo abrió sin gran resistencia.

—Ya tenemos franco el camino, dijo el montero al jóven paje; y si fuese la noche tan buena como hasta aqui nuestra fortuna, no tendriamos que desear. Por lo demas la hermosa gacela triscará pronto en estos campos: y si se tiene bien á caballo, antes que sea la hora de caza, estaremos fuera de tiro.

—Cuando se espone, señor montero, todo cuanto hay de mas querido para conseguir un objeto, poco importa un poco granizo. La viva luz de los relámpagos nos mostrará mejor la senda, y el sordo mugir de los truenos confundirá nuestras pisadas.

—No os falta razon en vuestros cálculos; pero venis muy descubierto para una noche tan terrible. Tomad, señor pa-

© Biblioteca Nacional de España

je, mi sayo, y luego dareis gracias al lobo por haberos dado su piel.

—Agradezco vuestra cortesía, señor montero; pero la piel de un javalí, aunque jóven, no se remoja facilmente. El agua ha llegado hasta ella y no la pasa ¡vive Dios!

—Hablais como un viejo lebrel, y me gusta vuestra fiereza. Quitemos á nuestros caballos estas pieles que les estorban, y yo me volveré á mi cueva.

—Hágase como lo decís, señor montero; pues no seria gracioso lance que no os encontrase don Juan.

Fortun y el paje pusieron mano á su tarea, y en poco tiempo tuvo término.

—Nada tenemos ya que hacer, continuó el paje: marchad, viejo zorro, al corral, y no vengais sin las gallinas.

—Asi lo haré si tengo uñas con que agarrarme á las paredes y buen olfato para ventear pronto la caza.

—Señor montero, Dios os dé fortuna

© Biblioteca Nacional de España

en la caza, paz en la tierra y bienaventuranza en la gloria, si con lealtad favoreceis á la huérfana de Avendaño y al huérfano del Rey Alonso.

—Amen, dijo tercera vez Fortun; pero sus dientes rechinaron y se bañó en sudor su frente.

El montero tornó al castíllo, y el jóven paje quedó en el campo, por los relámpagos alumbrado, y azotado por el granizo.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO III.

La voce del mio cor per l'aria sento:
Ove mi porti temerario? china,
Che raro é senza duol troppo ardimento,
Non temer, rispond' io, l'alta ruina,
Fendi sucer le nubi, e muor contento
Se'il ciel si illustre morte ne destina.

LUIGI TANCILLO.

Es la media noche. La tempestad sigue en aumento, y el silbido de los huracanes perdiéndose entre las almenas, remeda roncas carcajadas, tristes ayes y mal apagados suspiros. El granizo crece en tamaño, y los vidrios rotos á su im-

© Biblioteca Nacional de España

pulso dejan penetrar un aire húmedo é impregnado de varios betunes. Cada trueno produce un rayo, cuya luz rojiza se confunde con la de la lámpara que alumbra el corredor próximo al aposento de la huérfana.

Dos sombras se han visto vagar, y perderse luego en un paraje mas oscuro.

Doña Inés ora en su aposento: Beatriz reza; y á cada trueno se santigua con gran terror.

Don Juan ha ceñido su daga, y cubierto con ancha capa atraviesa los corredores para llegar al de su esposa.

Todo el castillo está en silencio: no se percibe ningun paso, y al atravesar algun aposento se oye el ronquido del que duerme sin amores y sin afanes.

La imaginacion del Infante se dilata por el espacio: recorre risueñas praderas, y se retrata un porvenir lleno de ventura y de amor. Sacudida su escla-

© Biblioteca Nacional de España

vitud, como una losa sepulcral respira perfumado ambiente: y soñando con las batallas, se arranca la corona mural, para ofrecerla á doña Inés. El mundo todo se embellece, la naturaleza sonrie, y Dios mismo desde su trono bendice la union de dos almas.

Don Juan ve en el lucir de las centellas radiantes antorchas de himeneo: en el bramido del huracan las preces y los juramentos; y en la solemne voz del trueno las de sus padres, que confirman las del sacerdote que los une.

Lleno de tan dulces ideas llegó el Infante al corredor, que conducia hasta el aposento de la huérfana de Avendaño, y al ir á llamar á su puerta, vió interponerse uno embozado, que le atajaba su camino.

—Atras! dijo el Infante sin turbarse.

—Atras! repitió el Rey Don Pedro.

Al conocer la voz del Rey toda la sangre de don Juan se reconcentró en su

© Biblioteca Nacional de España

cabeza, y ahogada la voz por la ira no pudo replicar palabra. El Rey se aproximó mas al Infante, y descubriéndose el embozo le dijo con risa burlona:

—¿Me conoces? querido hermano.

—Muy bien te conozco, don Pedro.

—¿Y quieres, don Juan, confiarme lo que te conduce á este sitio?

—Si, hermano mio; nos hemos colocado en un punto en que fuera vano el secreto. Vengo á buscar á doña Inés, para coducirla á Aragon.

—¿Y por qué causa, querido hermano?

—Porque la huérfana del Comendador de Castilla y el huérfano del Rey Alonso, no deben vivir entre prisiones bajo el capricho de un tirano. Porque el Rey don Pedro ha visto á Inés y la ha requerido de amores. Porque eres capaz, hermano mio, de atentar al honor de doña Inés. Porque has mamado con la leche toda la liviandad de tu madre. Por todo lo que

© Biblioteca Nacional de España

acabas de oir, Rey Don Pedro, estoy decidido á llevármela, y mi decision ha de cumplirse.

Don Pedro se mordia los labios; pero manifestaba calma: y con una frialdad estraordinaria solo le respondió á su hermano:

—Al servicio del Rey conviene, que la huérfana del Comendador y el huérfano del Rey Alonso no salgan, Don Juan, del castillo, y permanecerán en sus muros. El Rey don Pedro ha sentido amor por la hermosísima doña Inés, y no la gozará otro amante. Porque he mamado con la leche toda la liviandad de mi madre, pondré á mis plantas el honor de la altiva Inés de Avendaño. Y cualquiera que sea tu decision, como no cumple á mi deseo que se realice, tendrás que desistir, hermano.

—Te has equivocado, don Pedro; vine decidido á cumplirla, y se cumplirá ¡vive Dios!

© Biblioteca Nacional de España

—¿No sabes, hermano, que soy Rey?

—De nada te sirve la corona. Todo el castillo está en silencio, y aqui solo estamos dos hombres, tan aislados como dos cadáveres en el frio seno de una tumba. Tu potestad y tus soldados no pueden venir en tu socorro, y al atravesarte en mi camino, me proporcionas la venganza.

—Don Juan.

—No hay remedio en la tierra. Aqui yo soy mas poderoso, y la sangre de don Fadrique pide á su hermano Juan venganza.

—Estás delirando? don Juan.

—No, don Pedro, añadió el Infante cogiendo la diestra del Rey y desenvainando su daga: esta daga fué del gran Maestre: esta daga traspasará tu corazon.

—Este ballestero es Garci Diaz; dijo el Monarca estendiendo su mano izquierda: y su maza fue la primera que hirió al bizarro don Fadrique.

© Biblioteca Nacional de España

La daga del Infante dirijida al pecho del Rey, rasgó los vestidos del Monarca; pero no logró penetrar por la menuda cota de malla que llevaba bajo sus ropas. La pesada maza del ballestero dividió el cráneo del Infante.

—Adios! Inés, dijo Don Juan.

¡Esposo mio! esclamó la huérfana apareciendo.

—Véngame! murmuró el Infante al mismo tiempo de espirar.

Los sesos de don Juan salpicaban el pavimento y su sangre habia enrojecido las vestiduras de su hermano.

Doña Inés, con los ojos fuera del cráneo, los brazos tendidos hácia el Infante y la respiracion afanosa, no derramaba una sola lágrima, ni articulaba una palabra. El Rey don Pedro habia retrocedido algunos pasos, mientras el ballestero de maza miraba impasible la última convulsion del muerto.

A pocos instantes apareció una dé-

© Biblioteca Nacional de España

bit luz en el estremo del corredor, y víno á aumentar aquel cuadro don Lope Perez de Hinestrosa.

—Señor, ¿qué habeis hecho? preguntó aterrado el alcaide.

—Vengarme, y apagar mis celos, respondió el Rey.

—Asesino! dijo doña Inés con voz afanosa y solemne; habeis roto cuantos lazos me unian á la tierra: habeis sido muy cruel, Rey don Pedro. La vida, á los diez y ocho años, es muy odiosa para mí. Arrancádmela por piedad.

—No morireis, hermosa Inés.

—Sí, dijo la huérfana con pasion. Si no condescendeis á mi ruego, mi labio os llamará siempre asesino, y mi maldicion os seguirá.

—Juro por mi corona, Inés, que no atentaré á vuestra vida.

—Reflexionadlo, Rey don Pedro. Ese muerto me ha encomendado su venganza, y yo la tomaré cumplida. No os con-

© Biblioteca Nacional de España

sidereis á cubierto guardándome entre las prisiones: lograré romper mis cadenas, y descorreré los cerrojos.

—Desde este instante quedais libre. Y juro á Dios y á su santa madre no aprisionaros en ningun caso, ni por ningun motivo, señora.

—¡Oh! don Pedro, don Pedro! os seguiré como una sombra.

—Y yo buscaré las ocasiones de desgarrar vuestro corazon.

—Nuestra batalla será terrible.

—Acepto el desafio, señora.

—Seré vuestra sombra, don Pedro.

—Y yo el verdugo de cuanto ameis.

—Don Pedro hizo una seña á Garcí, y ambos se alejaron al punto.

—Nada me queda ya en la tierra, dijo doña Inés abatida.

—Estoy aqui, replicó don Lope. Yo, doña Inés, que os idolatro.

—Callad, callad: es mi destino ser la sombra del Rey don Pedro.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO IV.

Un recuerdo de amor que nunca muere,
Y está en mi corazon; un lastimero,
Tierno gemido que en el alma hiere,
Eco suave de un amor primero:
¡Ay! de tu luz en tanto yo viviere
Quedará un rayo en mí, blanco lucero,
Que iluminaste, con tu luz querida,
La dorada mañana de mi vida.

ESPRONCEDA.

—Es en valde, don Lope, en valde. Mi resolucion está tomada, y todo el poder de los hombres se estrella contra mi valor.

Asi hablaba doña Inés de Avendaño al antiguo alcaide de Carmona. Mas co-

© Biblioteca Nacional de España

mo al finalizar la primera parte quedaron en aquel castillo, ante el cadáver de don Juan, que iluminaban los relámpagos, no será fuera de propósito participar á los lectores el año y sitio en que á la sazon nos hallamos.

Con mucha rapidez discurren las horas de nuestra existencia; y las arrugas se prolongan antes de contar nuestros años. Mas de seis habian transcurrido desde el veinte y cinco de octubre de mil trescientos cincuenta y nueve, dia de la muerte del Infante. Estamos á diez y seis de marzo de mil trescientos sesenta y seis y en la ciudad de Calahorra.

Triste es el aposento de la huérfana: vestido de negros tapices, mas bien parece un mausoleo que la morada de los vivos. Sitiales de brocado negro armonizan con los tapices, y sobre una mesa con tapete de la misma tela y de color rojo se percibe una rica daga, an e la cual arde una lámpara. Un bu-

© Biblioteca Nacional de España

cle de cabellos negros ocupa el centro de un gran relicario de oro; y estan enlazados á un hueso de la parte superior de un cráneo. En el relicario se lee: «cabellos del Infante don Juan, hijo del Rey Alfonso Onceno, asesinado por su hermano don Pedro, Primero de Castilla, en la fortaleza de Carmona el dia veinte y cinco de octubre de mil trescientos cincuenta y nueve. Estos cabellos serán enterrados con el cadáver del Rey don Pedro el dia que muera, como se lo predijo un piadosisimo sacerdote, bajo el puñal de don Enrique, que ha de sucederle en sus reinos.» Nada mas notable ofrecia el aposento de la huérfana.

Doña Inés habia variado mucho en el transcurso de seis años: sus mejillas mas descarnadas, tenian una palidez tan diáfana que se traslucian todas sus venas; y una pequeña mancha purpúrea en la parte superior del carrillo ha-

© Biblioteca Nacional de España

cia muy marcado contraste. Sus ojos, siempre negros, habian menguado su esplendor; pero mas abiertos y prominentes, tenian una inmovilidad siniestra, hija del dolor y la fiebre. Su nariz se habia prolongado, y sus lábios estaban secos, muy delgados y muy marchitos. ¿Continuaba siendo hermosa la huérfana? Para los amantes de las formas: para los admiradores de una tez con el terciopelo del albérchigo: para los que buscan una muger rebosando placer y vida, mucho habrá perdido la Avendaño. Para los que buscan en los ojos un espejo hermoso del alma; para los que consideran la vida muy larga, y muy fugaces los placeres: para los que estrechan una mano, y no contemplan su tersura, su carnosidad ni su color: para los que leen el pensamiento, y se estasían interpretándolo: mucho habia ganado doña Inés.

Aquel dolor tan permanente, aquel

© Biblioteca Nacional de España

vivir en su memoria, aquel amor tan homicida era mas hermoso mil veces que las Venus y las Madonas: y aquella flor sin colorido, sin perfumes, y sin frescura, mas interesante y mas bella, que la rosa de los jardines, que la amapola de los prados.

Para gozar en el dolor es necesario haber sufrido hasta calcinar las entrañas; pero estos goces de amargura son sublimes, porque envanecen, y deliciosos, porque aniquilan.

Cerca, muy cerca de la huérfana, estaba don Lope, que habia envejecido en los seis años de una manera sorprendente. Sus cabellos habian mermado de tal modo, que apenas se contaban algunos sobre las sienes y en la parte inferior de su cabeza. Anchas y profundas arrugas atravesaban orizontalmente su frente calva, y habia tomado su tez pálida el amarillo sucio de un mal guardado pergamino.

© Biblioteca Nacional de España

Puesto de hinojos ante doña Inés, la repetia por la vez milésima su plegaria, siempre la misma, pero mas triste cada hora.

—Tened, señora, compasion. Mis ojos no tienen ya lágrimas, y brotan sangre sus pupilas: mi lengua solo sabe rogar, y mi pensamiento constante me ha puesto loco, doña Inés. Siete años hace que yo os ví. Estábais fresca, como las clavelinas, y fragante, como la azucena: os adoré y supe callar: hoy estais mustia y deshojada: os idolatro y lo confieso. Amábais á un bizarro Infante....

—Le amaba entonces como á un hombre, hoy le venero como á un mártir.

—Yo veia crecer vuestro cariño, tenia horribles celos y callaba. Cuando me pidió vuestra mano se desvaneció mi cabeza: mi corazon se hizo pedazos y con todo callé, señora. Vino el Monarca de Castilla.

© Biblioteca Nacional de España

—Maldecid su nombre, don Lope.

—Si, le maldigo; porque os ama. Llegó el Monarca de Castilla, me dió como nueva indiferente la muerte de mi hermano Juan, y mi rostro quedó tranquilo: mas cuando me dijo que os amaba, apreté dos veces la daga para traspasarle el corazon.

—Si lo hubierais hecho, Hinestrosa, el Infante don Juan viviria, y seriamos los dos felices.

—En brazos de don Juan, señora, no lo hubiera permitido nunca. No atenté á la vida del Infante, porque me creia bastante fuerte para impedirle vuestra union: quise asesinar al Monarca, porque mi poder ante el suyo era una arista que se opone al vendaval que se la lleva. Piedad! señora, de un anciano que llora como un tierno niño.

—¿Recordais, señor de Hinestrosa, el dia veinte y cinco de octubre de mil trescientos cincuenta y nueve?

© Biblioteca Nacional de España

Don Lope bajó la cabeza, y no replicó una palabra.

—Habitábamos el castillo de Carmona: era la caida de la tarde: yo estaba pensando en don Juan. Sentí pasos en mi aposento, érais vos. Me dijísteis que el Rey don Pedro deseaba tener una entrevista con la huérfana de Avendaño: yo me postré ante mi tutor, como vos lo estais ante mi.

—Callad por piedad, doña Inés.

—Yo me postré ante mi tutor, y le dije con triste llanto: «Todo lo conoceis, señor: no puede seros un misterio mi situacion hácia el Monarca, y debeis ampararme en ella. Sois un caballero, don Lope: estais ejerciendo en la tierra sobre la huérfana de Avendaño, la misma mision que mis padres en la morada de los justos. Sois mi protector por la ley, y teneis sagrados deberes. Una huérfana desgraciada implora proteccion de un noble, y debe esperarla

© Biblioteca Nacional de España

cumplida. Una muger suplica á un hombre, y no debe quedar burlada. Por lo que mas ameis en el mundo, escusadme el crudo tormento de hablar al cruel don Pedro de Castilla.» ¿Qué me respondisteis, don Lope?

Don Lope bajó mas su cabeza. La huérfana continuó con una energía estraordinaria.

—Me respondisteis, bien me acuerdo, y no equivocaré una sílaba: «¡Mi proteccion contra don Pedro! Si quiero oponerle palabras, me mandará cortar la lengua: si atravieso mi cuerpo en los umbrales, pasará pisando mi cuerpo: si mi cabeza le incomoda, la estrellará contra los muros. ¡Mi proteccion contra don Pedro! ¿Qué soy yo, miserable arbusto, contra el huracan que rebrama?» Esto me respondisteis, don Lope, el dia veinte y cinco de octubre de mil trescientos cincuenta y nueve: atended bien lo que os respondo á diez y seis

© Biblioteca Nacional de España

de marzo de mil trescientos sesenta y seis. Mi amor ha sido del Infante, y jamás tendré otros amores. Si fuera á pronunciar mi lengua dulces protestas de cariño, saldria una voz de los sepulcros para apellidarme perjura: si fuera á estrechar con mi diestra otra diestra al pie del altar, se levantaria un esqueleto para desunirlas al punto. Mi amor ha sido del Infante y jamás tendré otros amores.

La voz de doña Inés vibraba como una campana de bronce: Hinestrosa siempre arrodillado no osaba mirar á la huérfana.

Pasados algunos instantes recobró fuerzas el alcaide, y con voz compasada y triste habló á su pupila, temblando.

—¿Habeis agotado ya, señora, toda la amargura de los recuerdos contra el desgraciado Hinestrosa? Habeis hecho penetrar en mi alma hasta el pomo la aguda espada del dolor, y teñido mi rostro pálido con el carmin de la vergüenza?

© Biblioteca Nacional de España

Cuando me pedias proteccion contra el Monarca de Castilla, ardia mi sangre como lava, y me mesaba los cabellos de desesperacion y rabia. ¿Sabeis, señora, si don Lope se hubiera atrevido á decir al Rey que penetrase en vuestra estancia? Ciertamente no. Yo dí motivo á sus sospechas: yo fuí á buscar al Infante en la triste noche de su muerte, para que se propusiera alentar las esperanzas de don Pedro, y conjurase la tormenta que sobre su frente tronaba. ¿Por qué busqué yo al Infante? ¿Por que vislumbraba su suerte? No, doña Inés. Vuestro tutor habia asistido á una cena muy borrascosa, pero no sabia una palabra de los proyectos del Monarca, ni de la proximidad de la fuga: me habian vendido como á don Juan. Fuí á proponerle aquel medio de calmar la cólera del Rey, para que degradándose á vuestros ojos, no hubiera una persona en el mundo que poseyese á doña Inés.

© Biblioteca Nacional de España

—Pero como el Infante era noble, como su corazon altivo no se parecia en nada al vuestro, desechó la infame propuesta, y pereció como valiente. Cada instante apareceis, don Lope, mas miserable, mas pequeño: y la hermosa sombra de don Juan crece á mis ojos cada dia. Vedla como toca el azul del cielo y el sol le sirve de aureola.

Al pronunciar estas palabras, tendia su mano doña Inés, y sus ojos desencajados querian buscar en el espacio la sombra ilustre que le retrataba su mente. El alcaide, siempre de rodillas, tendia sus manos hácia la huérfana, y proseguia con sus plegarias.

—¿Pero no es posible, doña Inés, que olvideis, por un solo instante, la memoria amarga de aquel dia?

—No; no es posible que yo la olvide. Fue el dia grande de mi existencia.

—Y en los seis años que han pasado, ¿no me habeis visto siempre sumiso,

© Biblioteca Nacional de España

suplicando de dia en vuestra estancia, y velando de noche á su puerta?

—Habeis llenado cumplidamente vuestro cargo de carcelero. No necesita la muger un hombre sumiso, ó lo que dá lo mismo, débil, que llore y se tuerza los miembros: necesita un corazon fuerte, que la haga respetar, y que la proteja.

—Yo he adivinado vuestros deseos, yo os he seguido, como un esclavo, por las ciudades de Castilla: yo he perdido mi razon, señora. ¿No merece lástima un anciano, cuya cabeza era de bronce: y cuyo corazon de hielo, que hoy tiene débil la primera y volcanizado el segundo? ¿No merece compasion un hombre, que durante cincuenta años no habia conocido otro amor, que el de las letras y las armas, y hoy suspira como un mancebo: y hoy gime, como una viuda?

—¿Y no merece fidelidad la memoria del noble mártir? Mi amor le condujo á la tumba, y....

© Biblioteca Nacional de España

—Vuestro amor me llevará á ella.

—Todavia estais vivo, don Lope.

—El muerto no sufre, señora: el vivo padece un infierno.

—El muerto nos vé desde allí. Y doña Inés señaló el cielo.

Un gran repique de campanas vino á interrumpir de improviso las eternas súplicas del alcaide y los desdeños de la hermosa. Ambos á dos se levantaron; pero manifestaban la sorpresa de dos maneras muy distintas. Sobre la frente de doña Inés brilló una ráfaga de alegria, y se oscureció la del alcaide con nuevas sombras de tristeza. Por un movimiento simultáneo se precipitaron á una ventana, ansiosos ambos de saber, qué motivaba aquel repique, y la repentina animacion de la ciudad de Calahorra.

Las ventanas del aposento daban á una calle bastante ancha, y la mas principal del pueblo. Tenia en ella su palacio el obispo, que lo era á la sazon un don Fer-

© Biblioteca Nacional de España

nando, segun el cronista Lopez Ayala, y habia varios edificios de los mas ricos y notables. Un gentío inmenso discurria con precipitacion y gozo, estaban colgadas las casas, y no cesaban los repiques.

Por cada ventana asomaban una multitud de cabezas, especie de mosáico viviente, en que se mezclaban los colores, las hermosuras y las edades. Gritaban los chicos por ver; las jóvenes bellas por ser vistas, y las abuelas y las tias por ocupar comodamente el antepecho, que ofrecia un punto de apoyo mas firme que los respaldos de las sillas y las espaldas de las nietas.

Una infinidad de muchachos, mal vestidos y revoltosos, gritaban con toda la fuerza de sus dilatados pulmones un «¡viva»!! siempre mas sonoro; pero que no podia calcularse á quién festejaban con él.

—¿Entrará don Pedro en Calahorra, dijo el alcaide estremeciéndose; segun

© Biblioteca Nacional de España

la bulla y algazara con que se agita todo el pueblo?

—Tambien pudiera ser, respondió la huérfana, que en vez de don Pedro el fratricida, entrase don Enrique su hermano.

—Eso es imposible, señora; el Rey don Pedro estaba en Burgos.

—Y en Zaragoza don Enrique.

—Si fuera el Infante vendria con las banderas desplegadas, y con aparato de guerra: no le permitiria Fernan Sanchez penetrar en este recinto: ni los vasallos de don Pedro le recibirian aclamándole.

—Grueso ejército trae don Enrique, y á la vista de los soldados muchos juramentos se rompen, y cambian muchos de señor.

—El pleito homenaje rendido ante el Monarca castellano, guardarán los de Calahorra.

—No ha cumplido siempre don Pedro, ni la fé de los juramentos, ni la santidad

© Biblioteca Nacional de España

de los tratados. Vino á visitarle un Rey moro, y le asesinó bajamente, para robarle ricas joyas. Como....

«Ya estan entrando, ya están entrando!» gritó una turba de muchachos, batiendo las palmas con júbilo.

Las gentes de los miradores se empinaron cuanto pudieron, y alargando sus cuellos todo lo que daban de si, pretendian adelantarse un segundo el espectáculo deseado.

No fue muy larga su impaciencia: por el estremo de la calle, y en direccion opuesta al palacio del obispo de Calahorra, apareció una cabalgada sobre palafrenes fogosos y con ricas armas de guerra. Fué adelantándose lentamente: mas entre tantos ojos fijos, podian distingnirse sin esfuerzo, por su atencion mas obstinada, los de la huérfana y de don Lope.

—Los colores de Trastamara! esclamó Hinestrosa de improviso.

© Biblioteca Nacional de España

—¡Viva el Infante don Enrique! gritó doña Inés con voz metálica.

«¡Viva el Infante don Enrique!» repitieron los chicos en coro, batiendo las palmas como antes.

La comitiva habia llegado bajo la ventana de la huérfana; y asi doña Inés como Hinestrosa, pudieron contar las personas, y reconocer los semblantes.

Marchaba el primero don Enrique sobre los lomos de un buen tordo, que conocen ya los lectores, por haberlo visto en Carmona. Venia el Infante bien armado y levantada la visera. Seguiale de cerca Beltran Güesclin, capitan esperimentado y general de sus ejércitos.

Se distinguian á pocos pasos el conde de la Marcha, del linage del Rey de Francia: Bernal, bastardo de Bearne: Hugo de Carbolay: Mossen Juan de Ebreus: el conde de Denia: don Felipe de Castro: don Juan Martinez de Luna y otro gran número de caballeros franceses, ingleses,

© Biblioteca Nacional de España

aragoneses y castellanos. El obispo y Fernan Sanchez de Tobar aumentaban la comitiva, queriendo ganar los favores de aquel astro que aparecia, con abandonar el partido del sol de Castilla eclipsado.

No es necesario recordar, que los víctores continuaron, los cuellos fueron dando de sí y magullándose las espaldas de unas humanidades y otras que se desplomaban sobre ellas.

Tambien sería bastante prolijo ir enumerando las conquistas, que aquellos caballeros andantes fueron haciendo en las doncellas de la ciudad de Calahorra: debiendo añadir, en obsequio de las costumbres de la época, que los pechos de las casadas, asegurados ya de incendios, permanecieron insensibles á la marcialidad de los señores, y á la donosura de sus pajes. Cosa que atestiguan los cronistas, pero que sujetan á discusion algunas damas de estos tiempos, que quieren des-

© Biblioteca Nacional de España

pojar la historia de inverosimiles consejas.

Fué pasando la comitiva, sin que llamase la atencion de la huérfana ni caballero ni escudero, cuando divisó un lindo paje, con los colores de don Enrique, y cabalgando sobre un morcillo de nueve palmos, si no miente el historiador á quien copio.

Fija la mirada del paje en la huérfana de Avendaño, parecia combinar recuerdos, y caminaba á paso lento. Llegado que hubo ante la puerta de la casa de doña Inés, paró de repente el caballo y echándose el yelmo hácia atras, para mirar con mas anchura, se quedó inmóvil, contemplando á la pupila de Hinestrosa.

Fija le contempló la huérfana: mas inspirada de repente «¡Enrique!» esclamó con voz firme.

« ¡Doña Inés!» la replicó el paje. Y abandonando su caballo en manos del

© Biblioteca Nacional de España

primer soldado, que la casualidad le ofreció, subió de dos en dos los escalones con gran júbilo, hasta el aposento de la huérfana.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO V.

¡Cuán fugaces, cuán fugaces
Son las horas de la vida,
Y qué presto en nuestras almas
El pesar su hiel destila!

MANUEL CAÑETE.

Entró el paje en el aposento, y saludando militarmente á la huérfana de Avendaño, echó una mirada severa sobre el alcaide de Carmona.

No era ya nuestro amigo Enrique aquel muchacho jugueton que conocimos en otro

© Biblioteca Nacional de España

tiempo: su tez se habia tostado mucho por el sol de los campamentos, y una barba parda y espesa cubria su rostro varonil. Su estatura de cinco pies y medio era esbelta y proporcionada, adunando cierta elegancia de soldado con la robustez y la fuerza. Venia completamente armado, y marchaba con arrogancia

De cuantas personas habitaban en el castillo de Carmona, solo Enrique habia adelantado en belleza: privilegio de los pocos años en el hombre: pues mientras la muger, rosa cándida en su mañana, marchita los sutiles pétalos en la tarde, y se deshoja en una noche, el hombre, arbusto de las sierras, tiende sus ramas mas robustas en el curso de algunos años, y roble altivo se levanta cuando la rosa ya no vive.

Dos años mas tenia la huérfana que el jóven paje: pero con todo ¡qué distintos! Es verdad que sobre la frente de la hermosa no habia posado todavia la ma-

© Biblioteca Nacional de España

no lenta de los años su sello glacial y destructor; pero otra mano muy poderosa, otra mano que despedaza, mientras la del tiempo consume, habia descarnado sus mejillas, y quitado luz á sus ojos: la mano sangrienta del dolor.

El semblante de doña Inés se animó á la vista del paje, con aquella dolorosa alegria que generalmente sentimos al encontrar un perdido amigo, partícipe de nuestras penas y testigo de la catástrofe. El paje fijó su mirada en el rostro de la señora, y cruzando con dolor sus manos, esclamó con triste sonrisa:

—¡Qué mudada os hallo, señora!

—He padecido mucho. Enrique!

—¿Quién os ha hecho sufrir? señora; preguntó el paje lanzando una mirada de fuego al alcaide.

Doña Inés colocó la mano sobre su corazon, y dijo.

—Enrique, aqui está mi tormento

© Biblioteca Nacional de España

Despues la levantó, y señalando con sublime resignacion el cielo, añadió en voz baja y dulce:

—Mi esperanza está allí.

Todos quedaron en silencio. Hay algunas horas solemnes, en las que perdemos los sentidos; y desprendiéndonos del mundo que tocamos y nos rodea, vuela el alma por cien mundos nuevos, que ella se traza y que ella puebla habitados por los objetos que diviniza nuestro amor. En estas horas encontramos nuevas potencias en el alma: la memoria no es lo pasado: es un presente que renace. Lo abarca todo el entendimiento: sube con Leinizt á los cielos, y con Newton baja á los mares. La voluntad no tiene limites; y omnipotente como Dios realiza todos sus deseos, crea los objetos que no existen.

Muchas veces en nuestra vida hemos disfrutado estas horas de sonambulismo y delirio. Producidas por el

© Biblioteca Nacional de España

placer, hemos llegado con Virgilio á los perfumados Eliseos, y allí han repetido los ecos de sus montañas de diamante el nombre de la bien amada. Producidas por el dolor hemos recorrido con el Dante las profundas cavernas del Tártaro y leido sobre su puerta de metal, en rojos caractéres de fuego, estas formidables palabras. «LASCIATE OGNI SPERANZA VOI CHE 'NTRATE.

¿Qué esperanza podia conservar Hinestrosa á los cincuenta y siete años de edad? ¿Qué esperanza podia conservar doña Inés á los seis de haberla perdido? Ninguna. No cabe esperanza en un anciano: todo es pasado para él: tiene un instante de presente, pero le falta porvenir. Toda la esperanza de una muger está cifrada en un amor: el amor muere, y tambien muere la esperanza. Entre dos esperanzas muertas estaba rica y poderosa la esperanza del jóven paje. El hombre á los veinte y dos años cree,

© Biblioteca Nacional de España

ama, busca la gloria y ambiciona: mas adelante, se cansa y duda.

—Qué mudada os hallo, señora: repitió el paje amargamente.

—Han trascurrido ya seis años, Enrique: y las hojas del corazon no serenuevan como las de las plantas fecundas. Tú tambien estás muy mudado: y solo nos diferenciamos, Enrique, en que tú has ganado mis pérdidas.

—Mucho desearia, doña Inés, poder volveros mis ganancias, y perder para que ganáseis. Habeis sido mejor amante que yo servidor; bien lo veo.

—El amor debe matar, Enrique: el agradecimiento y el cariño conservar eterna memoria, y tomar venganza tambien.

—Yo la tomaré muy cumplida. ¿Pero se ha justificado el alcaide de complicidad con el Rey? Habeis demostrado, don Lope, que no tuvísteis ninguna parte en el asesinato de don Juan?

© Biblioteca Nacional de España

—Lo he repetido veinte veces: dijo el alcaide sonrojándose: lo he repetido veinte veces; y un caballero nunca miente.

El paje miró á doña Inés, como esperando confirmase la aseveracion del alcaide, hasta que al fin dijo la huérfana:

—No tuvo ninguna parte, Enrique: el tirano desconfió de él y compró á Fortun el secreto.

—¡Oh! dijo el paje con despecho, si consigo haberlo á las manos, yo lo alargaré las orejas, hasta que le sirvan de abarcas. Una sola vez he vuelto á verle y no le pude haber á tiro. Tengo en la memoria aquel dia para no olvidarlo jamás.

—¿Dónde lo encontraste?

—Señora, estábamos en Calatayud: el Rey don Pedro la apretaba; pero nosotros como rocas: es decir, como aragoneses. Se malograron los socorros y los vecinos inflexibles. Llegó el veinte y nue-

© Biblioteca Nacional de España

ve de agosto de mil trescientos sesenta y dos: el hambre se sentia de firme, y á pesar de mi oposicion, de mi dolor y de mi rabia no hicieron caso de un mancebo, y abrieron las puertas al Rey. Los vecinos capitularon, yo puse espuelas á mi morcillo, y vine á dar noticia al conde. En el momento de salir descubrí á Fortun, pero lejos: no pude hacerle... ni un saludo.

—¿Has batallado mucho, Enrique?

—Medianamente, por lo menos; y hasta ahora con una fortuna que da gusto. En la fortaleza de Ariza recibí muy sendas lanzadas, y me abandonaron por muerto. Apenas medio restablecido el sítio de Calatayud, despues en Tarazona y en Murviedro: siempre resistiendo á don Pedro y siempre don Pedro triunfante. Marcha el conde á Francia, le sigo. Alli me apuran la paciencia con su diabólica algaravia. Si les pido pan, se hacen sordos: si agua reclamo, me dan vino. ¡Mal-

© Biblioteca Nacional de España

diga Dios al que no habla en castellano como yo!

La huérfana se sonrió, al considerar el disgusto con que el paje se producia, y Enrique continuó como antes.

—Nuestro general Beltran Güesclin es un militar de provecho, muy arrojado en los combates, y muy bondadoso en los reales; pero con su acento breton es capaz de romper el tímpano á un anacoreta de bronce. Por fin dimos la vuelta á España con tres mil lanzas de refresco: esta mercancia de la Francia no agradó mucho al castellano, ni á su amigote el de Navarra. Abrense las negociaciones, embajadas por una parte, propuestas de paz por la otra: proposiciones solapadas; enredos que el diablo enmaraña: ¡Oh! en las contiendas de los reyes, lo mas honroso y mas seguro es cuchillada que cante el credo. ¿Qué resultó de estos mensajes? convenirse los tres monarcas en asesinar á don Enrique.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Es posible? preguntó Hinestrosa.

—¿Es posible? repitió la huérfana.

—Es mas que posible: es seguro. Concertaron el Aragonés y el Navarro, verse en el castillo de Uncastel con el Infante don Enrique: acostumbrado mi señor á las continuas asechanzas que por todas partes le tienden, y escarmentado con la muerte dada al buen Infante don Fernando, no quiso acudir al castillo hasta que tuviese un alcaide de firme corazon y palabra. Nombraron por fin á Juan Ramirez de Arellano; y el Infante se allanó á las vistas: yo le seguí, como su paje. Apenas dentro del castillo, proponen al noble Ramirez asesinar á don Enrique: él lo desecha con horror. Es Arellano todo un hombre.

—Pocos hombres cuenta Castilla, dijo la huérfana, como el alcaide de Uncastel. Mas no podia la providencia permitir que acabasen con don Enrique. Será el con-

© Biblioteca Nacional de España

de de Trastamara la justicia de Dios en la tierra sobre el Monarca de Castilla.

—Apretado el Rey de Aragon, continuó el paje por las huestes del Castellano, hizo recurso á Beltran Güesclin y á otros caballeros franceses, para que viniesen con sus compañias de aventureros á servirle contra Castilla. Unió don Enrique sus instancias, el Rey de Francia y el Pontifice sus escudos: y como conocian al conde y el Rey de Aragon daba oro, y prometia estados y honores, todo se arregló brevemente. Llegan el primero de enero á la ciudad de Barcelona: se les recibe con aparato, y se les dan regios banquetes. Descansan un poco: vinimos de alli á Zaragoza, y sin encontrar enemigos entramos en Calahorra, como acabais de presenciar. He contado como militar viejo mis trabajos y mis campañas: perdonadme lo largo de ellas, y concededme ya el permiso de ir á buscar á mi señor.

© Biblioteca Nacional de España

—¿En dónde se aloja el Infante?

—En el palacio del obispo

—Me acompañarás á él? Enrique.

—Con toda mi alma.

—Doña Inés, dijo el alcaide de Carmona, que habia permanecido entregado á meditaciones amargas: ¿para qué quereis presentaros ante esa numerosa córte que rodeará al Infante ahora?

—Necesito hablarle, don Lope.

—Me atreveria á rogar de nuevo que renunciáseis á esa entrevista.

—Quereis dejarla obrar? señor, repuso el paje con enfado.

—Estoy decidida, don Lope. Ocupada siempre mi alma con unos mismos pensamientos, medita bien en sus ideas. Mis determinaciones son lentas; pero tambien irrevocables.

—Si me lo permitis, señora, os acompañaré hasta ese palacio.

—No es necesario; no, don Lope. La autoridad del Rey don Pedro ha terminado

© Biblioteca Nacional de España

en Calahorra: esta casa no es mi prision, ni vos mi tutor, Hinestrosa. Soy libre como el pensamiento.

—Y si quiere oponerse alguno, yo me encargaré....

—Abusas paje: dijo con dignidad don Lope. Tengo tus años por tres veces, y debes respetarme, Enrique.

La reconvencion era justa, y el modo de hacerla imponente. Enrique se ruborizó, bajó los ojos con vergüenza, y tomando una mano á don Lope, le dijo sin alzar la vista:

—He hablado muy descortesmente á un caballero como vos: buscad la disculpa en mis años, y en mis amarguras, don Lope. Confieso la falta, señor, y os pido que me perdoneis.

Dos gruesas lágrimas asomaron á los párpados rojos y secos del buen alcaide de Carmona: su corazon se dilató, y se desarrugó su frente.

—Me has hecho mucho bien, Enrique:

© Biblioteca Nacional de España

eres generoso y honrado. Tú podias haber añadido á la grave ofensa la burla, porque mis manos tiemblan ya, y mal sostienen una espada. Has preferido satisfacerme: has conocido mi razon, y has postrado ante ella, buen paje, tu orgullo herido humildemente. El cielo te proteja, Enrique, y nos perdone, como yo perdono tu ofensa, mi amigo.

—Amen, replicó el paje solamente.

—Podeis salir cuando gusteis, señora mia, dijo á la huérfana don Lope.

—¿Me dais permiso para ello? replicó Inés, arrepentida del modo duro y humillante, con que le habia tratado hasta entonces.

—Sois libre, como lo habeis dicho. El poder del Rey acabó y mi tutoria por lo tanto. Solo continuan, doña Inés, mi esclavitud, y mis tormentos.

El alcaide salió de la estancia: doña Inés se puso su manto; y apoyada en el brazo de Enrique, se encaminó rápida-

© Biblioteca Nacional de España

mente hácia el palacio del obispo. El alcaide al verla salir, tras una espesa celosia, no pudo menos de esclamar:

¡Tambien el angel de la muerte aparece hermoso en Inés!

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO VI.

Io son Clorinda, disse; hai forse intesa
Talor nomarmi, é qui, signor, ne vegno
Per ritrovarmi teco á la difesa
Della fede comune, è del tuo regno.
Son pronta, impone pure, ad ogni impresa:
L' alte non temo, e l' umile non sdegno.
Vogliani in campo aperto oppur tra 'l chiuso
Delle mura impiegar, nulla rîuso.

TASSO. GERUSALEMME 2.° CANTO.»

La comitiva del Infante llegó al palacio del obispo, y descabalgaron los señores mas principales del ejército. El pueblo repitió sus vivas; los pajes marcha-

© Biblioteca Nacional de España

ron á ocupar sus alojamientos; y don Enrique de Trastamara, Beltran Güesclin, Hugo de Carbolay, el conde de la Marcha, Bernal de Bearne, Mosen Juan de Ebreus, el conde de Denia, don Felipe de Castro, don Juan Martinez de Luna, el obispo de Calahorra, Fernan Sanchez de Tobar, y algunos que otros cabos penetraron en el palacio.

Conducidos por el obispo, fueron á ocupar sus asientos en el salon capitular. Presidia, como era de razon, el Infante: estaba á su derecha el prelado, representante de la Iglesia en un siglo en que era mirada con respeto, y á su izquierda Beltran Güesclin, como general de la hueste. Ocupaban los demas cabos sus asientos, en proporcion á su importancia: siendo los últimos á sentarse los aragoneses y castellanos, que como de la propia casa quisieron hacer los honores con grande fineza á sus huéspedes.

Acomodados los señores, llegó la oca-

© Biblioteca Nacional de España

sion de esplicarse sobre el motivo de a junta: y Beltran Güesclin que reunia á la esperiencia de la guerra una elocuencia varonil, tomó la palabra el primero, y se espresó de esta manera:

«Señores, antes de manifestar al consejo los fundamentos de mi opinion, quisiera oir la del venerable prelado, y la de Fernan Sanchez de Tobar. El obispo por su carácter debe tener la primacia; y ambos como mas al corriente de cuanto sucede en Castilla, pueden ilustrarnos mejor.»

Calló Beltran, y la asamblea se unió unánime á su deseo.

«Agradezco, dijo el obispo, la caballerosidad é hidalguía con que ha querido Mosen Beltran, hacer respetar en mi persona los privilejios de la Iglesia. No diré yo que soy estraño al ejercicio de las armas. La cruda lucha que sostenemos, desde principios del siglo octavo, con los sectarios de Mahoma, ha hecho un

© Biblioteca Nacional de España

capitan de cada obispo. Nos quitamos el pectoral para ceñirnos la coraza; y dejamos cien y cien veces el báculo de los pastores por la tizona de un soldado. Llamados por el evangelio á combatir contra el Coran, somos apóstoles y paladines de una religion y de una Iglesia: pero fuera de esta guerra santa, no debemos blandir el acero en nuestras guerras intestinas, ni derramar sangre cristiana, con unas manos que bendicen y á las que baja el sacramento. Yo formaré votos como hombre: yo rogaré á Dios como sacerdote y cristiano, para que triunfe la buena causa, pero no vestiré la cota ni predicaré el esterminio. No espereis mi opinion, señores; y el espiritu de Dios brille en las de varones tan altos.»

Estas palabras llenas de uncion, estas máximas evangélicas, fueron escuchadas en silencio; y los guerreros mas fogosos rindieron un justo homenaje á la piedad santa del Prelado. Don Enrique le apretó

© Biblioteca Nacional de España

á diestra con las lágrimas en los ojos: y hubo una pausa religiosa hasta que de nuevo Güesclin invitó á Sanchez de Tobar á que su opinion emitiese.

«Pocas palabras, dijo Sanchez, tengo que decir al consejo: y aun pudieran quedar calladas. El Rey don Pedro de Castilla puso á mi cuidado esta plaza de Calahorra: si el Rey don Pedro de Castilla me hubiera enviado algun socorro, ó no hubieran sido tan flacas las murallas que la rodean, antes de pisar este sitio, hubierais probado, señores, las puntas de nuestras ballestas, y la lealtad de un castellano.

Un murmullo de aprobacion respondió al valiente soldado: y los sentimientos honrosos que hicieron brillar sus palabras, fueron acojidos de todos, y todos los interpretaron.

Siguieron varios capitanes al alcaide de Calahorra, y muy encontrados pareceres dejaban ver en sus discursos.

© Biblioteca Nacional de España

Los unos decian que era bien ir luego á Burgos, como á cabeza de Castilla: otros fueron de parecer, que el conde don Enrique tomase título de Rey, para que, perdida del todo la esperanza de reconciliacion con su hermano, con mayor ánimo y constancia se hiciese la guerra, y para meter á todos en la culpa y empeñallos (1).

Debatidas las opiniones volvió á levantarse Güesclin, y reclamando la atencion, dijo con voz firme y sonora:

«Antes de venir á Castilla era ocasion de discutir el partido mas conveniente: una vez pisada la tierra, solo nos toca pelear. Toda la flor de la Alemania, de Inglaterra y de la Francia: toda la de Aragon y de Castilla, está á la sazon en nuestra hueste: ¿quién dudará de la victoria? La primer ciudad á que llegamos

(1) Mariana. Historia de España

© Biblioteca Nacional de España

nos recibieron con alborozo, y otras ciudades y otras mas seguirán, señores, su ejemplo. ¿Qué fuerzas opondrá don Pedro á nuestros valientes paladines, á nuestros doce mil caballos, y á nuestros treinta mil peones? Lo mas granado de Castilla está militando con nosotros: sus amigos han perecido bajo el hacha de sus verdugos; sus soldados serán bisoños, y los pueblos romperán con gusto el duro cetro que los rige, y los judios que los esquilman. ¿Está nuestro enemigo en Burgos? Marchemos al punto á su encuentro. ¿Falta en Castilla un soberano? Ceñid, don Enrique, la corona: y con el cetro y con la espada, regid en justicia á vuestros pueblos, y esterminad á los malvados.»

Un aplauso acabó el discurso del valiente capitan breton. Todos se llegaron al Infante, y todos le pedian á la vez que se ciñese la corona, y que marchase sobre Burgos

© Biblioteca Nacional de España

Trabajo le costó á don Enrique restablecer algo el silencio, para que escuchasen sus palabras, y antes de poderlo conseguir, hubo de escuchar estas pocas del jóven Bernal de Bearne.

«Todo cuanto puede decirse, lo ha presentado Beltran Güesclín, como yo no pudiera hacerlo; pero permitidme, señor, que añada muy breves razones. El hijo mayor de don Alonso tiene que vengar á su madre, á sus hermanos y á sus deudos.»

Al terminar Bernal su discurso, uno de los tapices que cubrian los muros de aquella gran sala se agitó imperceptiblemente: el auditorio guardó silencio y enjugó sus ojos don Enrique.

Muy doloroso era para el conde el recuerdo de tanto agravio, y no debia despreciar un modo de tomar cumplida venganza; asi lo esperaban los caballeros: y asi parecia natural en la irritacion de su ánimo. El Infante meditó lar-

© Biblioteca Nacional de España

go rato: y dirigiéndose á los varones le arengó de esta manera:

«Quiza debiera yo callarme, mis nobles y valientes amigos, y dejar á vuestro cuidado la prosecucion de un negocio, que con buenos auspicios comienza y que no tendrá malos fines. Hemos escuchado á un obispo hablar con santa mansedumbre: á un castellano con lealtad: á Beltran Güesclin con arrogancia: á todos vosotros con valor. Yo que, soy aqui, mis amigos, tan interesado en la demanda, quiero discurrir con prudencia. He combatido á vuestro lado en distintas épocas y naciones: no me tachareis de cobarde: anhelo medirme con don Pedro, y sería para mi muy grato venir á las manos con él. Pero si marchamos sobre Burgos, nos será hacedero tomarla? mucho temo que no suceda. Burgos es una ciudad fuerte: don Pedro, que está en su recinto, podrá reunir en breves dias un buen núme-

© Biblioteca Nacional de España

ro de soldados; y los burgaleses altivos no mirarán con buenos ojos al que los entre por asalto. El levantar una barrera entre mi persona y don Pedro no me impediria ciertamente apellidarme Rey de Castilla: mas no me place que los pueblos puedan ver en mi espedicion, mas que el procomunal del reino, el interés de un solo hombre. Los castellanos se dan reyes, mas no los reciben por fuerza. Yo no pienso disfrazar aqui una ambicion bastante noble; el que desprecia una corona está falto de corazon, y el mio late con arrogancia. La ceñiré, si Dios lo quiere y me la presenta Castilla; pero no quiero adelantarme á la providencia y á los pueblos. Mucha sangre se ha derramado de mis amigos y mis deudos: yo estoy decidido á vengarla...

—Si, don Enrique: oye la voz de tu sangre que te lo manda, dijo una muger apareciendo.

© Biblioteca Nacional de España

—¡Oh sombra querida de mi madre! esclamó el Infante abrazándola.

—No soy la sombra de tu madre: yo soy la sombra de don Pedro: soy Inés Sanchez de Avendaño.

Era tan semejante doña Inés á doña Leonor de Guzman, y su estremada palidez la daba un carácter de aparecida tal, que al comtemplarla don Enrique creyó ver á su madre, saliendo de los mármoles del sepulcro, para pedirle la vengase, y se precipitó en sus brazos De pie todos los caballeros, se preguntaban admirados quién era aquella hermosa joven marchita por los sufrimientos: y solo sacaban en claro que debia ser la triste huérfana del comendador de Castilla, don Lope Sanchez de Avendaño. Doña Inés cojió por la mano á don Enrique, y conduciéndole á su asiento se colocó de pie á su lado: reclamó silencio con un gesto, y dijo con su voz metálica:

© Biblioteca Nacional de España

—Los hombres teneis reflexion y cabeza: las mugeres un corazon é inspiraciones. Yo vaticino á don Enrique que reinará sobre Castilla, y se cumplirá el vaticinio. Conde don Enrique, en mi has encontrado una sombra que se confunde con tu madre: voy á hablarte pues en su nombre. Conde don Enrique, toma aqui el titulo de Rey y en Burgos ceñiras la corona. Capitan de tan noble hueste, marcha sobre la ciudad de Ruy Diaz, y Burgos te abrirá sus puertas. El Rey don Pedro tiene miedo: un tropel de muertos le acosa y sus soldados son cadáveres. Sús, capitanes, á las armas! La hueste marche sobre Burgos y ¡Castilla por don Enrique!

«¡Castilla, Castilla por Enrique segundo!» esclamó Güesclin.

«¡Viva!» contestaron á una voz.

—Ya está proclamado por Rey, añadió el capitan francés, en este consejo: pronto lo será en Calahorra. Pense-

© Biblioteca Nacional de España

mos, señores, en la guerra. Muy conveniente nos seria conocer las disposiciones de los habitantes de Burgos.

—Rey don Enrique, dijo lo huérfana: ¿conoces á fondo mi historia?

Eres hija, respondió el Rey, de don Lope Sanchez de Avendaño, comendador mayor de Castilla, y asesinado por don Pedro en el Villarejo de Salvavés, pocos dias despues que lo fue mi hermano Fadrique en el Alcazar de Sevilla. La segunda parte de tu historia me la ha referido muchas veces mi buen paje, Enrique Ruiz de Rojas.

—Si; dijo el paje, que se habia presentado cuando doña Inés: yo la he referido cien veces: yo, el hermano menor de Sancho Ruiz de Rojas, camarero de don Fadrique y asesinado el mismo dia que su señor, por la mano del Rey don Pedro.

—Todo lo sabes, don Enrique: prosiguió la huérfana: ahora escúchame. Yo

© Biblioteca Nacional de España

no he venido aquí á llorar, y mis pupilas están secas: he venido á reanimar tu brio, y á presentarte mis servicios. No me he educado en las batallas, ni sé manejar una lanza: no seré amazona en tu hueste. Tengo valor y decision: necesitas quien vaya á Burgos: yo saldré hoy de Calahorra, acompañada de este paje y no descansaré hasta Burgos. Despues sabrás los resultados de mi llegada á la ciudad.

—Es imposible, dijo el Rey, que yo te permita partir: el Rey don Pedro te aborrece, y puede atentar á tu vida.

—Estais engañado, señor. Don Pedro, me ama con delirio, y mi persona le es sagrada. Cuando yo le pedia la muerte en el castillo de Carmona, como el único bien posible, quiso hacerme todo el mal dable, y me aseguró no hacer rodar en ninguna ocasion, ni por poderoso motivo, esta cabeza que me abrasa. Yo le amenazé, me creyó debil, y repro-

© Biblioteca Nacional de España

dujo el juramento. Le declaré una guerra á muerte: le dije que seria su sombra; mostró incredulidad y desdeñó; se sonrió de mi arrogancia, y me ofreció la libertad. Nada temas tocante á mi: iré á Burgos, Rey don Enrique, y temblará de mi don Pedro. Mucho te deberé, hermano mio. ¿Me permites que asi te llame?

—Si, desgraciada hermana mia, contestó el Rey enternecido.

—Mucho te deberé, hermano mio, si me permites ir á Burgos. Alli veré al Leon de Castilla, mas calenturiento y temblando.

—Cúmplase tu voluntad, doña Inés.

—Gracias, don Enrique el Segundo.

Todos los caballeros querian acompañar á la doncella: todos pretendian el honor de partir con ella el peligro y de participar su gloria. El jóven Bernal de Bearne, se aproximó al Rey don Enrique, y con apasionado acento

© Biblioteca Nacional de España

—Señor, le dijo: tú bien sabes, que una particular aficion hácia tu persona y tu causa me ha conducido hasta Castilla. No vengo á aumentar mis estados con tus mercedes, don Enrique: vengo á ceñirte la corona y á que me tengas por tu amigo. Te he merecido distinciones de mucho precio para mi; pero si quieres aumentarlas con una que á todas eclipse, permíteme marchar á Burgos sirviendo á esta hermosa señora, y nada podré desear, ni nada podrás darme ¡oh Rey! que á tan gran favor se compare.

Iba á responder don Enrique, pero se adelantó la huérfana, y con muy corteses razones agradeció al buen caballero su oferta, no admitiéndola por creer podria embarazar su proyecto..

—Está decidido, concluyó, que me acompañe este buen paje. Adios don Enrique: hasta Burgos.

La huérfana salió con el paje dejan-

© Biblioteca Nacional de España

do admirado al consejo de su decision y su porte.

Acordaron los caballeros proceder inmediatamente á la proclamacion de don Enrique: y desplegando los pendones, recorrieron todas las calles de la ciudad de Calahorra, hasta haber llenado las fórmulas que segun el fuero se usaban, gritando tres veces: CASTITLA CASTILLA, CASTILLA POR EL REY DON ENRIQUE EL SEGUNDO!

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO VII.

Triste es vivír cuando el cierzo
Del hastio nos azota,
Y del dolor las cadenas
Van deteniéndo las horas.

J. B. Sandoval.

Quizá recuerden los lectores á una Beatriz, antigua dueña, que conocimos en Carmona. Inseparable de doña Inés' la habia seguido á Calahorra, y mientras aquella reanima las esperanzas de don Enrique, estaba sola en su apo-

© Biblioteca Nacional de España

sento, con sus antiparras caladas y haciendo calceta á destajo.

Cincuenta años tenia Beatriz en el de mil trescientos cincuenta y nueve, y en cincuenta y siete frisaba á la época que vamos corriendo. Era la dueña una muger de aquellas por quienes no pasan años; y aunque sentia la enfermedad y los disgustos de la huérfana, sabia echar las penas á la espalda, y se mostraba mas remozada y, sobre todo, con mas carnes que en el castillo de Carmona.

Era Beatriz blanda de ojos, y aunque derramaba muchas lágrimas por el destino de su señora, solo producian el efecto de poner un ribete encarnado en los parpados de la dueña; pues las lágrimas que enflaquecen, son las que brota el corazon en sus cavidades ocultas.

De la mejor amiga de Inés, se habia convertido la nodriza en una censora

© Biblioteca Nacional de España

continua, y mas de una vez insoportable. Con su aficion á perorar, jamás despreciaba ocasion de hacer lucir sus buenas dotes: y como le faltaba Enrique, habia elegido por su víctima á la huérfana de Avendaño.

La tristeza de doña Inés era un tema continuado para sus eternos sermones. Cada lagrima de la huérfana originaba una filípica: y su dolor, mudo casi siempre, daba motivo á interrogaciones ridículas, pero reproducidas diariamente. Tiene su egoismo todo dolor: el que conoce que padece por una causa sin remedio, funda su orgullo en el silencio; y esa pregunta tan sencilla de «¿qué tienes?» hecha por persona que conoce toda la magnitud del mal, y que no ha de ponerle término, produce una crispacion horrorosa, y hace crecer el sufrimiento en una proporcion que espanta. Todos conocemos por reiteradas esperiencias este tormento familiar; dado,

© Biblioteca Nacional de España

casi siempre, por personas que nos profesan gran cariño. Nuestras mismas madres, esos seres á quienes debemos la vida, y que darian mil veces las suyas por ahorrarnos un sufrimiento: esos seres, todo dulzura, todo compasion, todo amor, con maternal solicitud buscan inquirir nuestras penas, y las aumentan muchos grados. ¡Oh! es muy triste usar aspereza, con la que tan llena de amor quiere partir nuestros dolores: pero en instantes de amargura las rechazamos duramente, teniendo que reunir á otros males un remordimiento terrible.

Otra causa existia tambien, que puesta en boca de Beatriz era el torcedor de la huérfana: hablo del amor de don Lope. Ya dije que la humanidad con que habia tratado el alcaide á la dueña, medio sufocada por la ira que supo causar al Rey don Pedro, y sobre la paciencia con que escuchó toda su historia, re-

© Biblioteca Nacional de España

concilió mucho á Beatriz con el alcaide del castillo. Habiendo crecido cada dia el desesperado amor de don Lope, buscó una confidenta en la dueña ; y la encontró tan oficiosa, que no desperdiciaba ocasi on de recomendar á la huérfana un enlace con Hinestrosa. Enlace de gran conveniencia, segun Beatriz, pues doña Inés se iba pasando,en sentir de la antigua dueña.

Continuaba haciendo calceta Beatriz, cuando se presentó don Lope, pálido como siempre y triste.

—¡Ay! dijo la dueña suspirandó: cuánto deseo ver en tu rostro alguna señal de alegria.

—Es imposible, buena dueña.

—¿Has visto, señor, á mi Inés?

—Acabo de separarme de ella.

—¿Y se ha mostrado rigorosa?

—Siempre la misma.

—Eso va pasando de raya.

—Tengo cincuenta y siete años, y re-

© Biblioteca Nacional de España

presento veinte mas.

—Cincuenta y siete tengo yo, y no me cambio por ninguna. Es una edad que á nadie asusta: un poco mas de medio siglo, la mitad de una buena vida.

—El término de la mia se acerca : y lo veo con gusto, Beatriz.

—Esa obstinacion de mi Inés me va enfadando ya, don Lope, y ahora mismo voy á decirla, que si no cambia de...

—Es inútil. No encontrarás á doña Inés. Acaba de salir.

—Señor, dijo la dueña levantándose, ¿mi Inés está fuera de casa?

—Sí, dueña, sí. Acaba de entrar en Calahorra don Enrique de Trastamara.

—¿El conde?

—El conde viene á la cabeza de un ejército numeroso, y la ciudad lo ha recibido con aclamaciones y repiques.

—Pecadora de mí. Al escuchar tanto repique, me pareció que anunciarian una novena ó jubiléo. ¿Pero cómo ha ve-

© Biblioteca Nacional de España

nido el conde? Esto debe ser un milagro.

—Los milagros que hacen las lanzas. Con el conde ha venido Enrique.

—¿Ha venido? ¡Hijo de mi alma! ¡Vendrá muy tostado del sol! ¿Ha crecido mucho? ¿Está muy grueso? ¿Tiene barbas? ¿Es capitan de compañia? Era muy travieso, don Lope; pero tan leal como un perro.

—El niño es ya un hombre, Beatriz.

—¿Pero á dónde se ha marchado Inés?

—A ver al conde.

—¿Sola?

—No: la va acompañando el buen paje.

—Sabeis don Lope, que es estraña esta conducta de la huérfana. ¿Qué irá á decir á don Enrique? ¿Qué tiene que tratar con él si no lo conoce siquiera: si no le ha visto ni una vez?

—Irá á decirle su idea fija: irá á contarle lo de don Juan: irá á pedirle su ven-

© Biblioteca Nacional de España

ganza. Un solo pensamiento ocupa la imaginacion de la huérfana, don Juan: una sola palabra bulle en sus amoratados labios, don Juan: un solo porvenir descubre, unirse al cabo con don Jnan. El es su Dios y su creencia: cifra en él la bienaventuranza futura, y padece con noble orgullo, porque se está muriendo por él. Hablarle de amor, es recordárselo:hacerle ver su enfermedad es recordárselo tambien. El manso arroyo que murmura, el huracan que airado brama, la blanda lluvia que fecunda, y el ronco trueno que amedrenta, tienen un lenguaje simbólico que habla á su imaginacion doliente, y todos le dicen. «Don Juan.»

—¡Oh! Teneis mucha razon, don Lope: doña Inés está casi loca y temo....

— No ha perdido el juicio; pero lo perderá quizá. Hoy está viviendo doña Inés bajo una pesadilla sangrienta; como despertará, Dios lo sabe. ¡Si yo pudiera darla vida! ¡Si pudiera hacer con mi sangre

© Biblioteca Nacional de España

un bálsamo que cicatrizase las hondas llagas de su pecho! ¡si mi alma convertida en fuego pudiera reanimar la suya! Pero no: todo es imposible. Doña Inés morirá de amor; yo moriré, Beatriz, de celos. Estoy celoso de una sombra, tengo por rival á un cadáver: y la sombra turba mi vista, y el cadáver ata mis miembros.

—Decis unas cosas, don Lope, que hacen estremecer á una: yo, la verdad, sueño de noche con aparecidos ¡y duendes: ya se ve, si oigo por el dia tantas cosas estraordinarias, que no tiene nada de estraño.... ¿Por qué no me hablais de mí paje?

—Para serviros, buena dueña. Dijo Enrique entrando en la estancia, acompañado de la huérfana.

—Alabado sea el Santisimo Sacramento del Altar! dijo la dueña santiguandose, y se quedó con la boca abierta, hasta mostrar la campanilla.

© Biblioteca Nacional de España

Enrique sonrió de verla: se adelantó unos cuantos pasos con marcialidad y buen porte, y llegándose hasta Beatriz, la dió un abrazo muy cordial con el mejor amor del mundo.

¿Quién te habia de conocer? hijo, dijo la dueña sollozando: has crecido un palmo lo menos y con esas barbas estás hecho un soldado, muy buen mozo.

—Os estimo la cortesia.

—¿Qué grado tienes, hijo mio?

—Soy, para serviros, buena dueña, paje del Rey.

—¡Paje del Rey! esclamó Beatriz.

—¿Qué encontrais en ello de estraño?

—¡Enrique paje de don Pedro!

—Enrique, paje de don Enrique el Segundo, Rey de Leon y de Castilla: respondió el paje descubriéndose.

—¿Don Enrique, Rey de Castilla? preguntó Hinestrosa.

© Biblioteca Nacional de España

—Señor, repuso la hija de Avendaño: acaba de ser proclamado en el palacio del obispo: y pronto se daran al viento los estandartes de Castilla por el Rey Enrique Segundo.

Hubo un instante de silencio, que nadie osaba interrumpir. La dueña que no se avenia con estar callada largo rato, preguntó á Enrique afectuosa:

—¿Permanecerás mucho tiempo en nuestra compañia?

—Muy poco.

—¿Muy poco, dices?

—Segun creo, algunas horas nada mas.

—Tú has perdido el juicio, muchacho.

—Debe acompañarme hasta Burgos, replicó doña Inés.

—¡Hasta Burgos! don Lope y la dueña esclamaron.

—Hasta Burgos: repitió la huérfana.

© Biblioteca Nacional de España

La dueña se acercó á don Lope, y con el mayor misterio dable le dijo tocando su oreja: acaba de perder el juicio.

Don Lope movió la cabeza, y dirigiéndose á doña Inés

—¿Sabeis, señora, que don Pedro se halla en la ciudad adonde vais? dijo.

—Lo se, á no dudarlo, don Lope.

—Y quereis entregaros vos misma á la violencia de aquel Rey?

—En el castillo de Carmona me dijo el Rey estas palabras.

«Juro por mi corona, Inés, que no atentaré á vuestra vida.»

—Mas sin que atente á vuestra vida, puede aprisionaros.

—Tambien añadió, con tono solemne: «Desde el instante quedais libre. Y juro á Dios y á su santa madre no aprisionaros en ningun caso, ni por ningun motivo, señora.»

—Puede atentar á vuestro honor.

© Biblioteca Nacional de España

—El honor, señor de Hinestrosa, no se arranca nunca á la fuerza: mi honor se conservará puro, como el sol entre los gusanos de cadáveres corrompidos.

—Tú no lo has pensado bien, Inés, y es preciso que cambies de idea. Una jóven, una doncella, irse en busca de los peligros, ir al encuentro de aventuras? No es posible que asi suceda.

—Hay ocasiones en que una jóven tiene deberes tan sagrados, que para cumplirlos arrastra mil estraordinarios peligros. Mi resolucion está tomada, y no cejaré de mi empresa.

—¿Permitis á vuestro tutor que os acompañe? Doña Inés.

—No me hubiera atrevido, don Lope, á proponeros un viaje, que puede presentar peligros, y dé seguro mil fatigas: pero acepto, con toda el alma la proposicion que me haceis.

—¿Y yo me quedaré sola? Inés, di-

© Biblioteca Nacional de España

jo la dueña suspirando.

—Puedes ponerte en marcha, dueña, y nos encontrarás en Burgos. Será muy rápido el viaje, para que acompañarnos puedas. Enrique, dispon tres caballos, con mejor fortuna que un dia.

Doña Inés no pudo seguir: los sollozos ahogaban su voz, y bañaban abundantes lágrimas sus megillas flacas Y ardientes. Perdida en tanto su firmeza, tuvo que acudir á un sitial, en el que cayó desplomada: y llorando como muger, era mil veces mas hermosa, que cuando obraba como hombre, con arrongancia varonil. Don Lope la miraba absorto: Beatriz, lloraba mas que ella; y Enrique no osaba abandonar aquella escena de dolor.

Hizo un grande esfuerzo la huérfana y mandó de nuevo al buen paje que dispusiese los caballos. Enrique salió en el momento.

© Biblioteca Nacional de España

Doña Inés enjugó su lloro: Hinestrosa calzó la espuela, y una hora despues galopaban hácia la patria del gran Cid.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO VIII.

Dicen bien: la plata y oro
Destinados á las parias,
Tendrán empleo mas noble,
Comprando con ellos lanzas.

A.

Habita el palacio de Burgos el Rey don Pedro de Castilla: dos ballesteros dan la guardia en la puerta del gran salon: y estos ballesteros se llaman Garci Diaz de Albarracin y Pero Fortun. Garci se esplica en estos terminos:

—Por la lanza del Rey don Jaime,

© Biblioteca Nacional de España

que haces una triste figura bajo esas escamas de hierro; y que llevas con tanta gracia tu maza de armas, como la mozuela de Pilatos debió llevar su rueca.

—Tu tienes la culpa, Garcí. Si me hubieras dejado con mi oficio, con mi caperuza de zorro, y mi capote de belludo, desecho del buen Hinestrosa, no harian burla del viejo lobo cuatro cerbatillos de ogaño, que llevan con garbo el arnés, pero que no valdrian gran cosa, si conversaran mano á mano con un javalí montaraz.

—Nunca has sido hombre de provecho, y me temo que no adelantes si conservas esas ideas, y quieres cazar javalíes en las cámaras de palacio. Es la vida de un ballestero tan superior á la del menguado, que se despeña por los montes, como es superior en la caza á un choto montés de seis meses un buen venado de seis años. El montero vive á lo pe-

© Biblioteca Nacional de España

rro entre ladridos y retamas: vivimos; nosotros á lo Rey, entre músicas y tapices. Tampoco faltan movimientos cuando toca el clarin de guerra; y si el moro se pone á tiro...

—Calla, Garcí; calla por Dios. Hemos pasado siete años en guerra con el Aragon, degollándonos los cristianos, como si fueramos gentiles: y una sola vez que hemos visto correr la sangre de los moros ha sido tan alevemente.

—¡Va!

—Si, Diaz. Treinta y siete caballeros moros fueron llevados á la Tablada, y degollados como reses. El Rey don Pedro de Castilla hirio al Rey moro de Granada, que con su vestidura de purpura iba montado sobre un asno, y recuerdo bien las palabras que dirijió al Rey de Castilla, casi en el punto de espirar. «Poca honra ganas Rey don Pedro en matar á un Rey rendido, y que vino á ti bajo tu seguro y palabra.»

© Biblioteca Nacional de España

—El Rey de Granada era un perro y no hubo mal en despacharlo á comer alcuzcuz con Mahoma.

—Yo te juro por San Anton, que no disparé mi ballesta en aquella caza de hombres: no me gustan, Garci, esas muertes que manda dar á sus vasallos, como la del Infante don Juan.

—Calla Fortun.

—Si hubiera olido yo bien el rastro, no hubiera caido aquella pieza entre las garras del Leon. Pobre don Juan! tan atrevido, tan buen cazador, tan bizarro... Y luego buena recompensa, estas escamas de serpiente y esta maza, que Dios maldiga.

—¿Te falta, Fortun, tu soldada, tu buena racion y tu vino?

—Tampoco faltan amenazas, malos tratamientos, ni sustos. Se encuentra un hombre con su alteza. «Anda y salta los sesos á fulano. Si no se los machacas bien, héchate la barba en remo-

© Biblioteca Nacional de España

jo, para que te afeite el verdugo.» Luego despues eternas guerras. En Ateca recibí un chirlo, que me puso inutil medio año: me sacudieron en Segorbe: y mas roturas tiene mi piel desde que sirvo al Rey don Pedro, que en veinte años de andar á caza.

—No encuentro ningun mal en eso, si no ha de servir para aceite.

—Mas ha de servir para vino, y la diferencia no es grande.

—Precisamente para vino. Por eso te digo, Fortun, que no es tan malo nuestro oficio; pues el vinillo no escasea.

—Bebia yo un jerez en Carmona, capaz de dar vida á un difunto, y este vino de las Castillas ni le descalza su zapato.

Larga hubiera sido la polémica entre nuestros dos ballesteros, si no se hubiera presentado el Rey con Labrit, rico caballero frances, y muy afecto á su persona.

© Biblioteca Nacional de España

A la aparicion del Monarca se cuadraron los ballesteros, y enmudecieron como estatuas; tal era el temor religioso que á sus servidores causaba el Rey don Pedro de Castilla.

Entrado que hubieron al salon, aproximó el Rey dos sitiales, y señalando uno á Labrit, se dejó caer en el otro con claras muestras de cansancio.

—Aqui estamos solos, Labrit; y podeis decirme sin reserva, cuanto os parezca conveniente.

—Tú sabes, señor, que deseo combatir en pro de tu causa, y perecer si tú sucumbes.

—Tengo pruebas de tu amistad; y las espero cada dia mas relevantes si es preciso.

—Tampoco creerás, Rey don Pedro, que me impulsa bajo temor á aconsejarte con prudencia que conjures la tempestad.

—Sé que eres valiente entre los brávos.

© Biblioteca Nacional de España

—Pues escúchame, Rey don Pedro. Hace ocho años que mantienes con el Monarca de Aragon una guerra, que no han podido terminar ni los legados de los Papas, ni el interes de ambas naciones. Apoyado el Aragonés por el Conde de Trastamara, principe valiente en el campo y previsor en el consejo, ha resistido con valor....

—Pero mis huestes de Castilla han traspasado sus fronteras; y los muros de sus ciudades no han sido barrera bastante, para sujetar nuestro brio. He conquistado, Labrit, pueblos, para formar un nuevo reino.

—Asi es la verdad, Rey don Pedro pero es mudable la fortuna, y conviene mucho fijarla. Acosado el Aragonés, como acabais de referir, ha recurrido al Rey de Francia para que le permita traer un gran número de compañias que estaban devastando su reino, y que cayendo sobre Castilla, la pondrán en

© Biblioteca Nacional de España

tan grave aprieto, como no se ha visto jamas. El Rey de Francia condescendió: dió cien mil florines á esas gentes: el Papa les entregó igual suma: y el primero de enero de este año llegaron, señor, á Barcelona. El principal agente de esta empresa, el intimo amigo de Beltran, el que inspira mas confianza á estos aventureros audaces, es el Conde de Trastamara. El Conde ha servido con ellos en las guerras contra el ingles, y lo respetan como hombre, como capitan y soldado.

—Me parece, amigo Labrit, que estás pintando á don Enrique con unos colores tan vivos, que seria dificil conocerlo.

—Asi lo hubieras visto, señor, en la batalla de Araviana.

Don Pedro se mordió los labios, dejó el sitial con mal humor, y empezó á recorrer la estancia. Labrit guardó triste silencio, hasta que sentándose el Monarca pudo continuar el frances.

© Biblioteca Nacional de España

—Mosen Beltran Güesclin, el Conde de la Marcha, Hugo de Carbolay, Mosen Juan de Ebreus, doce mil caballos, y veinte mil peónes á lo menos, estan reunidos en Zaragoza, bajo la enseña del Bastardo.

—¿Y qué decis, Labrit, con eso? ¿No tendrá soldados Castilla para resistir á esos bandidos, y al mal caballero que los manda?

—No se lo que haran tus soldados cuando combatir sea preciso; pero si sé que son tan difíciles de resistir esos aventureros, que desprecias, como fáciles de comprar. Tengo muchisimos amigos entre los capitanes de Enrique: tú tienes doblas en abundancia, y será posible entendernos.

—Todos hablan de mis riquezas, replicó don Pedro enfadado, y se apresuran á repartírselas.

—Yo no quiero nada para mí: me sobra estado, Rey don Pedro, y estimo en

© Biblioteca Nacional de España

tan poco la plata, como el polvo que ahora levanto, al hollar esta rica alfombra. Labrit dió una recia patada, y continuó: esos soldados que paga Pedro de Aragon, pasarán á Pedro de Castilla, si les aumenta la soldada y les ofrece un buen enganche.

—¿Y no será mejor, Labrit, pagar soldada á castellanos, y comprar hierro con el oro, que entregarlo á esos mal nacidos?

—Podrá no ser bastante el hierro que se compre, ni aguerridos los castellanos que se paguen con ese oro. No es tiempo de dudar, don Pedro: á la primer ciudad que tome el conde, su ejército tendrá esperanzas, y no comprareis un soldado con todo el oro que teneis.

—No quiero comprarlo, Labrit. Su sangre me darán de valde, y yo quedaré con mas honra. ¿No soy don Pedro de Castilla? ¿No tiemblan ante mí los señores, y dejan sus nidos de águila al

© Biblioteca Nacional de España

amago de mi furor? ¿No tengo fieles ballesteros, comendadores y maestres, simples caballeros y soldados de las órdenes militares? ¿No doman mis altas galeras las tersas frentes de dos mares? ¿No están fortificadas cien villas y guarnecidos cien castillos? ¿No esperan mis adelantados, á la cabeza de mis huestes, una señal para el combate? ¿No soy don Pedro de Castilla? Fuera todo temor, Labrit; agarremos robustas lanzas, y vistámonos las corazas. Guerra! resuene en las llanuras; guerra! nos repita Moncayo.

—Guerra resonará, don Pedro: y yo volaré á la pelea, con tranquilidad en el alma, con serenidad en el rostro. No seré el último en la lid, ni el primero que la abandone. Mucha guerra tendremos, Rey. Piensa, señor, maduramente cuanto te he dicho, y me responderás mañana.

—Lo pensaré, dijo don Pedro: ahora nos conviene dormir.

© Biblioteca Nacional de España

El Rey y Labrit se alejaron.

—¿Has escuchado, Garci-Diaz, la conversacion?

—Si, pardiez.

—Y ¿qué? te parece?

—Que habrá cuchilladas, y tente perro.

—No me parecia mal el consejo de ese caballero francés. «De los enemigos los menos.»

—«Pero de la moneda la mas» que es la màxima del Rey don Pedro.

—Estoy por el francés, Garcí.

—Yo estoy por el Rey, en aquello de retirarse á descansar. Tú velarás las primeras horas por mas bisoño, mientras yo ronco, buen Fortun. En las segundas cambiaremos.

—Así sea, Garcí.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO IX.

¡Oh! Yo mi frente palpitando siento
Con presura cruel; yo ni un instante
Puedo apartar el vivo pensamiento
Del objeto terrible que me aflita,
Y en la cima del mal me precipita!

MANUEL CAÑETE.

Entramos en el dormitorio del Rey don Pedro de Castilla. Está tapizado de verde: y sobre una mesa de nogal arde una lámpara de alabastro. Algunos sitiales contienen ropas arrojadas en desórden, y junto al lecho del Monarca se encuentra una espada desnuda. Tiene el le-

© Biblioteca Nacional de España

cho cortinas de color de cereza: y en él está acostado el Rey, presa de una gran pesadilla. Su aliento interrumpido y ronco, las sacudidas de sus miembros, toda su agitacion revela uno de esos sueños afanosos, producidos por las ideas que nos atormentan despiertos.

Una muger se halla de pie á la cabezera de la cama, y sigue todos sus movimientos con curiosidad estremada. Se mueven los labios del Rey; y sueña en voz alta.

—Querer invadir las Castillas! locura. Labrit está loco. Quiere que ponga mis tesoros en mano de esos estranjeros: mis tesoros reunidos por mi con economías y privaciones. Jamas. He tenido desde muy niño una hambre rabiosa de riquezas, y una sed hidrópica de sangre. Ambas he dejado satisfechas. Me han proporcionado los judios abundante copia de doblas y de joyas de gran valor: me han proporcionado mis nobles inmen-

© Biblioteca Nacional de España

sa cantidad de sangre. Yo que soy el Rey, yo que mando, ir á suplicar á Güesclin que venga á tomar mis tesoros, para defenderme de Enrique? No. Que vengan Enrique y Beltran. Yo levantaré diez soldados por cada estranjero de Enrique, y no dejaré ni uno con vida. Los pueblos seguirán mi pendon. ¿No he perseguido á sus tiranos? Han crecido las rentas reales, y los han vejado mil veces los recaudadores judios. ¡Malditos perros! Mas el pueblo debe seguirme; y deben seguirme tambien los maestres que he nombrado yo mismo. Sús maestres, comendadores, caballeros y adelantados de Castilla. Sús. El enemigo está en la frontera: mas si se adelanta hasta Burgos, la defenderé yo en persona, y contra sus muros de piedra se estrellarán esas legiones, que contra mi levanta el Bastardo.

Los labios del Rey se cerraron: su respiracion se hizo mas fácil, y su sueño

© Biblioteca Nacional de España

era mas tranquilo. La dama se aproximó mas: le puso la mano sobre el corazon, y le preguntó:

—Rey don Pedro, ¿has olvidado á don Fadrique?

—¿A don Fadrique?

La respiracion del monarca volvió á ser afanosa y recia: la ama siguió preguntándole:

—¿Has olvidad por ventura al noble maestre de Santiago?

—¿Al maestre de Santiago?

—A tu hermano, don Pedro: al que asesinaste en Sevilla.

—Sí, sí, lo recuerdo. Mas no me preguntes por él. Su sombra me sigue por do quiera, y una voz ronca como el huracan y los truenos me gritan: «don Pedro, has asesinado á tu hermano, dándole la corona del martirio por la conquista de Jumilla.» Esto dice la voz, y sigue repitiendo tres veces: «Cain, Cain, Cain.»

© Biblioteca Nacional de España

Las fatigas del Rey crecian, y la dama siempre impasible hacia pesar mas su diestra sobre el corazon del Monarca.

—¿Tienes memoria, Rey don Pedro, del Infante don Juan?

—¿De qué don Juan?

—No pregunto por don Juan de Aragon, al que asesinaste en Bilbao por no cumplirle tu palabra: pregunto por don Juan tu hermano, el que asesinaste en Carmona.

—Calla, calla; no me le nombres. Era una noche tormentosa; los relámpagos alumbraban con su luz pálida y fatídica: zumbaba el trueno entre las nubes, y los granizos azotaban los rotos vídrios del castillo. Una lámpara moribunda mezclaba su luz sepulcral con la siniestra luz del rayo, y en los corredores sombríos interrumpia la oscuridad, para dejar ver las tinieblas. Llegó el infante: le detuve, provoqué su enojo, y cuando su daga amagaba pasar el corazon del

© Biblioteca Nacional de España

Rey, la maza de su ballestero... ¿Le conoces?

—Sí, Garcí Diaz.

—Pues la maza de Garcí Diaz le rompió el cráneo en cien pedazos. Don Juan se ha unido á don Fadrique; veo su figura entre las nubes, á la cárdena luz del rayo, y como su hermano me grita: «Cain, Cain, Cain.»

El Rey se ahogaba; pero la dama siempre impasible, apretaba mas y mas su mano.

—¿Nada mas recuerdas de aquella noche?

—Si, mas recuerdo. En aquel infierno de horror, apareció un ángel hermoso... ¿Sabes cómo se llama?

—Inés.

—Sí, Inés. Repítelo, repítelo. Ese nombre es para mi tan santo como el de Jehova para el judio. Pero no: calla, calla. Aquel ángel era el querube que arrojó á nuestro primer padre del

© Biblioteca Nacional de España

mas hermoso paraiso. Aquel ángel me pidió la muerte, como si pudiera morir: y porque no cedi á su ruego, juró vengarse, juró ser mi sombra y mi conciencia.

—¿Tienes miedo de esa muger?

—Si; tengo miedo: respondió el Rey con voz ahogada.

«Qué pequeño es un Rey! se dijo la dama á si misma: con apretar un poco mas mi mano, bien puedo quitarle la vida.»

—¿Tienes en memoria, don Pedro, á doña Blanca de Borbon?

—Mandé que la diesen veneno: y ha sido tan noble doña Blanca, que no me persigue su sombra.

—Te acuerdas de doña Maria, la que te tuvo en sus entrañas, y tú hiciste que se refugiase en Portugal, en donde le quitaron la vida por mandato del Rey su padre?

—Si. Ella me llama «Parricida» y el eco repite «Neron.»

© Biblioteca Nacional de España

La dama levantó su mano: el Rey lanzó algunos suspiros, y respiró con libertad. Este desahogo no fue largo: la mano se puso de nuevo, y continuaron las preguntas.

—¿Te acuerdas, Rey, de un sacerdote....

—¿El que me vaticinó que seria muerto por el puñal de don Enrique?

—Y se va cumpliendo su vaticinio.

—Cuenta.

—Don Enrique viene contra ti al frente de numeroso ejército.

—Lo sé.

—Ha penetrado por la frontera con sus banderas desplegadas.

El Rey se estremeció violentamente; la dama apretó mas su mano.

—Y es dueño de Calahorra.

Don Pedro quiso levantarse: la dama apretó mas su mano.

—Y es ya dueño de Calahorra.

—¿Dueño de Calahorra don Enri-

© Biblioteca Nacional de España

que? ¿Qué traidor le entregó sus llaves?

—Hernan Sanchez de Tobar, Rey don Pedro.

—Era mi alcaide, y me ha vendido.

—No te ha vendido: se rindió á un ejército numeroso y á la voluntad de todo un pueblo, que te mira como una plaga. Don Enrique viene sobre Burgos.

—Que venga y con él cien mil mas. Yo estoy en Burgos: yo don Pedro. Sus habitantes me son fieles: cerraré las puertas, daré picas á las mugeres, y combatiremos sin descanso contra el conde de Trastamara.

—Ya no es conde de Trastamara.

—¿Pues qué es?

—Don Enrique segundo, Rey de Castilla y de Leon.

Don Pedro queria hablar, y bramaba: un sudor frio cubria sus miembros y

© Biblioteca Nacional de España

blancas espumas su boca. Hacia esfuerzos para levantarse; mas la mano que le oprimia era una losa sepulcral sobre la cabeza de un muerto. Una sonrisa desdeñosa plegaba los lábios de la dama, que como el arcángel San Miguel se consideraba triunfante, sobre el otro arcángel caido. Al cabo de una leve pausa dijo al Rey:

—Escúchame con atencion, don Pedro. Si esperas en Burgos á tu hermano serás muerto por él sin remedio. Abandona pronto la ciudad: pasa á Toledo y á Sevilla; recoge tus grandes tesoros; y ya que no puedas guardar tu rico cetro y tu corona, deja satisfecha tu codicia, y huye con oro al estranjero.

Don Pedro estaba ya postrado: su respiracion era cansada y no se agitaban sus miembros. La dama aflojó un poco.

—¿Me oyes, Rey?

—Si, murmuró apenas el Monarca.

—Yo soy la sombra del sacerdote,

© Biblioteca Nacional de España

que mandaste quemar como agorero, porque te predijo tu muerte. Huye, don Pedro, de tu hermano: la primera vez que se toque tu cabeza con la de don Enrique te traspasará la corona. La primera vez que su pecho se junte con el tuyo te herirá sobre el corazon.

La dama levantó la mano y se salió rápidamente.

Al llegar á la puerta del salon, la preguntó Fortun:

—¿Señora, debo abandonar el cazadero, ó no sospechará el Leon?

—Nada sospechará, Fortun. El Leon no ha perdido su sueño, y puedes quedar muy tranquilo. Me has hecho un gran favor, montero; y el que fue instrumento de un crimen, ahora lo será de mil venganzas. Toma estas joyas y queda en paz.

—Dios os conserve, doña Inés.

La huerfana desapareció. Fortun fue á llamar á Garcí.

© Biblioteca Nacional de España

—Despierta, despierta, viejo lobo.

—Me has interrumpido el mejor sueño de que he gozado hace diez años.

—¿El sueño del justo? Garci.

—O el del pecador sin conciencia.

—Hasta que alumbre el sol, Garcí.

—Duerme tranquilo, como yo.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO X.

Nada importa morir cuando nos hallamos agoviados por la edad, cuando la vida nos ha gastado, cuando las enfermedades nos abruman. Nada importa morir cuando han muerto en nosotros casi todos los sentimientos, cuando las ilusiones, la esperanza y los afectos se han estinguido unos despues de otros: cuando nuestra alma no es ya mas que la fria ceniza del fuego que vivió en nosotros.

ALEJANDRO DUMAS.

Los primeros rayos de la luz del dia veinte y siete de marzo de mil trescientos sesenta y seis vienen á despertar las

© Biblioteca Nacional de España

aves, y á dar matices á las flores. La ciudad de Burgos, dormida en un regazo de esmeraldas, deja escapar algunos áyes, presagios de su despertar: y la naturaleza toda se anima al ver la frente de záfiros con que se levanta la aurora.

Empañados los orizontes, por los vapores de la noche, reververan tintas de grana, y sobre la plata de las nubes hiere un débil rayo del sol que nace, convirtiéndolas en topacios.

En primeros dias de primavera se visten los campos con túnica de gala; y entre las hojas de su verde claro, frescas y barnizadas, aparecen pequeñas flores tambien barnizadas y frescas, dibujándose, como estrellas, sobre los espacios de azul.

Duermen todavia los tiernos niños en aquel reposo completo que no produce ni aun ensueños, porque nada esperan ni temen: sueñan las vírgenes hermosas con los amados de sus almas, y sus la-

© Biblioteca Nacional de España

bios frescos y puros murmuran nombres adorados, que quieren ceñir con sus brazos en las dulzuras del ensueño. La madre afanosa despierta para dar su pecho al infante, ó echar una dulce mirada sobre las frentes de sus hijos: el labrador salta del lecho, humilde y duro como el yugo que le sujeta, y va á regar con sus sudores la tierra feudal que dá frutos para algun señor de vasallos. ¡Cuántas felicidades rotas¡ ¡Cuántos infortunios acabados! ¡Cuantas quimeras destruidas! El despertar de cada pueblo es una revolucion moral, en que los destinos se cambian, las condiciones se renuevan, la felicidad muda de manos, y los labios que mas reian beben las lágrimas amargas, por un contento que pasó para jamas reproducirse.

Al primer rayo de la aurora aun era víctima el Rey don Pedro de su funesta pesadilla. «Perdon, sombra del sacerdote: perdon te pido de rodillas. Mi frente

© Biblioteca Nacional de España

de Rey á tí se abate: tú eres el mártir, yo el verdugo»

Estas palabras habia repetido muchas veces el Rey don Pedro, desde que se alejó la huérfana. Sus fatigas, siempre en aumento, iban agotando sus fuerzas, cuando el primer rayo de sol penetró por una ventana, que por descuido estaba abierta, y dió de lleno sobre el rostro del Monarca de las Castillas. Esta luz viva hirió sus ojos, y dando un rugido de pantera, se arrojó del lecho convulso, y se repitió varias veces: «Ha sido un sueño, ha sido un sueño.»

Como para cerciorarse de ello, tocó muchas veces su cama, buscó sus ropas esparcidas y se estregó tambien los ojos: siempre con temor; siempre con duda.

Mientras se vestia con presteza, fué coordinando sus ideas; y aunque se encontraba seguro de haber soñado todo aquello que su imaginacion febril le presentaba como real, veia una relacion

© Biblioteca Nacional de España

tan perfecta entre los sucesos y su ensueño, que lo creia un fatal recuerdo del pasado, y un pronóstico que debia cumplirse muy en breve.

El fanatismo de aquel siglo creia con un una fé sincera y franca en la ciencia de los astrólogos, y en las continuas apariciones de seres sobrenaturales y de muertos. El Rey don Pedro participaba de tan comun preocupacion, y habituado á respirar en una atmósfera impregnada de asechanzas y de traiciones, se habia ido trocando lentamente su suspicacia en fatalismo. Veia los puñales amagar, y aun cuando cortaba cabezas, de cada una de ellas brotaban otras cabezas mas robustas, que pronto hacian sombra á la del Rey, y que cercenaba á su vez. La muerte de aquel sacerdote que le habia predicho un fin próximo bajo el puñal de don Enrique, era un torcedor de su conciencia; y el crédito que el vulgo daba á la prediccion del ministro, un

© Biblioteca Nacional de España

nuevo motivo de temor, de desconfianza y de recelos. El Monarca concebia bien que se le hubiese aparecido en sueños la sombra de aquel sacerdote, y que le hubiese recordado sus crímenes y sus peligros.

A medio vestir salió el Rey á su cámara, y viendo en ella á Garci Diaz, su ballestero favorito y que vigilaba su sueño:

—Garci, le preguntó azorado:

¿Has visto entrar en mi dormitorio á alguna persona, ó tú mismo has penetrado por ventura?

—Señor, respondió el ballestero: no ha penetrado alma viviente, ni yo he abandonado mi puesto. Al despuntar de la mañana ha llegado aqui un veterano que quiere hablaros con premura, y me ha costado gran trabajo detenerlo, porque se mostraba empeñado en despertaros al instante.

—¿En dónde está ese hombre? Garci.

© Biblioteca Nacional de España

—En ese rincon le teneis.

Don Pedro volvió la cabeza, y vió sobre un rico sitial á un anciano tranquilamente. Se llegó á él el Rey, y lo encontró en sueño apacible. La fisonomia del anciano no era desconocida al Monarca, pero encontraba alguna cosa muy cambiada, que confundia un tanto sus ideas. La situacion del Rey don Pedro no era para contemplar á un dormido, y asiéndole por el brazo izquierdo le puso en pie, como si fuese una muñeca de carton. El anciano se despertó y sin muestra de sobresalto dijo á don Pedro:

—Dios os guarde, Rey de Castilla.

—¡Hinestrosa! esclamó el Monarca.

—Si, Rey don Pedro, uno de vuestros servidores mas antiguos.

—Y de los mas fieles tambien. ¿Pero no habitabas en Calahorra?

—Habité en Calahorra, señor, mientras perteneció á mi Rey: acaba de mudar de dueño, y yo me he retirado á Burgos.

© Biblioteca Nacional de España

=¿Calahorra ha mudado de dueño? preguntó el Rey lleno de espanto.

—Don Enrique viene contra vos al frente de un numeroso ejército: ha penetrado por la frontera con sus banderas desplegadas, y ya es dueño de Calahorra.

—(Las mismas palabras del fantasma.)

—Alli han proclamado á don Enrique, Rey de Castilla y de Leon.

—¿Lo has visto, Hinestrosa?

—Señor, he visto su entrada triunfal. El pueblo le victoreaba, y sobre un hermoso tordillo iba seguido de cien caballeros franceses, ingleses, aragoneses y castellanos.

—¿Trae mucha gente don Enrique?

—Treinta mil soldados á lo menos.

—¿Y hácia donde debe dirijirse?

—Sobre Burgos.

—Treinta mil soldados Enrique.... ¿Y yo qué les puedo oponer? Mis huestes

© Biblioteca Nacional de España

están diseminadas: mis caballeros son traidores ¡Oh Rey don Pedro de Castilla! Quieren arrancarme la corona y.. y ademas don Enrique traerá un puñal: el sacerdote: mi ensueño. Si, mi ensueño debe realizarse: es un aviso del infierno que me está llamando hácia si. Pero, ¿tú me has dicho la verdad? No eres tú tambien un traidor? ¿No te ha comprado mi enemigo?

—A un anciano débil y enfermo no se compra, porque no vale. Un hombre que cuenta por horas las que le faltan para ser juzgado por el supremo Rey de Reyes, no miente. El que durante diez y seis años ha sujetado su pensamiento, y hecho enmudecer sus pasiones para servir al Rey don Pedro, no se hace traidor en un dia...

—Perdonadme, perdonadme, don Lope. Toda tu familia es leal: toda perecerá si yo caigo: y los Padillas y mi trono son el oscabel y la columna. ¿Y qué

© Biblioteca Nacional de España

me aconsejas, don Lope? ¿Qué harias tú puesto en mi lugar?

—Yo con mis años y en mi puesto morir con honor, ó vencer.

—¿Y si te persiguieran sombras, llamándote las unas «Cain» gritándote las otras «Neron» y diciéndote una implacable: «Yo soy la sombra del sacerdote, que mandaste quemar como agorero porque te predijo tu muerte. Huye, don Pedro, de tu hermano. La primera vez que se toque tu cabeza con la de don Enrique te traspasará la corona. La primera vez que su pecho se junte con el tuyo, don Pedro, te herirá sobre el corazon» qué harias?

Hinestrosa guardó silencio.

—¿No me respondes, Hinestrosa?

—La vida no tiene ya encantos para un anciano como yo: mi sangre está helada, (mentira, añadió entre dientes don Lope) y me es indiferente que circule algunos años mas en las venas, ó regar

© Biblioteca Nacional de España

con ella los muros de una ciudad....

—Yo no, don Lope. El mundo tiene para mi mayor número de placeres que para cuantos hombres existen. Yo me deslumbro con el oro: yo me embriago con la hermosura, y tiene para mi mas perfume una muger bella, que las rosas de Jericó, que los aromas de la Arabia. Mi sangre es plomo derretido; arde y circula velozmente: no quiero perder ni una gota, no quiero morir tan temprano. Porque no puedes ya gozar, porque se han muerto tus pasiones, porque tienes raros cabellos, y tan blancos como la nieve, que en vez de corazon encierras, dejarás el mundo tranquilo: yo quiero vivir y gozar; eres mal consejero, don Lope.

—Peor aconseja la pasion, que las arrugas y las canas: hay bajo la nieve volcanes... pero teneis razon, don Pedro. Yo no puedo aconsejar bien: hace mucho tiempo que falto del palacio del Rey de Castilla.

© Biblioteca Nacional de España

—Prontos, dijo el Rey, mis donceles. Es preciso tener un consejo, y deliberar con presteza. Llamad al buen don Martin Lopez, Maestre de Alcántara; á don Iñigo Lopez de Horozco, á Pero Gonzalez de Mendoza, á Juan Rodriguez de Torquemada, á Diego Fernandez de Córdoba, el alcaide de los donceles. Llamad tambien á don Farar: llamad á todos mis amigos. Pronto, donceles, pronto, pronto.

Todos los donceles marcharon. Hinestrosa se dirigió al Rey.

—Si me permitis, señor, retirarme....

—No, don Lope: tú ante el consejo contarás todo lo que has visto.

—Cumpliré con vuestro mandato.

El Rey se entró en su dormitorio, para acabarse de vestir: don Lope volvió á su sitial, y se reclinó tristemente.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XI.

Si tú me diste la vida,
Para cumplir tus preceptos,
La vida, honor y fortuna,
A tu disposicion tengo.

GONZALEZ.

Entretanto que los donceles van despertando á los señores por el Rey don Pedro llamados, y que estos señores se visten, y en el consejo se presentan, vamos á referir brevemente como habia conseguido la huérfana penetrar en el dormitorio del Monarca, y por qué se

© Biblioteca Nacional de España

hallaba Hinestrosa tan temprano en el palacio de don Pedro.

Ya dijimos que habian salido de Calahorra con toda la premura dable: ningun incidente interrumpió la rapidez de su carrera, y avistaron los muros de Burgos, la tarde misma de la noche en que hemos visto á doña Inés dar pávulo á la pesadilla del arrogante Rey don Pedro. Al ver la ciudad desde lejos, paró Hinestrosa su caballo, y dirigiéndose á la huérfana, dijo. «Yo hubiera podido permanecer en Calahorra sin nota de infamia, porque mis sufrimientos y mis años me hacen inutil para el servicio de don Pedro: pero una vez llegado á Burgos, tengo el deber de presentarme ante mi Rey y mi señor, para referirle cuanto he visto.» « ¿Y qué habeis visto, señor alcaide?» preguntó la huérfana. «He visto la entrada triunfal de don Enrique en Calahorra: he visto su proclamacion, sus caballeros y su hueste,» contestó

© Biblioteca Nacional de España

el alcaide.» Esta tarde llegamos, añadió la huérfana, á la ciudad de Burgos, y mañana al amanecer podreis referir á don Pedro cuanto llevais manifestado. Pero exijo una condicion.» «Manifestádmela, señora.» «No pronunciareis jamas mi nombre en la presencia del Monarca, ni sabrá circunstancia alguna que pueda tener relacion con mi permanencia en la ciudad.» «Estoy tan interesado, doña Inés, replicó Hinestrosa, en que el Rey don Pedro no trasluzca vuestra permanencia en la ciudad, que no pronunciarán mis labios una sílaba que pueda inspirarle sospechas.» «Estamos convenidos, don Lope.» Los viajeros picaron de nuevo, y muy pronto la ciudad de Burgos los vió penetrar por sus puertas.

Asi que se hubieron alojado llamó la huérfana al buen paje, y le manifestó su proyecto de presentarse al Rey don Pedro de una manera inesperada; para lo que era necesario conocer bien todo el

© Biblioteca Nacional de España

interior del palacio, y saber las horas mas oportunas para encontrar solo al Monarca.

Al entrar en Burgos habia tenido el paje un mal encuentro, ó para hablar con propiedad, una mala vista. Habia consistido esta, pues, en haber descubierto á Fortun, que con su amigo Garcí Diaz se pavoneaba lindamente. Enrique profesaba á ambos un odio tan inestinguible, como justas eran las causas que se lo habian hecho concebir. En el primer rapto de ira puso las piernas al caballo, para lanzarse sobre ellos: y hubiéranlo pasado muy mal, si una reflexion repentina no hubiera hecho conocer al paje que su escándalo comprometeria la persona de doña Inés y los intereses del Conde. Esta reflexion poderosa le contuvo, y la confianza de doña Inés le hizo concebir un proyecto, bastante opuesto á su carácter, y á su ardiente sed de venganza, pero que podia dar

© Biblioteca Nacional de España

resultados muy inmediatos y seguros.

—¿Qué me respondes, buen Enrique? volvió á preguntarle la huérfana.

—Mucha resolucion ha de tener la cervatilla, que vaya á provocar al Leon.

—Estoy resuelta, amigo mio.

—Os estimo tanto, doña Inés, que preferiria cerrar en campo con diez ballesteros del Rey, á ver en peligro vuestra persona.

—Agradezco tu buen deseo; pero no puedes tú cumplirle, ni adelantamos con él nada. Quiero penetrar en palacio. ¿Qué medio juzgas oportuno para conseguirlo?

—Uno solo. Pero sufriré tanta violencia, que si quisiérais desistir....

—Habla, Enrique. ¿Cuál es el medio que tú juzgas tan adecuado?

—He visto á Fortun.

—¿Al montero que nos vendió villanamente?

—El mismo. Y sin el temor de dar un

© Biblioteca Nacional de España

escándalo que comprometiese nuestra causa, ya me habria pagado su deuda, si pagar puede toda la sangre de un infame la del Infante mi señor.

Gruesas lágrimas se desprendieron de los ojos del jóven paje: los de doña Inés estaban secos, mas eclipsados y radiantes.

—Veré añadió el paje á Fortun. Seis años, el sol y las barbas han hecho cambiar á mi rostro: no me conocerá y hablaremos. Aplazo, señora, mi venganza, para tomarla mas segura.

—Vé, Enrique. yo tendré que verle y me violentaré, como tú: yo tendré que ver á don Pedro, y me violentaré, mas que tù.

El paje no repuso palabra y se dirigió hácia el palacio. Penetró en el patio facilmente, y por su buena dicha el primer ballestero que halló era Fortun, que con su mal aire y desaliño se hubiera distinguido entre ciento. Enrique

© Biblioteca Nacional de España

no vaciló un instante y cogiéndole por el brazo le dijo:

—Señor ballestero, ¿cómo se encuentra el viejo lobo bajo esa camisa de escamas?

Fortun miró al paje fijamente: se pasó la mano por la barba, se dió dos golpes en la frente, y contoneándose con impertinencia le respondió:

—Señor capitan, pues tal pareceis por lo apuesto, no os conozco.

—Debiérais tener mas memoria, amigo Fortun. Cuando fuiste herido en Ateca, ¿quién te hizo curar, quién te cuidó?

—Quizá los médicos de Cristo; pero yo, señor, no los recuerdo. Me sacudieron tan de firme, que se fue mi cabeza á pájaros.

—Yo estuve á tu lado, Fortun; y yo te he salvado la vida.

Fortun se cuadró con mal aire, pero con profundo respeto. Despues añadió:

© Biblioteca Nacional de España

—Eso es muy serio. Cuando un cazador cose á un lebrel la piel que el javalí le ha roto, el perro no olvida el favor y le paga lo mejor que puede. Si me habeis salvado la vida, disponed de ella como os plazca. ¿Quereis alguna cosa del soldado?

—Puede ser que te necesite.

—Pues hablad, señor. Estoy pronto.

—¿Cuál es tu ejercicio en palacio?

—Hacer centinela de noche, durante el sueño de don Pedro, en la puerta de su aposento.

—¿Y estás solo?

—Con Garcí Diaz. ¿Le conoceis?

—Sí le conozco.

—Durante las primeras horas velo yo, mientras Garcí duerme: durante las segundas, él vela para que descanse Fortun.

—No es considerable el trabajo. ¿A qué hora comienza tu guardia?

—A las diez, para terminarse á las dos.

© Biblioteca Nacional de España

—Pues escucha una confianza. Una dama muy distinguida desea hablar contigo á las doce: tú no puedes abandonar la guardia.

—De ningun modo.

—Pues la dama vendrá á buscarte.

—¿Y si la sorprenden?

—En ese caso se presentará al Rey don Pedro, y nada tienes que temer.

—Tiene su alteza algunas vueltas.

—Eso nada importa, Fortun. A las doce vendrá la dama, y la tratarás cortésmente.

—¿Vendreis con ella?

—No lo sé.

—Pero señor...

—Es un favor que al perro herido pide el cazador...

—Bien está.

El paje le apretó la mano de una manera tan espresiva, que lanzó un gemido el montero, y quedó diciendo entre dien-

© Biblioteca Nacional de España

tes: «El señor capitan aprieta como unas tenazas de herrero.»

—¿Qué has conseguido, amigo mio? preguntó la huérfana á Enrique al verle entrar en su aposento. Enrique dió parte á la dama de su entrevista con Fortun.

—¡Oh! esclamó doña Inés gozosa ¡cuánto tardan en llegar las doce!

—¿Y consentirá que paseis hasta el dormitorio del Rey?

—Dios me protejerá, buen paje.

A las doce llegaba doña Inés al palacio del Rey don Pedro, acompañada por Enrique: el paje se quedó en el patio, y ella subió hasta la antecámara. Fortun paseaba á lentos pasos: Garcí dormia profundamente.

—Quién va? preguntó Fortun á la huérfana, que con rapidez se acercaba.

—Soy yo; respondió doña Inés, acercándose al ballestero.

© Biblioteca Nacional de España

—¡Doña Inés Sanchez de Avendaño!

—Silencio.

—Pero qué mudada estais, señora.

—Tú has sido la causa.

El ballestero bajó los ojos.

—¿En dónde está el Rey? preguntó la huérfana.

—Fortun señaló con el dedo.

—¿Está durmiendo?

El ballestero bajó la cabeza, haciendo señal afirmativa.

—Quiero verle.

—¿Vais á matarle?

—¿Soy yo asesino como él?

Fortun habia sujetado á la huérfana por el manto.

—Déjame verlo, ballestero.

—¿Me jurais no hacerle daño alguno?

—Te lo juro por Dios y por mis padres.

Pasó doña Inés al dormitorio. Todo lo demas lo saben ya los benignísimos lectores.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XII.

Al alma ofrecen las sombras
Que oscurecen mis horóscopos,
Ilusiones, si los huyo,
Realidades, si los toco.

J. B. SANDOVAL.

No se mostraron perezosos los caballeros convocados; y á la media hora de la cita estaba reunido el consejo. Ocupaba un lugar inmediato á la persona del Monarca don Fernando de Castro, que como hermano de doña Juana, dama con quien se habia desposado don Pedro, como en otro lugar referimos, gozaba de

© Biblioteca Nacional de España

grande privanza, y era acatado su consejo en el del Rey de ambas Castillas. Llegado el momento de hablar, tomó la palabra el primero, y dirigiéndose á Hinestrosa, le instó á que esplicase nuevamente cuanto habia referido al Monarca.

Con estraordinaria sangre fria, con admirable precision y con natural dignidad, les fué refiriendo don Lope cuanto habia visto en Calahorra, y contado momentos antes á su Rey y señor don Pedro.

Hinestrosa estaba ofendido de algunas palabras algo duras que le habia dirigido el Monarca en su conferencia anterior; y asi terminó su relato sin añadirle refiexiones y sin recomendar partidos. Los caballeros le escucharon con notable atencion y alarma; pero al terminar, muchos de ellos dieron tales muestras de duda, que ofendió su descortesía la susceptibilidad del alcaide.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Qué ves en esto? amigo Castro, preguntó el rey á su privado.

—Dos cosas, señor, solamente. La primera y mas criminal es haber entregado á Calahorra su alcaide Fernan Sanchez de Tobar. La segunda es el miedo que han inspirado al buen don Lope esos bandidos del Bastardo: y por tan engañoso prisma ha visto su hueste mayor que puede serlo á la verdad.

—Don Fernando de Castro: mis ojos no hacen crecer los enemigos, y en el corazon de los Padillas no ha entrado jamas el temor, porque están llenos con la lealtad que á su Rey y señor profesan. El que dude de mis asertos, puede preparar un caballo y seguirme á desengañarse. El alcaide se levantó dirigiéndose hácia la puerta: don Pedro le mandó sentar.

—Repito, añadió don Fernando de Castro, que solo la traicion de Tobar ha sido causa de que el conde haya penetrado en Calahorra.

© Biblioteca Nacional de España

—No tiene duda, dijo el Rey: pero yo tengo en mi poder á Juan Fernandez de Tobar y me pagará por su hermano.

Un doncel entró á toda prisa, y anunció al Rey, que dos ciudadanos de Briviesca pedian audiencia á su Monarca: augurando eran portadores de interesantísimas nuevas. El Rey mandó que se presentasen al punto.

Los dos ciudadanos entraron y se inclinaron con respeto ante el Monarca de Castilla. Era el uno de ellos anciano, como de sesenta y cinco años de edad: el otro jóven, bravo y apuesto: mas en los semblantes de los dos se descubrian grande tristeza y embarazo.

—Muy bien venidos, dijo el Rey. ¿Cómo queda la gente honrada de mi buena villa de Briviesca?

El anciano le respondió:

—Señor, de la peor manera posible; porque Beltran Güesclin, Enrique vuestro hermano, y todos los demas señores,

© Biblioteca Nacional de España

que forman su aguerrido ejército, nos han dado un asalto tan singular y tan terrible, que no se ha visto hasta nuestros dias uno que pueda asemejársele, ni se verá en lo sucesivo. Han trepado por nuestros muros con la agilidad de la ardilla y la fiereza de los tigres: se han apoderado de la ciudad: han pasado á cuchillo á los infelices judios, á los míseros sarracenos, y muchos de vuestros soldados han señalado con su sangre el camino que habia seguido el formidable vencedor.

—Mentis infamemente, le respondió el Rey irritado. No han podido tomar á Briviesca, como tú dices, por asalto. Habreis recibido oro y plata para entregarla á mi enemigo, á quien la habeis vendido, cobardes, hombres sin honor y traidores. Yo cobraré en vuestras cabezas el oro que habeis recibido.

—Señor, dijo el mas jóven de ellos, por la virgen María juramos, que ni os

© Biblioteca Nacional de España

hemos hecho traicion, ni recibido vil metal al grande precio de la honra. Por fuerza de armas, con cien atrevidos asaltos dados por el indomable Beltran Güesclin y por los suyos, ha sido tomada Briviesca, corriendo torrentes de sangre de sitiadores y sitiados. Ninguna ciudad, ninguna villa hubiera rechazado sus combates, y no teneis, señor, castillo que no tomen al improviso, si se presentan ante él. Yo creo, señor, que estos enemigos han venido de los infiernos.

Don Pedro se levantó furioso, y dirigiéndose al noble jóven le dijo con voz espantosa:

—Falso, traidor, y mal nacido, tú has mentido como un bellaco; pero recibireis el premio por la fineza que me habeis hecho. Yo os mandaré atar como á ladrones, y os haré ahorcar como á dos perros.

Despues se acercó á Fernando de Castro y le dijo:

© Biblioteca Nacional de España

—Beltran Güesclin me va á perder: ha llegado de la Bretaña, y estoy seguro que va á cumplirse aquel pronóstico que dice: «Vendrá un Aguila de la Bretaña que auyentará á todas las otras, penetrará en los palomares y degollará los pichones.» El diablo ha traido á este Beltran, que ayudando al Bastardo Enrique, le hará ponerse sobre mi. No se lo que va á sucederme.

Don Pedro se alejó de Castro, llamó á sus ballesteros de maza Garci Diaz y Fortun, y les dijo:

—Tú, Garci Diaz, subirás al punto al castillo, y harás degollar á Tobar. Tú, Fortun, conducirás á estos dos perros y los harás ahorcar tambien.

El anciano enjugó una lágrima: el jóven alzó la cabeza, y abriéndose las vestiduras manifestó al Rey su pecho herido, y le dijo con voz solemne:

—He recibido, Rey don Pedro, estas heridas, que aqui veis, defendiendo vues-

© Biblioteca Nacional de España

tra corona en las murallas de Briviesca: han aligerado mi sangre vuestros furiosos enemigos, y tendré menos que entregar á los verdugos del Monarca. Yo os perdono mi propio mal; pero la sangre de este anciano caiga, Rey don Pedro, gota á gota sobre vos y vuestra familia; porqué este anciano es mi padre.

Acabó de decir y salió acompañado de su padre y de los ballesteros del Rey.

Los dos ciudadanos de Briviesca fueron conducidos atados y completamente desnudos al cadalso, y ahorcados como malhechores. Garcí hizo cortar en el castillo la cabeza de Juan Fernandez. El consejo discutia mucho y no sabia qué resolver.

Apenas ajusticiados los briviescanos, se presentaron al consejo un grande número de sus compatricios, que corroboraron sus asertos, y proclamaron su inocencia. Don Pedro se hallaba corrido, y mu-

© Biblioteca Nacional de España

chos de sus caballeros murmuraban de aquel rigor, tan sin razon y en tan mal tiempo por el Monarca desplegado. Ya no quedaba duda al Rey de las huestes de don Enrique, y desanimado enteramente dejaba traslucir su inquietud, su irresolucion y su miedo. Fernando de Castro le animaba, como esforzado caballero; mas las razones del valido se estrellaban contra la preocupacion de don Pedro, como las olas del mar se rompen contra las rocas de las playas.

Quiso el Rey aumentar su consejo, y para ello mandó llamar á cuatro judios, que particularmente estimaba, nombrados, Jacob, Judas, Abraham y Josue. Asi que se hubieron presentado, les dirigió el Rey la palabra diciéndoles:

=Señores, yo os tengo por hombres muy sabios: aconsejadme. El tiempo urje, y la necesidad apremia.

Josue, que era el mas ladino, le respondió:

© Biblioteca Nacional de España

=Señor, voy á deciros la verdad sin disfrazarla y toda entera. Segun lo que yo veo y discurro, no estais aqui en seguridad. Burgos es ciudad poco fuerte y estareis mejor en Toledo, cuyos muros son espesos y altos, el castillo poderoso y fuerte, y la guarnicion numerosa. Mandad á los ciudadanos de Burgos, y á vuestro delegado en ella, que la defiendan y guarden bien, hasta vuestro regreso proximo. Decidles que quereis marchar á Toledo para calmar la disension que entre sus ciudadanos reina, y conseguir por este medio alejar de vos la tormenta, que desde Briviesca rebrama.

El Rey don Pedro no vaciló en seguir al pie de la letra toda la opinion del judio. Las observaciones de Castro, el parecer de algunos señores, fueron completamente inútiles y la marcha se decidió. Pero queriendo evitar el Rey los ruegos y las justas quejas de los burgaleses, sus amigos y sus vasallos mas lea-

© Biblioteca Nacional de España

les, recomendó el mayor secreto á los individuos del consejo, mandándoles que al dia siguiente, y por la mañana temprano, se presentasen á caballo en el palacio del Monarca, para con el menor ruido posible, y antes que el pueblo lo notase, tomar la ruta de Toledo, adonde se proponia llegar con la mayor premura.

El consejo se disolvió, y cada cual fue á prepararse para la mañana siguiente.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XIII.

A la conquista partió,
Y dió á ella tan buen cabo,
Que hoy Granada es del Rey Chico,
Y Jaen de don Fernando.

ROM. DE ROMANCES MORISCOS.

Amaneció el dia veinte y ocho, y todos los habitantes de Burgos se agitaban muy de mañana, por haber sabido dos nuevas, alarmantes á la verdad, y que en grave aprieto los ponian. Era una de ellas la llegada del conde don Enrique á Briviesca, de la que se habia apoderado por fuerza de armas, haciendo prisione-

© Biblioteca Nacional de España

ro á Men Rodriguez de Sanabria, que la defendió con valor: y la otra, la fuga que iba á verificar don Pedro, abandonando la ciudad antes que llegase su enemigo.

Confirmaban estos rumores algunos preparativos hechos durante la noche anterior, que aunque ejecutados con cautela, no hubo la bastante para que quedasen ocultos.

Los primeros que vislumbraron el mal estado de las cosas, lo noticiaron á sus amigos; pero con muchas precauciones y encargándoles el secreto. Menos tímidos los segundos, lo revelaron á mas personas, recomendándoles lo mismo: mas como la manera mejor de publicar cualquier noticia es recomendar mucho sigilo, sucedió que á las pocas horas no habia en Burgos quien lo ignorase, y se referia á grito herido en las plazas de la ciudad.

No agradaba á los burgaleses la proxi-

© Biblioteca Nacional de España

midad de un ejército, que compuesto en su mayor parte de aventureros desarmados y de estranjeros codiciosos, (que de todos los mandamientos el que quebrantaban con mas frecuencia, y sobre todo con mas gusto, era el sétimo del Decálogo) era seguro pondria mano en los bienes del prójimo segun todas las apariencias. Decididos á defender sus haciendas y sus mugeres de tan peligrosos enemigos, se irritaban contra don Pedro, que en la mas critica situacion iba á volverles las espaldas. Gritos, invectivas y maldiciones pronunciaban todos los lábios contra el Rey y los consejeros, que le aconsejaban tan mal. Crecian por instantes los grupos: arengaban los mas audaces, é iba á declararse el tumulto, cuando algunos burgaleses de cuenta, que no querian tener contacto con el verdugo de don Pedro, propusieron ir al palacio y suplicar al Rey quedase para defender la ciudad. Fue bien recibida esta pro-

© Biblioteca Nacional de España

puesta, y se encaminaron al palacio.

Al desembocar en su plaza, lo primero que descubrieron fue un escuadron de moros granadinos, que formaba ante el real palacio, con Faraz, su gefe, á la cabeza, y algunos principales señores que sobre poderosos caballos, y vestidos de fino acero, se dirigieron desde sus posadas hácia la posada del Rey. A la vista de estos aprestos se repitieron los murmullos, las maldiciones y las quejas. Trabajo costó á sus prohombres ponerlas freno, y dirigiéndose al palacio fueron sorprendidos por el Rey, que sobre un alazan fogoso y cubierto de todas armas, salió calada la visera y con un lanzon en la mano.

A su vista rotrocedió el pueblo: y un silencio reverencial se sucedió á los largos murmullos. Los mas atrevidos instaban á los comisionados que llegasen, pero en voz baja y con secreto. El Rey se levantó la visera, hizo ademan para que se a-

© Biblioteca Nacional de España

cercasen, y les preguntó con dulzura:

—¿Qué quiere mi pueblo de Burgos?

—Señor, replicó un burgalés distinguido por sus riquezas; vuestra buena ciudad de Burgos está mirando con dolor que su Monarca la abandona. Nosotros os pedimos, señor, como señalada merced, que cuando se acerca el enemigo no salgais de nuestro recinto, ni nos dejeis abandonados. Muchas y buenas compañias teneis, señor, en la ciudad; y tesoro muy abundante para poderlas mantener: y si dinero necesitais, todo cuanto Dios nos ha dado lo pondremos en vuestras manos con mucho amor y voluntad. Como buenos, como leales os suplicamos rendidamente, que permanezcais entre nosotros: nuestras haciendas y nuestras vidas estan prontas: mandadnos y obedeceremos. Mas tambien pedimos, señor, á los escribanos que estan presentes, nos otorguen un testimonio del requerimiento que os hacemos: para que nuestros

© Biblioteca Nacional de España

nietos vean adonde llega nuestra lealtad, y la ciudad conserve siempre un titulo mas de sus glorias.

—Yo agradezco, respondió el Rey, la buena voluntad y razones que acabais de manifestarme. Yo se bien que mi ciudad de Burgos hará todo lo que promete, porque conozco su lealtad, grande para mi, como lo ha sido para los reyes mis ilustres progenitores. Yo os agradezco, burgaleses, estas grandes muestras de amor, pero me es imposible detenerme. Los ciudadanos de Toledo me llaman para que apacigüe sus querellas, y estoy en deber de ir allá. El ejército de don Enrique, en vez de venir sobre Burgos, se dirije sobre Sevilla, porque tengo alli mis tesoros, y el tesoro mayor, mis hijos. Voy á defenderlos, burgaleses, y á reunir numeroso ejército para escarmentar al Bastardo.

—Señor, repuso el burgalés, no hagais caso de esas consejas con que poco fieles

© Biblioteca Nacional de España

amigos os determinan á marchar. El Conde se encuentra en Briviesca, á ocho leguas de Burgos, y su ánimo es venir aqui. Quedaos con nosotros, señor, y sea una misma nuestra suerte.

Don Pedro picó su caballo, para proseguir su camino; mas el burgales animado con la magnitud de su empresa lo sujetó por ambas riendas, y prosiguió con voz enérgica:

—Señor, supuesto que estais enterado de la proximidad del Conde y no lo quereis esperar en esta vuestra ciudad de Burgos, teniendo en ella compañias muy aguerridas y muy buenas ¿qué nos mandais, señor, que hagamos? ¿cómo nos podremos defender?

—Yo os mando, burgaleses, que hagais lo mejor que os fuere posible.

—Señor, contestó el burgales, nosotros querriamos tener la buena suerte de defender esta ciudad contra todos los enemigos que se levantan en Castilla:

© Biblioteca Nacional de España

¿mas, en dónde vos con tantas gentes y con tan buenas compañias no os atreveis á defenderos, qué quereis que hagamos nosotros? En peligro está nuestro honor; y por si lo que Dios no quiera, nos vemos en tan grave aprieto, que nos sea imposible defendernos, ¿nos quitais, señor, una, dos, tres veces el homenaje que naturalmente os debemos por esta vuestra ciudad de Burgos?

—Yo os quito para ese caso el homenage, por una, dos, tres veces: dijo el Rey.

—Escribanos que estais presentes, dijo el burgales, dadnos testimonios al punto, en buenos instrumentos firmados y signados segun uso, de cuanto acaba de pasar.

Los escribanos se dispusieron para escribir los instrumentos, y el Rey don Pedro mandó á sus gentes que se pusiesen en camino. Ya habia cruzado el Rey la plaza, cuando sudado y sin aliento se

© Biblioteca Nacional de España

presentó Ruy Perez de Mena, recaudador mayor del obispado y alcaide del castillo de Burgos.

—Señor, dijo Perez al Rey, he sabido con gran sorpresa que al aproximarse el ênemigo abandonais esta ciudad. Decidme, señor, por merced, qué debo hacer con el castillo, pues no tengo fuerzas bastantes para mantenerlo y guardarlo.

—Qué has de hacer? le replicó el Rey, con una voz ronca y airada. ¿Que has de hacer me preguntas, Perez? Defenderlo mientras respires; defenderlo mientras haya una piedra en que te puedas ocultar.

—Señor, dijo Perez humildemente, no tengo fuerzas ni poder para defender el castillo, cuando abandonais la ciudad.

El Rey picó con furia á su caballo, y atropellando al pobre alcaide, prosiguió su marcha, interrumpida ya dos veces.

Acompañaban al Rey don Pedro, don Martin Lopez, Maestre de Alcántara, don Iñigo Lopez de Horozco, don Alfonso Fer-

© Biblioteca Nacional de España

nandez de Montemayor, Fernando de Castro y otros caballeros de cuenta, aunque la mayor parte de ellos se quedaba en Burgos, resentidos del Rey don Pedro que habia mermado sus familias. Tambien acompañaban al Monarca los cincuenta moros granadinos, que se hallaban ante el palacio y los ballesteros mas fieles, entre los cuales se veian Garci Diaz y Pero Fortun.

Muchos ciudadanos de Burgos seguian el cortejo del Rey con la tristeza en los semblantes, y la indignacion en las almas. Veian con enojo la conducta de un Monarca á quien habian servido lealmente, y daban muestras de dolor; pues nada siente tanto un pueblo como la ingratitud de su principe. Traslucian los mas previsores todas las desgracias de un asedio, y sus ánimos se apartaban del Rey don Pedro de Castilla, trocándose la antigua aficion en desapego y hasta en odio. Tampoco iba el Rey satisfecho;

© Biblioteca Nacional de España

pues veia desmenbrarse sus estados, y pronta á cumplirse quizas la prediccion del sacerdote. Recordaba el tristísimo sueño que habia tenido dos noches antes, y se le erizaban los cabellos con aquellas palabras fatídicas. Esta disposicion de los ánimos daba á la salida del Rey la solemnidad de un entierro.

Próximo á salir dela ciudad, levantó don Pedro la cabeza, y vió en un balcon de madera á una muger hermosa y pálida con negro vestido de luto. Creyó conocerla don Pedro, y deteniendo su caballo, se quedó con los ojos fijos en el semblante de la dama. Esta le contempló tambien, y moviendo sus labios marchitos le dijo:

—Huye, don Pedro, de tu hermano. La primera vez que se toque tu cabeza con la de don Enrique te traspasará la corona. La primera vez que su pecho se junte con el tuyo, te herirá sobre el corazon. Huye, don Pedro, de tu hermano.

© Biblioteca Nacional de España

—¡Eres la venganza de Dios! esclamó don Pedro aterrado, y aplicando al bruto el acicate.

—No, respondió la huérfana con voz hueca, no: soy la sombra del Rey don Pedro.

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO XIV.

El sol con negro capuz
De vapores no destella,
Busquemos, pues, otra estrella
Que nos dé radiante luz.

JAIME TIÓ.

Salió el Rey don Pedro de Burgos y se dispersó la muchedumbre, poco satisfecha y cavizbaja. La mayor parte de los burgaleses se fueron á empezar sus faenas, y solamente los mas ricos y mas influyentes por tanto, se hicieron cargo de ordenar lo que al procomunal cumplia. En el primer momento de alarma hicie-

© Biblioteca Nacional de España

ron coronar los muros por las compañias veteranas, que les habia dejado el Rey: cerraron las puertas, levantaron los puentes y se aprestaron á resistir. Mas sucedió que á las pocas horas algunas de las compañias abandonaron sus cuarteles y se salieron de la ciudad para reunirse con el Conde.

Esta defeccion, y la inconstancia de todo corazon humano, hicieron que los encargados en el gobierno de la ciudad, pensasen con mas detenimiento todas las consecuencias de un asedio; y sobre todo los graves daños que estaban espuestos á sufrir en sus haciendas y personas. Conferenciaron entre si, y deducieron convocar á todos los vecinos de Burgos, para que, de comun acuerdo, y despues de ámplia discusion, se resolviese lo que á la ciudad convenia. Fijos en este pensamiento se encaminaron á la catedral, y tocaron á toda prisa la campana de los vecinos.

© Biblioteca Nacional de España

No se hicieron esperar estos, y muy en breve fueron reunidos un gran número de cristianos, de mahometanos y judios. Faltaba empezar la sesion, cuando un ciudadano de Burgos, subiéndose sobre un escaño, dijo:

—Antes de comenzar, señores, conviene que vayan algunos al palacio de nuestro obispo á suplicarle se nos reuna. Nuestro obispo es un piadosisimo varon de gran corazon y buen consejo. Marchemos, pues, por nuestro obispo.

Un grito general acogió la propuesta del burgales, y con gran pompa y algazara fueron al alojamiento del prelado. El obispo condescendió con los deseos de sus feligreses, y fué llevado en triunfo, y aclamado con entusiasmo.

Asi que estuvieron reunidos, habló el prelado en estos términos:

—Señores, nos hemos juntado en este sitio para discurrir algun medio de conducirnos sabiamente. Vosotros veis

© Biblioteca Nacional de España

el grave aprieto en que á la sazon nos hallamos. El Rey don Pedro nos ha dejado por temor de sufrir un sitio. Reflexionad, ciudadanos de Burgos.

El obispo cruzó los brazos, y todos guardaron silencio. Mas un burgales atrevido, y mas que atrevido locuaz, llamó la atencion del auditorio, y les dijo resueltamente:

—Señores, nos hallamos en mal estado, porque nos reunimos aqui gentes de tres leyes distintas, y de distintas condiciones. Esto no debe agradar á nadie. ¿No seria mejor, que los judios, y los mahometanos lo mismo, tomasen su consejo aparte? Y despues que hayan discutido, podrán decirnos en verdad lo que consideren mejor.

Todos aprobaron el arbitrio, y se dividieron en tres secciones, en las que emitió cada uno su parecer con libertad.

El obispo de Burgos, que se quedó con los cristianos, les hizo jurar por Jesu-

© Biblioteca Nacional de España

cristo y por los santos evangelios, que mantendrian secreto cuanto en tal asamblea se dijese. Los cristianos asi lo ofrecieron, y despues de haberles tomado el juramento convenido, dijo:

—Señores, me parece, segun mi conciencia y mi razon, que el Rey don Pedro de Castilla no es digno en alguna manera de gobernar mas estos reinos. Digo, señores, que no es digno, porque es incrédulo: porque ha estado fuera del gremio de la Santa Iglesia por un largo espacio de tiempo: porque tiene la misma religion que un perro: porque ha mandado quitar vidas, sin preceder enjuiciamiento; ha talado comarcas enteras sin causa, y ha hecho asesinar á doña Blanca, su lejítima, su única esposa. ¿No nos estaria mucho mejor un caballero buen cristiano, que mantuviese y gobernase bien el reino é hiciese ejecutar bien las leyes, que obedecer á ese malvado de malas costumbres y vida? Bien sabeis

© Biblioteca Nacional de España

que el Conde don Enrique se acerca. El fue hijo de una gran señora, y engendrado por un buen Rey que la tenia dados esponsales, y á quien estuvo unida siempre. Nosotros sabemos muy bien, que verificado el matrimonio, no hay poder alguno en la tierra que sea bastante á destruirlo. Don Enrique es noble y valiente; si acordamos el recibirle, le haremos jurar por tres veces, que nos gobernará en justicia y con arreglo al uso antiguo, como lo hicieron nuestros reyes, durante el gobierno de los cuales fue Castilla grande y fue libre, mientras hoy se encuentra esclavizada. Dé cada cual su parecer, porque yo tengo dicho el mio.

Todos aplaudieron á la vez el discurso de su prelado: todos encontraban encanto en la novedad que proponia: y aquellos burgaleses leales, que habian hecho alarde momentos antes de su fidelidad á don Pedro, acordaron sin con-

© Biblioteca Nacional de España

tradicion coronar por Rey á don Enrique, tan luego como les jurare guardar sus fueros y sus privilegios conservarles.

Despues que hubieron los cristianos tomado su acuerdo, llamaron á los mahometanos, y el obispo les preguntó por qué arbitrio se decidian. Entonces un musulman muy entendido, muy agudo, muy elocuente, se adelantó á sus compañeros é inclinándose ante el prelado, dijo:

—Nuestra opinion es muy sencilla, y no la tendremos callada. Nosotros queremos hacer en un todo vuestra voluntad y vuestro mandato como muy servidores vuestros. Disponed y os ayudaremos con nuestra hacienda y nuestros brazos.

Este discurso lisonjero fué perfectamente acogido por los cristianos burgaleses, y los discipulos de Jesus jamás se habian mostrado tan avenidos y sa-

© Biblioteca Nacional de España

tisfechos de los sectarios del profeta. El obispo respondió al moro:

—Habeis hablado bien. Nosotros estamos por el conde y por el noble Beltran Güesclin.

—Me parece muy buen partido, santo pastor, repuso el moro humildemente.

Tocaba hablar á los judios, y el encargado de responder, que era viejo grave, y muy ladino, dijo con una voz solemne:

—Señores: no os manifestaremos nuestra opinion, si primeramente no nos prometeis y jurais por vuestra ley y vuestro honor, que si nos acomodase marcharnos de esta buena ciudad de Burgos nos dejareis partir á nuestro gusto y con todos nuestros caudales, para ir á habitar en Portugal ó en Aragon, como mas nos plazca ó convenga. Si esto prometeis y jurais, os diré nuestro parecer.

© Biblioteca Nacional de España

Los cristianos les prometieron y formalmente les juraron hacer todo cuanto podian. Entonces añadió el judio:

—Nosotros decimos, y estamos de acuerdo con vosotros que no vale nada aquel hombre, que huella con desden su ley: y por lo tanto un buen cristiano no debe hollar nunca la suya. Si un judio no pensase en esto conforme piensan los cristianos, no le dariamos el menor crédito. Nada mas podemos decir. Ya quedais instruidos, señores.

Esta respuesta sibilítica fué escuchada con atencion y recibida con agrado. Los cristianos vieron en ella una acusacion contra don Pedro, á quien consideraban ya como á su mayor enemigo. Don Enrique fué proclamado en todas partes, y todo el vecindario de Burgos manifestó el mismo entusiasmo que si volviese el Cid Ruy Diaz de la conquista de Valencia.

Pasado el primer arrebato, pensaron

© Biblioteca Nacional de España

los mas entendidos en escribir corteses cartas á su nuevo Rey don Enrique. Esta resolucion de los burgaleses dió motivo á sérios debates. Se tropezó primeramente con el tratamiento que debia dársele, y no dejaron de estar discordes los pareceres en un punto muy trascendental y muy grave. Opinaban los mas entusiastas, y la gente moza sobre todo, que se le apellidase Rey: decian los mas cautos y los viejos, que no se considerase como á tal hasta que jurase gobernar con arreglo al antiguo uso. Esta opinion prevaleció, y se convino por lo tanto darle su titulo de conde, y ofrecerle para despues que prestase su juramento el de Rey de Castilla y Leon. Tratóse en seguida de quién y cómo habian de redactarse las cartas: ofrecióse á hacerlo un escribano, que conocia bien su ejercicio, y empezó en el nombre de Dios: fórmula que parecia maravillosa á los honrados burgaleses para encabezar sus

© Biblioteca Nacional de España

testamentos, pero que no creyeron á propósito para comenzar aquellas cartas.

En el nombre de Dios fracasó la epistola del escribano burgales, y salió un médico á la palestra, que se la disputaba á ladino al escribano mas travieso. Comenzó el doctor su taréa; pero como estaba acostumbrado al estilo de sus recetas, tomó un tono tan imperioso y al mismo tiempo tan conciso, que á los tres renglones y medio, lo mandaron á tomar pulsos, y á recetar hipecacuana.

Mucho tiempo hubieran gastado en pruebas y en mas pruebas, si no se le hubiera ocurrido á un sacristan, que la persona mas á propósito para redactar documentos tan perentorios é importantes era el obispo de la diócesis. Se recurrió pues al prelado, y no tuvieron que arrepentirse; pues en un blanco pergamino y con una letra muy clara trazó el documento mejor hablado que nos queda de aquellos tiempos. Las epistolas de San

© Biblioteca Nacional de España

Pablo, el evangelio de San Lucas, las decretales de San Isidoro, y las leyes del Fuero Juzgo se intercalaron tan sabiamente, y fueron colocadas con tal arte, que parecian hechas de molde para el lugar en que se hallaban. Lo mas patético de San Agustin, lo mas profundo de San Gerónimo, lo mas enérgico de San Bernaldo, lo mas recóndito de las crónicas y lo mas fabuloso y romancesco de las antiguas tradiciones: todo, todo vino á atestiguar de consuno la grande erudicion del prelado y su facilidad en el decir.

Todos los burgaleses que oyeron la sentida y erudita carta, se quedaron con la boca abierta, y felicitaron al obispo que tan bien habia sabido interpretar sus sentimientos y manifestar sus deseos.

Para una carta tan evangélica era indispensable buscar evangélicos embajadores, que la llevasen á su destino, y pudieran hacer de palabra los comentarios oportunos y las aclaraciones precisas en

© Biblioteca Nacional de España

tan importante documento. Se trató de buscar conductores, y el escribano y el doctor con el sacristan por apéndice, se brindaron para el viaje, ofreciendo cumplir fielmente, y sobre todo con destreza, una comision tan perentoria y notablemente delicada. Fueron copiosas sus razones, pero no causaron efecto. El obispo se habia hecho cargo de dirigir todo el negocio, y tenia en su mente personas mas adecuadas y capaces.

Las instancias de los candidatos fueron cansando al auditorio, que las acogió con murmullos, y las contestó con epígramas. Decian unos al escribano, que solo pretendia el viaje para añadir alguna pluma á sus descañonadas alas, con la que lograria volar con mas rapidez y mas alto. Decian otros al médico, que demostraba tanto afan porque, de refrendador de pasaportes para el otro mundo, que era entre las personas vulgares, queria ennoblecer el oficio dándolos á gente

© Biblioteca Nacional de España

de mas cuenta, y hasta á los Infantes y Reyes. En cuanto al sacristan, convinieron todos que pretendia un canonicato, y desde entonces se quedó con el apodo de «el canónigo.»

Hemos manifestado que el obispo se habia reservado la eleccion de tan importante embajada. No quiso revelar á nadie los nombres de los elegidos; pero vieron los concurrentes, que habia comunicado órdenes á un diácono, que de secretario le servia, y que se habia marchado este con grande premura y contento.

No se hizo esperar el diácono, que se presentó conduciendo á dos muy reverendos padres, alto y descarnado el uno de ellos, con semblante adusto y penitente, mientras el otro, gordo y pequeño, tenia una cara de pascua, capaz de quitar toda pena. En una palabra, dos frailes que parecian hechos de encargo, el uno para presidir los entierros, y el

© Biblioteca Nacional de España

otro para echar bendiciones en todas las bodas posibles.

—Señores, dijo el buen obispo al ver entrar los regulares, aqui teneis los enviados que deben representar á Burgos cerca del Conde don Enrique. ¿Merecen vuestra aprobacion?

Todos respondieron que si, menos el sacristan, el escribano y el doctor, que atrevidamente sostuvieron iban á proporcionar los reverendos la fundacion de algun convento, que aumentase los de su órden, y algunas mitras que vacasen para engrandecer sus cabezas. Estas quejas de maldicientes, apenas fueron escuchadas, y un aprendicillo de sastre, que se les encontraba próximo, les impuso eterno silencio, mientras una vieja gangosa y bastante tildada de bruja, murmuraba entre sus mandibulas: «Quizá todos tienen razon.»

Convenidos en que los dos padres habian de llevar á don Enrique la carta en

© Biblioteca Nacional de España

que los burgaleses lo llamaban á su ciudad, tomó el obispo la palabra, y trazó á los muy reverendos la conducta que debian seguir en tan delicada mision. Atentos escucharon ambos las advertencias del obispo, aunque redundantes y escusadas: pues desde los monges de la Tebaida hasta los tiempos que alcanzamos no ha habido ningun fraile tonto. Todos son sutiles, como Scoto; eruditos, como Masdeu y Flores ; críticos , como el buen Feijó, y enérgicos como Cisneros. Yo me he preguntado muchas veces la esplicacion de este fenómeno, y opino que solo consiste en que un fraile no muere nunca. Miembro de una sociedad eterna , que ha de engalanarse con su gloria, encuentra en ella protectores, comentadores y panegiristas. En los claustros de los conventos se miran unas estampitas , que representan todos los padres que se han distinguido en algun modo. Al pie de unas se lee: el santo: al

© Biblioteca Nacional de España

pie de las otras, el beato, el escritor, el fundador. Allí son estatuas de bronce levantadas á su memoria: y allí en sus libros de becerro hay unas crónicas eternas que confirman las tradiciones, y que no morirán jamas.

Muere un individuo cualquiera, y si es jóven gasta su viuda los mas preciosos manuscritos en ensortijarse el cabello: si es anciano, tal vez los queman para desocupar un armario. Muere un regular: sus papeles, sus manuscritos y sus libros se examinan con grande esmero, y si merecen publicarse, está seguro de tener en tiempo oportuno editores.

Yo no rebajo en lo mas mínimo la gloria que se han adquirido, particularmente en la edad media, guardando en sus ocultas celdas los monumentos del saber, que sin sus asíduos cuidados hubieran perecido sin remedio bajo el polvo de la ignorancia. Yo veo entre nues-

© Biblioteca Nacional de España

tros historiadores al padre Mariana, al padre Flores y á Masdeu: yo veo á fray Luis entre los poetas y entre los mejores prosistas: yo veo á fray Gabriel Tellez entre los escritores dramáticos; yo pudiera citar otros muchos; mas dejemos la digresion, y volvamos á nuestro asunto.

Asi que terminó el prelado, dió la sentida carta á los padres, y estos se pusieron en marcha. No permitian las circunstancias ir en el caballo de nuestro padre san Francisco; y cabalgaron los buenos padres sobre dos poderosas mulas que los condujeron á Briviesca.

BIBLIOTECA

FIN DEL TOMO II.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España